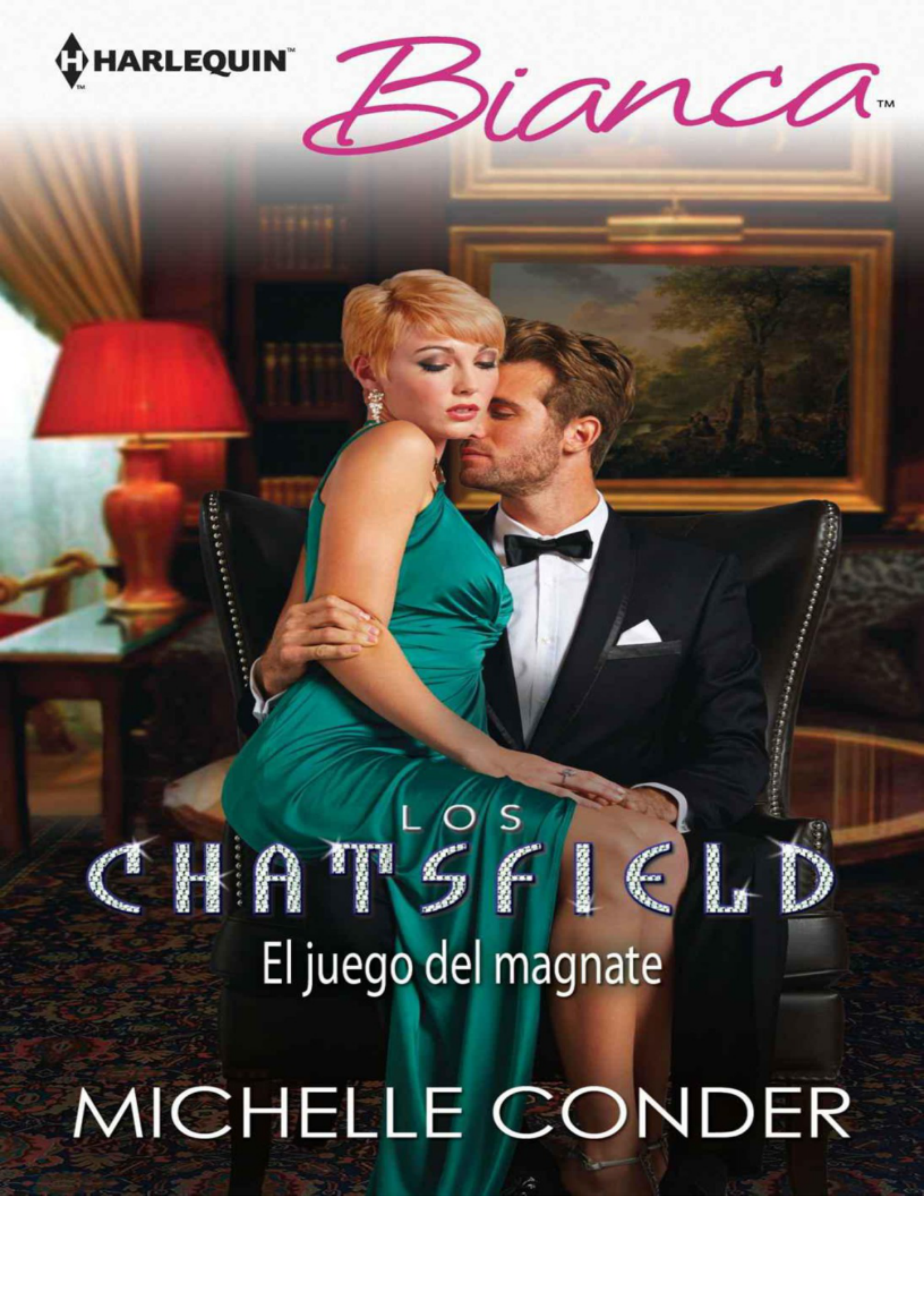

HARLEQUIN
Bianca
LOS
CHATSFIELD
El juego del magnate
MICHELLE CONDER



Michelle Conder

El juego del magnate



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El juego del magnate, n.º 102 - marzo 2015
Título original: Socialite's Gamble
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6102-2
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Cara sabía que debía sentirse como si estuviera en la cima del mundo. Su agente le había dicho el día anterior que había conseguido un lucrativo contrato con la firma cosmética Demarche, un paso muy importante para lograr que su carrera como modelo fuera en la dirección correcta.

Pero aún no terminaba de creerse que su agente lo hubiera conseguido y sabía que no iba a poder relajarse hasta que se produjera el gran anuncio, algo que iba a tener lugar durante un ostentoso evento en Londres el siguiente domingo. Pero aún quedaban ocho días.

Iba a ser un momento tan importante para ella que, a pesar de que se había pasado la mayor parte de su vida en el ojo del huracán y a la vista de todos, sabía que esa noche iba a estar muy nerviosa. Sobre todo cuando sentía que, en su vida, las cosas tenían cierta tendencia a torcerse en los momentos más importantes. No sabía por qué, pero era así.

Pero esa vez no iba a dejar que nada se interpusiera en su camino. Su agente había trabajado muy duro para limpiar su imagen y que todos vieran que había cambiado, que ya no era la más salvaje y rebelde de los hermanos Chatsfield, herederos del imperio hotelero construido por su padre, sino una mujer joven y profesional que contaba con la admiración de todo el mundo.

Creía que su agente había exagerado un poco a la hora de venderla de esa manera, pero Harriet Harland creía de verdad en ella y Cara no estaba dispuesta a decepcionarla. Sobre todo después de que tantas personas se hubieran distanciado de ella desde que aceptara participar en un videoclip sin saber qué tipo de trabajo iba a ser. Aunque fuera retirado de las televisiones poco después por ser demasiado provocativo, no había podido evitar que se hiciera viral por Internet.

Después de aquel fiasco, había llegado a creer que nunca iba a poder conseguir un trabajo decente. Algo que su padre no había dudado en repetirle una y otra vez desde entonces.

Por eso no quería lanzar aún las campanas al vuelo ni cantar victoria.

Además, iba con retraso. Con mucho retraso.

Pero no tenía del todo la culpa de llegar tan tarde. Después de todo, nadie podría haber presagiado que su avión fuera a quedarse atrapado

en la pista del aeropuerto de Los Ángeles durante cinco horas por culpa de una inesperada tormenta eléctrica que se había cernido sobre la ciudad.

Y había llovido tanto durante el vuelo que creía que había sido una suerte que el avión hubiera podido aterrizar finalmente en Las Vegas y que no lo hubieran desviado a, por ejemplo, Uzbekistán.

Algo que, con el día que estaba teniendo, tampoco le habría sorprendido demasiado.

Lamentaba haber decidido pasar por Los Ángeles en su trayecto de Londres a Las Vegas, pero no había querido pasar la oportunidad de invitar a su agente a comer.

La comida se había convertido en una fiesta de celebración, pero no quería pensar en ello y sabía que no tenía sentido arrepentirse de nada. Sus hermanos eran las únicas personas que le habían mostrado algún tipo de apoyo en su vida y Harriet le había dicho que era importante.

–Más importante que lo de esta noche –se quejó ella.

Suspiró aliviada cuando vio que la fila de pasajeros que llenaba el pasillo del avión comenzaba a moverse hacia la puerta de salida.

Creía que el póquer no era importante, aunque sabía que en la partida de la que iba a ser anfitriona esa noche se iban a apostar una cantidad de dinero exorbitante y que era esencial para la empresa familiar. Iba a tener lugar en unos de los hoteles más emblemáticos de la cadena creada por su padre, Gene Chatsfield.

Aun así, creía que era solo un juego, nada más.

Echó un vistazo a la hora en su teléfono móvil y lo metió de nuevo en el bolso. Después, fue hacia la salida del avión.

Tenía solo una hora.

Una hora que al parecer incluía un trayecto de treinta minutos en taxi desde el aeropuerto McCarran hasta la principal avenida de Las Vegas, donde estaba el hotel Chatsfield Internacional.

El hotel albergaba el que había llegado a ser durante una época el mejor casino de la ciudad. El recién nombrado nuevo director general de la cadena, el apuesto pero arrogante Christos Giatrakos, tenía la intención de conseguir que volviera a serlo.

De hecho, Christos tenía por objetivo renovar todos los hoteles Chatsfield y tratar así de restablecer el prestigio de los establecimientos de su familia.

El prestigio que habían tenido hacía muchos años, antes de que su madre los abandonara y su padre se diera a la bebida mientras iba cambiando cada poco tiempo de amante.

En esos momentos, su padre tenía otra mujer en su vida y no le había sorprendido nada saber que pretendía darse con ella una nueva oportunidad.

Desde su punto de vista, Christos se tomaba demasiado en serio su trabajo. Y, para colmo de males, se le había metido en la cabeza que todos los hermanos tenían que participar de alguna manera en la empresa familiar. Algo que les había gustado a sus hermanos tan poco como a ella.

Aunque quizás no tuviera derecho a sentirse así, la empresa familiar le atraía e interesaba tanto como mudarse a un vertedero de residuos nucleares.

Y estaba dispuesta a admitir, aunque solo fuera interiormente, que le había dolido recibir un e-mail de Christos en el que le informaba de que debía ir a Las Vegas para ser la anfitriona de una importante partida de póquer. Tenía la sensación de que el nuevo director general estaba tratando de librarse de ella mientras le encargaba a sus hermanos tareas más serias.

Le habría gustado poder negarse y decirle que la dejara en paz cuando le sugirió que fuera a Las Vegas, pero además de haberla amenazado con dejarla sin la herencia de su padre, como había hecho también con sus hermanos, había percibido algo en el tono del director general que había conseguido sacarla de sus casillas.

Le había dado la impresión de que Christos no la veía capaz de hacer lo que le había encomendado, que la niña mimada y rebelde de Gene Chatsfield no era tan competente como sus hermanos mayores.

Había conseguido que reaccionara y quisiera demostrarle de lo que era capaz. Tanto a Christos como a su propio padre. Aunque dudaba mucho de que su padre le fuera de decir nada si lo hacía bien. Lo más probable era que ni siquiera llegara a darse cuenta.

Sabía que hacerse un corte de pelo tan radical, al estilo paje, y teñírselo además de rosa no había sido la decisión más inteligente de su vida. Se preguntó si su hermana, Lucilla, tendría razón. A lo mejor lo había hecho de manera inconsciente para vengarse de Christos. No había podido olvidar sus palabras. El nuevo director general de la cadena hotelera le había dicho que ya era hora de que hiciera algo de provecho por el bien de su familia, que gracias a ella había tenido una buena educación y todos los caprichos que había deseado.

Recordaba también cómo se había sentido al oírlo. Apenas había podido controlar su rabia. Le habría encantado poder decirle que, en realidad, no había tenido todo lo que había deseado. No había tenido a unos padres que la quisieran.

Estaba decidida a demostrarle esa noche de lo que era capaz. Y unos días más tarde, cuando se hiciera el anuncio de su nuevo contrato como modelo, su padre iba a tener que reconocer por fin que era capaz de conseguir muchas cosas por sí misma.

Con seguridad y fuerza, atravesó el aeropuerto McCarran con un propósito en mente. La recibieron las brillantes luces y los sonidos de

las máquinas de póquer que había allí.

«Bienvenida a Las Vegas», se dijo de mala gana.

Había dejado atrás su mundo y su rutina. Se sentía un poco como Dorothy, de *El Mago de Oz*, habría dado cualquier cosa en ese momento por volver a su vida normal. Casi le entraron ganas de echar un vistazo a su alrededor buscando a la bruja malvada, pero sabía que los brujos que había en su vida no estaban allí, sino en Londres, a miles de kilómetros de distancia.

Tiró con fuerza de su maleta Louis Vuitton y sorteó a la multitud de viajeros que llenaban los pasillos de aeropuerto. Trató de ignorar los ojos que la miraban con curiosidad.

Gracias a su nombre, a su carrera como modelo y a la tendencia que parecía tener de provocar escándalos aunque no lo quisiera, su cara era muy conocida.

Suspiró con frustración. Sentía que vivía en una pecera, siempre había sido así, pero era algo que cada vez le molestaba más y no sabía por qué.

Respiró profundamente para tratar de aliviar el nudo que tenía en la garganta y trató de recordar que todo iba a salir bien. Estaba en Las Vegas y creía que una hora, en realidad ya solo cincuenta minutos, era tiempo más que suficiente para llegar al hotel, ducharse, vestirse e informarse para saber quién iba a participar en esa importante partida de póquer. Algo que ya habría podido estudiar a esas alturas si el casino no le hubiera enviado un archivo dañado que había sido incapaz de abrir en su ordenador y desde el avión.

Pero no quería agobiarse.

Se le daba bien salir airosa de esas situaciones. De momento, solo iba a preocuparse por llegar cuanto antes al hotel y procurar que la noche pasara lo más rápidamente posible.

Sabía que iba a ser una velada aburrida y complicada, pero estaba decidida a enfrentarse a ella y ganar la batalla.

No pudo evitar sonreír levemente. Con sus delgados brazos y piernas y sus delicadas sandalias de tacón alto no parecía precisamente una guerrera preparada para la batalla, nunca lo había sido.

Aun así, estaba decidida a conseguir que el evento de esa noche fuera un éxito. Era cuestión de orgullo.

Su teléfono comenzó a sonar y Cara metió la mano en el bolso. Bajó la vista sin aminorar la marcha. Justo en ese momento, vio a un hombre alto y bien vestido que caminaba con prisa e iba derecho hacia ella.

Él no dijo nada, pero Cara no pudo ahogar una exclamación al impactar con ese hombre y sentir que se le torcía el tobillo. Se habría caído al suelo si él no le hubiera agarrado los brazos para que no

perdiera el equilibrio.

La sujetaba con firmeza y no pudo evitar sentir una especie de corriente eléctrica atravesándola en ese preciso instante.

Algo impresionada, levantó la vista hacia él y, por un momento, olvidó que debía respirar. Sus ojos azules la estaban fulminando. No parecía muy contento con la situación. Tenía un rostro anguloso y muy masculino, el pelo corto y castaño claro, una nariz recta y una boca que apretaba en una fina línea en esos momentos. No se le pasó por alto su barba de dos días. Tenía un rostro atractivo, masculino, le recordó al de los guerreros que luchaban en las tierras altas de Escocia y que solo contaban con un escudo y una poderosa espada para…

No entendía qué le estaba pasando ni cómo podía reaccionar de esa manera ante un desconocido como ese hombre.

–La próxima vez, ¿podría caminar con un poco más de cuidado, por favor? –le dijo ella con el ceño fruncido.

–¿Yo? –repuso perplejo Aidan Kelly mientras entrecerraba los ojos para mirar a esa mujer.

Para llegar a Las Vegas desde Australia había tenido que pasar treinta y tres intempestivas horas de viaje. Estaba cansado, hambriento y tenía mucha prisa. Lo último que necesitaba era que esa joven con el pelo rosa tuviera la audacia de acusarle de no andar con cuidado.

–Señorita, yo caminaba mirando por dónde iba. Era usted la que lo hacía con la cabeza metida dentro de su bolso.

–¿Qué? ¡No! Yo me aparté en el último momento para… ¡Oh, no! –exclamó la joven mirando hacia abajo–. Creo que me ha roto el zapato.

No podía creer que le estuviera pasando algo así.

–Yo no he roto nada.

La mujer giró el pie hacia un lado y se pasó la mano por una de sus largas y delgadas piernas. No pudo evitar que sus ojos siguieran esos movimientos y sintió una agitación inesperada en su cuerpo. Frunció el ceño al darse cuenta de que había conseguido despertar su deseo. Se preguntó si lo habría hecho deliberadamente para llamar su atención.

–¡Maldita sea! –murmuró en voz baja–. Se ha roto.

Aidan levantó irritado las cejas. Ese no era su problema.

–La próxima vez, será mejor que mire por dónde va.

La joven lo miró con la boca abierta, como si no pudiera creer que le acabara de decir algo así. Él sentía la misma irritación, pero por distintos motivos, tampoco se podía creer que estuviera tratando de culparlo por su torpeza.

–Y la próxima vez, debería recordar que esto no es un circuito de

carreras –repuso ella mientras miraba de nuevo su sandalia–. Son mis zapatos favoritos… Los tengo desde hace años.

Les lanzó una mirada despectiva.

–Fascinante –comentó con sarcasmo–. Ahora, si me disculpa, tengo mucha prisa.

La joven sacudió la cabeza y lo miró con desprecio. Después, fue cojeando hasta el asiento más cercano mientras murmuraba algo. Le pareció escuchar «grosero», «irresponsable» y «machista».

Se enderezó al oírlo. Podía tener muchos defectos, pero era sobre todo responsable y no estaba dispuesto a que esa inglesa pomposa y presumida le echara la culpa de lo que le había pasado a su zapato.

–¿Qué es lo que acaba de decir? –le preguntó en voz baja y amenazante.

Tenía importantes asuntos de los que ocuparse en el Casino Chatsfield y cada minuto que pasara con ella era un minuto que no estaba utilizando para concentrarse en su objetivo final.

Vio que le comenzaba a temblar el labio inferior mientras él la fulminaba con la mirada.

–Ahora toca soltar unas lagrimitas, ¿no? –comentó con desprecio.

Ella lo miró y, por un momento, le dio la impresión de que había visto su cara en algún sitio. Pero le parecía poco probable. Estaba casi seguro de que no la conocía ni quería conocerla.

–¿Cómo puede ser tan mala persona? –le recriminó ella.

Suspiró y sacó la billetera del bolsillo.

–Tome –le dijo mientras le ofrecía cincuenta dólares–. Con esto tendrá suficiente.

La joven miró el billete e hizo una mueca.

–Ni de lejos –repuso ella levantando orgullosa la cara.

El movimiento hizo que su pelo cayera hacia atrás y se quedó absorto mirando sus facciones. Tenía una barbilla pequeña, unos labios perfectos y rosados, pómulos altos y espesas pestañas.

–Estos zapatos me costaron más de mil libras.

Se quedó atónito al oírlo y tardó en recordar de qué le hablaba. Había perdido momentáneamente el hilo de sus pensamientos mientras la observaba.

–Eso lo dudo, cariño –le dijo él con una mueca.

–¿Cariño? –repitió irritada.

–Mire, señorita, lo entiendo perfectamente. Trata de engañar al primer incauto que se encuentra para desplumarlo después. Conmigo le va a ser imposible, no soy tan crédulo.

–¿Desplumarlo?

Aunque le parecía imposible, sus ojos se abrieron aún más y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejarse cautivar por ellos. Tampoco quería fijarse en las deliciosas curvas de sus pechos ni en sus

esbeltas piernas.

–Mire, no sé si es una turista que se ha arruinado jugando con las tragaperras o si es una trabajadora sexual, lo que no me gusta es que me tomen por tonto.

–¿Trabajadora…? –repitió ella entrecerrando los ojos.

Vio que enderezaba los hombros y le pareció que se había ruborizado.

Después, se levantó del asiento con dignidad y, por un momento, pensó que estaba a punto de darle una bofetada, pero no lo hizo.

–Es peor persona de lo que pensaba.

Aidan sacudió con desesperación la cabeza. No tenía tiempo para sus juegos.

–No la conozco de nada. A lo mejor, el zapato ya estaba roto cuando me choqué con usted –respondió él.

–Lo que pasa es que no le importa nada de lo que les pueda pasar a los demás –replicó la joven–. Espero que tenga una vida interesante –agregó con frialdad mientras agarraba el asa de su maleta.

Le dio la impresión de que sus últimas palabras eran casi una maldición. Ese era al menos el tono en el que se las había dicho.

Abrió la boca para decirle lo que pensaba de ella y recordarle una vez más que no iba a conseguir sacarle el dinero como si fuera tonto. Pero se quedó callado al oír que alguien lo llamaba.

–¿Señor Kelly? ¡Señor Kelly!

Se volvió y vio que era una azafata quien lo llamaba, la misma que había estado persiguiéndolo durante el último y larguísimo vuelo.

–Señor Kelly, ¡cuánto me alegra haberlo encontrado! –le dijo la mujer con una gran sonrisa–. Tengo algo para usted.

Le dio tiempo a ver cómo la joven del pelo rosa ponía los ojos en blanco al ver la escena que estaba protagonizando con la azafata. Después, se dio la vuelta y desapareció entre la multitud. Lamentó no haber tenido la oportunidad de desahogarse con ella y decirle todo lo que pensaba de sus sucias tácticas para engañarlo. Suspiró y miró de nuevo a la azafata.

–Espero que sea importante.

Cara se dio cuenta de que era el momento de alejarse de allí en cuanto vio a la azafata que llegaba corriendo y sin aliento. La mujer se detuvo cuando consiguió por fin alcanzar a ese cretino y se llevó la mano al pecho como si fuera una especie de Escarlata O'Hara moderna. Le quedó muy claro que estaba controlándose para no echarse a los brazos de ese hombre y supuso que lo que quería era darle su número de teléfono. O quizás estuviera a punto de llevárselo al cuarto de limpieza más cercano para seducirlo. De un modo u otro,

no era asunto suyo, pero esperaba que la azafata le contagiara alguna enfermedad y que fuera lo más desagradable posible.

«¡Qué hombre tan horrible, egoísta y repugnante!», se dijo mientras caminaba.

Frustrada y furiosa, hizo lo que mejor se le daba, se apartó de una situación que le incomodaba y se perdió entre el resto de la multitud que llenaba el aeropuerto. Fue cojeando hacia la salida de la terminal con toda la dignidad que pudo reunir, aliviada al saber que nunca iba a tener que ver la cara de ese hombre tan arrogante.

El aeropuerto estaba repleto de gente y fuera llovía tanto que casi parecía un monzón. No podía creerse que hubiera estado lloviendo en Los Ángeles y también en Las Vegas. Había tenido la idea de que siempre hacía sol en California. Y sabía que esa ciudad dedicada al juego y al pecado estaba en medio de un desierto. Había esperado que fuera un lugar cálido y se quedó sin aliento cuando se abrieron las puertas automáticas de cristal y la recibió un viento gélido.

Se frotó los brazos y trató de controlar sus rodillas para que dejaran de temblar. Vio entonces que había una gran cola de viajeros en la acera y ningún taxi.

No entendía por qué en algunos países era tan difícil encontrar uno cuando hacía mal tiempo. En esos momentos, echó de menos la fiabilidad de los taxis negros de Londres. No se podía permitir el lujo de llegar tarde al evento de esa noche. No podía hacerlo, se jugaba demasiado.

Trató de respirar profundamente para evitar que le diera un ataque de ansiedad. Apretó la mandíbula y volvió a entrar en el aeropuerto para buscar los mostradores de alquiler de coches.

Se detuvo cuando los vio. Decenas de viajeros habían tenido la misma idea que ella. Las colas allí eran mucho más largas que en la calle.

Frustrada, salió a la calle y vio que la fila de pasajeros había avanzado un poco. En ese momento, tres taxis se ponían en marcha después de que entraran en ellos sus afortunados clientes.

Vio que llegaba entonces una limusina plateada y se paraba frente a la puerta de salida del aeropuerto. Las gotas de lluvia se aferraban a sus brillantes ventanas como pequeñas perlas y los agotados viajeros se quedaron mirándola con envidia.

A ella le pasó lo mismo. Lamentó no haber pensado antes en ello y haber reservado una limusina que la llevara al hotel.

El joven conductor se bajó y buscó a alguien con la mirada. Pero nadie se le acercó.

El hombre levantó un cartel y Cara se movió un poco hacia la derecha para poder leerlo. En el papel estaba escrito *Señor Kelly*.

Recordó entonces la voz aguda de la azafata y entrecerró los ojos.

Pero le parecía demasiada coincidencia. No podía ser, esa limusina no podía estar esperando al cretino con el que había tenido la desgracia de chocarse. Por otro lado, ese apellido le sonaba y no sabía por qué.

Trató de convencerse de que, fuera quién fuera, no le importaba. Debía de tratarse de un actor presumido o algo así. Se le pasó por la cabeza meterse en esa limusina. No podía dejar de pensar en lo cómodo que parecía ese Mercedes ni en lo cálido y lujoso que sería su interior.

No iba a hacerlo, por supuesto, pero la idea le tentaba. Después de todo, creía que se lo merecía por la forma en que la había tratado.

Cara miró hacia atrás, casi esperando ver a ese hombre yendo hacia la salida de la terminal con la azafata del brazo. Creía que no se merecía ese coche. Otra ráfaga de viento azotó con fuerza en ese momento y sintió que se estremecían hasta sus huesos.

Un niño que tenía cerca de ella estornudó y empezó a lloriquear.

–¿No decían que nunca llovía en Las Vegas? –se quejó en voz alta una mujer con dos niños pequeños acurrucados bajo sus brazos.

–Ya… Y se supone que tampoco debería hacer tanto frío –murmuró Cara.

–¡Dios mío! Eres Cara Chatsfield, ¿verdad?

–Me temo que sí –repuso ella con una sonrisa.

Contuvo la respiración para ver qué pasaba a continuación. O la mujer estaba a punto de mirarla con desprecio y alejarse de ella o iba a demostrarle con demasiado entusiasmo lo contenta que estaba de haberla podido conocer. Estaba acostumbrada a ese tipo de reacciones tan extremas.

–¡Pobrecita! –le dijo la mujer–. Siento decirte que leí en las revistas lo del escándalo del año pasado.

–Bueno, muchas gracias.

–Me parece terrible la manera en la que la gente se aprovecha de los demás. Y si tuviste que enfrentarte a tantas críticas después de hacer ese vídeo fue porque eres mujer. Al hombre que sale en las escenas nadie lo mencionó y eso que no llevaba puesta mucha más ropa que tú.

–Es verdad.

–Lo siento, sé que estoy hablando más de la cuenta –le dijo la mujer sonrojándose y acariciando la cabeza de uno de sus niños.

–No, por favor –repuso Cara sonriendo–. Habla todo lo que quieras.

La mujer le devolvió la sonrisa.

–Me encantaría que esa limusina me estuviera esperando a mí –dijo la señora–. ¿A quién crees que esperará? ¿A un príncipe?

–Todo lo contrario –susurró Cara mirando a su alrededor.

No estaba por ningún lado, pensó que quizás estuviera en el cuarto de limpieza, tal y como se había imaginado.

–A lo mejor nos está esperando a nosotras –le dijo a la mujer con una sonrisa.

–¡Ya me gustaría a mí, ya! –repuso suspirando.

Cuando uno de sus hijos, el más pequeño, comenzó a estornudar de nuevo, Cara enderezó la espalda y se dirigió hacia el joven conductor de la limusina.

–Siento haberle hecho esperar –le comentó con seguridad y una gran sonrisa–. Me he encontrado con una buena amiga.

–¿Señora?

–Porque me está esperando a mí, ¿verdad?

–No, señora. Estoy esperando al señor Kelly.

Cara inclinó la cabeza y le dedicó su sonrisa más seductora. Siempre le habían dicho que con esa sonrisa podía conseguir lo que quisiera de los hombres.

–La reserva estaba hecha a nombre de «señorita Kelly», no «señor Kelly». Pero, bueno, no se preocupe, no pasa nada.

–¿Es usted la señorita Kelly?

–En realidad, no –le dijo Cara sin dejar de sonreír–. Estoy viajando de incógnito. He tenido que hacerlo desde que… Bueno, ya sabes, desde lo del videoclip del año pasado…

Tal y como ya había previsto, el conductor se sonrojó. Parecía bastante nervioso.

–¡Oh! No, yo no…

Cara le hizo un gesto con la mano para que no se preocupara.

–Prefiero no hablar de ello. Espero que no te importe, pero le prometí a mi amiga que la llevaría a su hotel. Hace demasiado frío para que se quede con los niños esperando a que llegue un taxi.

–Por supuesto, señorita Chats… Perdón, señorita Kelly –respondió rápidamente el joven.

Se sintió un poco culpable, pero decidió no pensar en ello. Hizo un gesto a la mujer para que se le acercara con sus hijos.

–Bueno, parece que la limusina me estaba esperando a mí después de todo. ¿Te gustaría que te acercáramos a algún sitio?

–¿En serio? –le preguntó la mujer.

–Por supuesto –repuso Cara–. Pero tenemos que darnos prisa.

El sentimiento de culpa persistió de camino al hotel. Creía que no había actuado de manera adecuada y, de verse de nuevo en la misma situación, no se habría metido en la limusina, pero ya era demasiado tarde para arrepentirse. Además, la mujer y sus hijos se habían sentido tan aliviados y agradecidos con ella que había valido la pena.

Por otro lado, sabía que no iba a tener que volver ver al señor Kelly, pero decidió que iba a tratar de averiguar dónde se alojaba para enviarle una botella de champán de manera anónima y darle así las gracias por el paseo en limusina.

Reprimió una sonrisa al pensar en lo furioso que se iba a poner cuando se diera cuenta de que su coche había sido requisado por otra persona. En cierto modo, casi lamentaba no haberse quedado allí para ver su cara.

Capítulo 2

Aidan vio un destello de cabello rosa y una larga y esbelta pierna antes de que se cerrara la puerta de la limusina y el coche se pusiera en marcha.

Estaba sorprendido.

Había pensado que no era más que una turista tratando de conseguir algo de dinero y le costaba creer que pudiera permitirse el lujo de alquilar una limusina. Pero pensó entonces que quizás contara con un amante rico que la mantuviera y que había estado esperándola afuera.

Con unas piernas como esas, le parecía lo más probable. Eran tan largas y bronceadas… Estaba seguro de que también serían muy suaves y que sería un placer subir por ellas con sus manos hasta esos diminutos pantalones cortos. Podía incluso imaginar cómo contendría la respiración y comenzaría a jadear poco después si él deslizaba un dedo por debajo de los pantalones y…

Sacudió la cabeza sin entender qué le pasaba. Lo único que estaba consiguiendo con esos pensamientos era despertar su deseo y lograr que su cuerpo reaccionara de manera casi instantánea. No entendía cómo podía fantasear con una mujer como aquella. Debía de estar perdiendo la cabeza.

Era una mujer que vestía ropa demasiado provocativa. El tipo de prendas que revelaba más de lo que escondía. La blusa morada le había parecido bastante amplia y solo había insinuado sus pequeños y deliciosos pechos, pero sabía que estaba diseñada de esa manera a propósito para que los hombres no pudieran evitar imaginarse lo que había debajo de ella. Y en cuanto a los zapatos que llevaba… No había visto nada más sexy en su vida.

La joven no dejaba nada a la imaginación y tenía que reconocer que su cuerpo se había animado al ver la mercancía que ella vendía, pero no había tenido ninguna intención de tragarse el cebo. Solo iba a pasar una noche en Las Vegas y tenía un propósito en mente, uno que no tenía nada que ver con llevarse a esa mujer a la cama.

Se abrochó la chaqueta para protegerse del frío y miró a su alrededor. Le habían asegurado que su limusina lo iba a estar esperando en la acera en cuanto saliera por la puerta principal de la terminal.

Vio un cartel blanco en el pavimento. Se acercó y, aunque estaba

empapado, vio que tenía su nombre impreso en él. Entrecerró los ojos sin entender por qué el cartel…

¡No podía creerlo! Esa mujer se había atrevido a robarle su limusina.

Se quedó mirando hacia la dirección en la que había visto alejarse al gran coche. Sabía que tenía la boca abierta. No podía evitarlo.

Sacó su teléfono y comenzó a pasar sus mensajes de correo electrónico para tratar de encontrar el que le había enviado su secretaria con la información sobre la empresa de alquiler de coches que había utilizado. Desafortunadamente, ya tenía más de cien correos electrónicos nuevos y no tenía la paciencia necesaria para seguir buscándolo.

Apretó la mandíbula y comenzó a imaginarse todas las maneras en las que podría torturar y desmembrar lentamente a esa joven de pelo rosa y actitud presumida. Algo que le gustaría poder hacer en cuanto terminara con el asunto por el que estaba en Las Vegas.

Levantó los ojos hacia el cielo.

Había demasiadas nubes para que pudiera localizar la luna, pero estaba seguro de que era luna llena. No solía ser una persona supersticiosa, pero no veía otra manera de explicar lo que le estaba pasando. Ese día había empezado de maravilla, pero luego todo había ido cuesta abajo a una velocidad pasmosa. Su secretaria personal lo había abandonado después de decirle que era un jefe demasiado duro. El trayecto hasta el aeropuerto de Sídney había sido obstaculizado por culpa de una manifestación espontánea en contra de la exportación de animales vivos. Le parecía una causa muy noble, pero habría preferido poder contribuir con su dinero, no con su tiempo.

Cuando por fin llegó al aeropuerto, le dijeron que el avión tenía problemas mecánicos y que se había cancelado el vuelo. Tuvo entonces que tomar otro en el que solo habían encontrado un asiento disponible. Y no era de primera clase.

No era un esnob, todo lo contrario. De hecho, había crecido en una familia de clase media baja y no había empezado a viajar en primera clase hasta los veintitantos, cuando consiguió transformar la empresa que había heredado de su padre.

Lo que le había molestado no era tener que viajar en clase turista, sino el pasarse tantas horas encajado en ese pequeño asiento, algo muy incómodo para alguien de su estatura, mientras trataba de trabajar. Ese vuelo de dieciséis horas le había parecido el más largo de su vida, sobre todo cuando comprobaba que los demás se limitaban a dormir, leer o ver películas. Para colmo de males, había tenido un niño bastante movido detrás de él que no había dejado de dar patadas a su asiento.

Suspiró cansado. No estaba en plenas facultades y sabía que no

debía de tener buen aspecto. No era exactamente la forma en la que había planeado verse las caras con su mayor enemigo, Martin Ellery, pero decidió no preocuparse más por ello. Tendría que hacer que las cosas funcionaran de un modo y otro. Una parte de él llevaba catorce años considerando la mejor manera de vengarse de ese hombre y durante ese último año, desde que muriera su padre, no había pensado en otra cosa.

Y esa noche era el momento por el que tanto había estado esperando. Por muchos obstáculos que se interpusieran en su camino, estaba decidido a triunfar. No toleraba el fracaso. De hecho, nunca había fallado en nada en su vida. Y no podía fracasar esa noche porque le había prometido a su padre en su lecho de muerte que iba a vengarse del hombre que había arruinado su vida. Y una promesa era una promesa. Algo que debía ser cumplido.

Por desgracia, las normas de la casa para la partida de esa noche en el casino Chatsfield eran muy estrictas. Se iban a enfrentar algunos de los mejores y más ricos jugadores de póquer y, si llegaba tarde, no iba a poder jugar.

Miró su reloj y se puso aún más nervioso.

Empezaba a contemplar la posibilidad de contratar un helicóptero cuando llegó una larga fila de taxis y los cansados viajeros estallaron en aplausos y vítores.

Una mujer con aspecto de ejecutiva se detuvo antes de meterse en el primer taxi y lo miró.

Aidan había visto esa mirada en los rostros de muchas mujeres y ya se había dado cuenta de que esa mujer lo había estado mirando durante los últimos cinco minutos.

–¿Quiere que compartamos el taxi? –le sugirió ella.

La oferta no se limitaba solo al trayecto en taxi y los dos lo sabían. Pero pensó que ya tendría tiempo de aclararle las cosas de camino al hotel.

–De acuerdo –le dijo él.

Treinta y nueve minutos más tarde, estaba bien afeitado y se había puesto una camisa negra y un traje del mismo color. No llevaba corbata, las odiaba. Se detuvo frente a la puerta del prestigioso Salón Caoba del hotel Chatsfield.

Era una sala con una decoración opulenta. Las grandes lámparas de araña lo iluminaban todo. Se fijó en las paredes, cubiertas con paneles de caoba pulida, y en la elegante barra curva con taburetes forrados de terciopelo. La sala ya estaba medio llena y olía a humo de puros habanos mezclado con el dulce aroma de demasiados perfumes. No era su mundo habitual, pero en ese momento no pudo evitar recordar por qué estaba allí. Mirándolo, creía que nadie podría adivinar que su principal objetivo esa noche era el de destruir a un hombre.

Oyó el sonido de unos hielos sobre el cristal y se fijó entonces en la gente que llenaba ya el salón. Algunos de los hombres contra los que iba a jugar ya estaban sentados a la mesa principal. Martin Ellery no era uno de ellos. Lo buscó entonces con la mirada, preguntándose dónde estaría ese hombre al que tanto despreciaba.

Fue entonces cuando lo vio y el corazón le dio un vuelco.

No estaba solo. Se encontraba de pie al lado de la barra y, aunque le costara creerlo, estaba con la joven del pelo rosa que le había robado la limusina.

La miró de arriba abajo. Tenía que reconocer que estaba muy elegante con un vestido negro ajustado que se ajustaba perfectamente sus curvas y le llegaba a medio muslo. Vio que llevaba medias y no pudo evitar preguntarse si le llegarían a la cintura o si serían ese otro tipo de medias que se aferraban a los muslos y no requerían de un liguero para sujetarlas en su sitio.

Y, como no podía ser de otro modo, se había puesto unos zapatos de altísimo tacón.

Su cerebro no tardó ni cuatro segundos en imaginarse a sí mismo tumbado en una gran cama con ella de pie delante de él y vestida solo con esas medias y sus zapatos de tacón.

–¡Maldita sea! –murmuró.

Creía que solo había dos razones por las que una mujer como ella podría estar en un salón como aquel, donde estaba a punto de jugarse una importante partida entre grandes apostadores. O tenía la esperanza de seducir a un millonario o ya tenía a uno en el bolsillo. Sabía que estaba siendo injusto al generalizar de esa manera y que era una manera de pensar muy machista, pero no le importaba.

Llevaba siendo un hombre rico durante el tiempo suficiente como para saber de lo que hablaba. La mujer que le había robado la limusina esa tarde estaba allí para tratar de conquistar a algún incauto con mucho dinero en sus cuentas. Creía que había que ser muy estúpido para no darse cuenta de ello.

Recordó las últimas palabras que esa mujer le había dedicado en el aeropuerto, las que le habían parecido casi una maldición. Estaba pensando en ello cuando vio que Ellery se inclinaba hacia ella y se preguntó si ya sería suya.

De haber sido así, no le sorprendía. Se había quedado viudo hacía solo año y medio, pero ya se había rumoreado que había tenido amantes antes incluso del fallecimiento de su esposa. La lealtad no era una palabra que le importara demasiado a Martin Ellery. De hecho, a lo mejor ni siquiera sabía lo que significaba.

Llevaban todo ese tiempo sin verse y no creía que fueran a tener mucho de lo que hablar esa noche. Esperaba que Ellery no fuera tan tonto como para tratar de hablarle como si nada hubiera pasado.

Después de todo, sabía que Aidan lo odiaba.

Y odiaba también la forma en la que ese hombre seguía acariciando el dorso de la mano de la joven. Un gesto que le dejaba muy claro a cualquiera que estuviera viéndolos que ella no estaba disponible.

No pudo evitar sentir cierto malestar en el estómago. Si estaba allí porque la había llevado Ellery, sería con la intención de que le diera buena suerte. Por desgracia para ese hombre, iba a necesitar mucho más que esa joven con cuerpo de modelo para tener suerte esa noche.

La ladrona de limusinas dio un paso atrás y le dedicó una sonrisa tan coqueta a Ellery que Aidan no pudo evitar tener una reacción puramente sexual. Había algo en esa mujer que hacía que le ardiera la sangre en las venas.

Viéndola de cerca, no podía entender qué era exactamente lo que tenía para provocarle unas reacciones tan intensas. Lo cierto era que le irritaba sentirse así.

Era verdad que tenía cierta elegancia felina y que era una belleza de piernas largas, pero esa joven le había quitado su limusina y creía que solo una mujer sin moral sería capaz de hacer algo así.

No era el tipo de mujer que le pudiera llegar a atraer.

–¿Desea tomar algo, señor?

Aidan se giró hacia la camarera que acababa de detenerse a su lado.

–No. Estoy aquí para jugar al póquer.

Se dio cuenta entonces de que Ellery se había acercado a la mesa principal y que la ladrona de limusinas con el pelo rosa y una boca deliciosa se había quedado sola.

Se preguntó qué haría cuando lo viera allí.

Afortunadamente, no tuvo que esperar mucho tiempo para averiguarlo. Como si sintiera que la estaba mirando, la mujer levantó la vista. Unos segundos más tarde, sus ojos se encontraron.

Se esforzó por mantener una expresión neutral mientras observaba cómo se abrían los de ella. Parecía un cervatillo a punto de ser devorado por una manada de pumas hambrientos.

Cara no podía creerlo, ese hombre la había seguido y se había atrevido incluso a colarse en el Salón Caoba, aunque solo se podía acceder a él con una invitación.

Su corazón se aceleró al verlo y se preguntó si sabría lo que había hecho, que había sido ella la que había tomado prestada su limusina. Pero algo le decía que debía de saberlo y que precisamente por eso estaba allí.

Sintió que el resto de la gente se desvanecía y solo podía mirarlo a él. Tragó saliva. Solo era consciente de esos ojos y de los latidos de su propio corazón.

De pie en el umbral de la puerta, su presencia dominaba el salón, a pesar de que este ya estaba lleno de hombres mucho más importantes, ricos y famosos.

Aun así, había conseguido atraer la atención de otras mujeres. Pudo oír algunos comentarios entre las féminas presentes que le dejaron muy claro que también a ellas les agradaba lo que estaban viendo.

Pero tenía que deshacerse de él y hacerlo rápidamente, antes de que comenzara la gran partida y antes de que causara una escena de la que podría llegar a enterarse Christos Giatrakos.

Decidió que la mejor manera de actuar era ser directa. Intentó calmarse y controlar el temblor de sus piernas mientras caminaba hacia él.

Le dio la impresión de que el salón se había hecho tres veces más largo, le estaba costando llegar hasta donde estaba él. Mientras lo hacía, rezó para que no supiera que había sido ella la que se había llevado su coche.

Se preguntó si la compañía de alquiler de limusinas ya le habría informado.

Lamentó una vez más la impulsiva decisión que la había llevado a teñirse el pelo de un color tan llamativo. Por una vez, le habría encantado tener su aburrido tono natural. Creía que habría sido mucho más difícil reconocerla con su habitual pelo castaño.

Se le pasó entonces por la cabeza que quizás no supiera lo de la limusina y que estuviera allí porque pensaba que era una trabajadora sexual, como le había dicho él mismo. Tal vez quisiera contratar sus servicios para esa noche.

No pudo evitar estremecerse al pensar en esa posibilidad. Le horrorizaba comprobar que, a pesar de todo, ese hombre la atraía y no podía hacer nada por controlarlo.

Esperaba llegar en algún momento a reírse del día que estaba teniendo, pero temía que estuviera aún muy lejos de conseguirlo. De momento, tenía que ignorar sus hormonas y dejar de pensar en la forma en que le brillaban sus ojos, en sus labios y en su bronceada piel.

Pero, con cada paso que daba hacia él, más nerviosa se ponía. Sentía un gran nudo en el estómago que iba cerrándose y haciéndose cada vez más grande.

Y, cuando vio que recorría su cuerpo con la mirada, se sintió aún más insegura.

Se detuvo justo delante de él.

–Lo siento –comenzó ella casi sin aliento–. Solo se puede entrar a este salón con la invitación correspondiente.

Él la miró a los ojos y después sonrió.

–¡La mujer a la que le rompí el zapato!

El corazón le dio un vuelco al oír de nuevo el sonido de su masculina y profunda voz.

–Bueno, en realidad no lo rompió… –le dijo con una risa nerviosa–. Fue un accidente. Y tenía razón. Debería haber prestado más atención mientras caminaba.

–Le agradezco que diga algo así. Es muy generoso por su parte –respondió él con cortesía–. Sobre todo considerando que fui yo quien se chocó con usted.

Le dio la impresión de que le hablaba con demasiada educación. Casi como si estuviera burlándose de ella. Algo le decía que sí sabía lo de la limusina. Se sentía tan culpable…

Intentó descifrar su rostro, pero no sabía qué estaba pensando. Trató de calmarse.

Cabía la posibilidad de que no lo supiera. Pensó que quizás fuera su propio sentimiento de culpa el que estaba haciendo que se sintiera tan paranoica.

–Bueno, no se preocupe –le dijo ella aclarándose la garganta–. Ahora, sintiéndolo mucho, voy a tener que pedirle que se…

No terminó la frase. Se quedó mirándolo con una expresión de perplejidad.

Recordó entonces cómo lo había llamado la azafata y abrió la boca.

Se preguntó si sería Aidan Kelly.

Medio segundo después, su cerebro se puso por fin en funcionamiento y recordó quién era y dónde había visto antes la cara de ese hombre. Por desgracia, no era uno de sus ídolos, sino Aidan Kelly.

El Aidan Kelly del grupo mediático KMG-Kelly. Era el fundador de una de las más importantes cadenas de televisión en Australia, una empresa que había conseguido expandirse hasta dominar la industria del entretenimiento también en Estados Unidos. Si no recordaba mal, también tenía algo que ver con una televisión británica, pero eso era algo más reciente. No recordaba exactamente qué había hecho en el Reino Unido, pero sabía que era un hombre muy rico y con influencia en todo el mundo.

Y había descubierto que también era un grosero y un presumido, pero…

Tragó saliva antes de volver a hablar.

–Tiene invitación, ¿verdad? –le preguntó con un hilo de voz.

Aidan sonrió aún más.

–¿Por qué iba a estar si no aquí? –le preguntó en voz baja.

No había ninguna razón, se dio cuenta de que solo podía estar allí porque iba a jugar al póquer.

Gimió para sus adentros. Sentía que lo había echado todo a perder.

Kelly presentaría una queja y Christos la iba a crucificar. Tenía que

disculparse. Tenía que admitir lo que había hecho en el aeropuerto y explicarle que había actuado de esa manera por pura desesperación. Creía que si le decía que había estado muy estresada, que no quería llegar tarde…

Pero otra voz en su interior le sugirió que se relajara, que no se dejara llevar por el pánico ni lo echara todo a perder. Porque, si él no lo sabía, admitir su error solo iba a conseguir empeorar aún más las cosas. No, decidió recordar lo que su hermano Franco le había enseñado a hacer en situaciones como esa y fingir que nada había pasado.

Sabía que no era un gran plan, pero iba a tener que conformarse con ese hasta que se le ocurriera algo mejor.

–Muy bien, señor…

Dejó que el silencio se hiciera mientras esperaba que le proporcionara su nombre. Vio que le dedicaba media sonrisa.

–Kelly. Aidan Kelly.

Le recordó a «Bond, James Bond», la famosa presentación del personaje cinematográfico. Y ese hombre no tenía nada que envidiarle al verdadero Bond.

–Le pido disculpas por el malentendido, señor Kelly, y me complace darle la bienvenida al Salón Caoba. Mi nombre es Cara Chatsfield y…

–Ya me parecía que la había reconocido. Además de por lo de los zapatos, por supuesto.

Cara sonrió y trató de fingir más seguridad de la que sentía.

–Sí, Bueno. Como le iba diciendo, esta noche voy a ser la anfitriona. Así que, si es tan amable de seguirme, le indicaré dónde va a estar sentado.

Aidan Kelly se puso a caminar a su lado y soltó poco a poco el aire que había estado conteniendo. Pensó que quizás, después de todo, fuera a salirse con la suya.

–Le pido disculpas por llegar tan tarde –le dijo él–. Tuve…

Cara lo miró sin aliento y él vaciló un segundo.

–Tuve un problema en el aeropuerto –añadió con una gran sonrisa.

«Dios mío», se dijo ella.

–Espero que no fuera nada importante –contestó ella con la voz entrecortada.

–No –repuso encogiéndose de hombros–. Nada de lo que no pueda ocuparme –agregó con una mirada muy intensa.

Sintió que le fallaban las piernas.

Sabía que no había hecho bien quitándole su limusina. No estaba orgullosa de ello. Era inútil convencerse de que había actuado de esa manera por el bien de unos niños pequeños. Sí, le había gustado la idea de poder llevarlos al hotel junto con su madre para que no pasaran más frío, pero en realidad lo había hecho porque había estado

desesperada y porque le había dolido la actitud condescendiente que había tenido con ella.

Le empezó a doler el estómago al saber que tenía que admitir lo que había hecho.

Estaba a punto de abrir la boca para confesarse cuando algo la detuvo.

Iba a disculparse, pensaba hacerlo. Le iba a explicar que había estado estresada, cansada y algo molesta con la manera en que la había tratado. Nada de eso era una excusa, pero había sucedido y tenía que decirle la verdad. Se había metido en ese lío ella sola e iba a encargarse de salir de ese embrollo. La gran pregunta era cuándo lo iba a hacer y decidió que lo haría al día siguiente.

Decidió que iría a verlo y le pediría disculpas. Después de que terminara por fin el evento de esa noche.

–Había muchísima gente en el aeropuerto esta tarde, ¿verdad? –comentó ella.

Después de decidir que se iba a disculpar al día siguiente, no le quedaba más remedio que seguir fingiendo que todo estaba bien y que no tenía nada que decirle.

Aidan Kelly no dijo nada más al respecto y ella comenzó a sentirse un poco mejor.

Le mostró su asiento en la mesa principal y lo miró con una tranquila sonrisa en su rostro. Cuando él le dio su chaqueta, ella alargó la mano para tomarla. Durante un par de segundos, la prenda quedó suspendida entre las manos de los dos.

Le llegó el maravilloso y masculino aroma de especias que utilizaba y no pudo evitar mirarlo a los ojos. Su cara estaba más cerca de lo que esperaba y sintió que se perdía durante un segundo en sus sensuales ojos azules.

No pudo evitar sonrojarse aún más.

–Una cosa más, señorita Chatsfield.

Ella parpadeó, incapaz de abrir la boca para contestarle.

–Si no le importa, me gustaría tener el número de teléfono de la policía local. Tengo un incidente que denunciar y no he tenido tiempo de hacerlo aún.

Se quedó sin respiración. Era el fin.

Una vez más, todos la iban a ver como la rebelde y alocada heredera de los Chatsfield. La pequeña de la familia iba a volver a protagonizar un escándalo.

Y esa vez, no tenía a nadie a quien echar la culpa, se había metido ella sola en ese lío.

–¿Un incidente? –repitió débilmente.

Se le pasó por la cabeza confesar la verdad en ese instante y pedirle clemencia. Pero recordó entonces el desdén con el que la había

tratado en el aeropuerto.

–Sí, pero usted no tiene por qué preocuparse de nada. No le atañe –le contestó Aidan Kelly antes de sentarse.

Capítulo 3

Aidan se acomodó en la silla de terciopelo.

Supuso que el suspense debía de estar matándola. Él era el primer sorprendido al descubrir lo que se estaba divirtiendo con la situación. Había estado a punto de echarse a reír cuando ella palideció después de que mencionara a la policía.

No tenía intención de denunciar nada, por supuesto, pero le parecía adecuado que la joven sufriera el castigo de estar preocupada toda la noche después de lo que le había hecho y que lo mirara cada dos por tres con el ceño fruncido.

Pero esas miradas tenían un efecto secundario, iban a conseguir distraerlo y que no pudiera olvidarse de ella durante toda la noche. Algo que no podía permitirse, se jugaba demasiado y su atención tenía que estar en la partida.

Pero, de momento, todo iba de acuerdo con el plan. Ellery estaba lo suficientemente inquieto como para hacer algunas jugadas temerarias, pero no lo suficiente como para conseguir echarlo de la partida. Aidan sabía que a ese hombre le encantaba quedar bien delante de sus compatriotas y querría terminar la partida en lo más alto.

Vio que Ellery no dejaba de distraerse de vez en cuando mirando el escote de Cara Chatsfield.

Trataba de convencerse de que era mejor así. Le convenía que tanto Ellery como otros hombres de la mesa estuvieran distraídos mirándola. Eso le ponía las cosas mucho más fáciles.

Pero no pudo evitar apretar con frustración la mandíbula al ver cómo Cara sonreía a los participantes y atendía la mesa. Desprendía sensualidad con cada uno de sus elegantes movimientos. Todo en ella parecía prometer el placer que se podía llegar a alcanzar a su lado.

Empezaba a darse cuenta de que se le daba bien el trabajo que se le había encomendado esa noche. Parecía tener mucha práctica para ser alguien tan joven. Y vio que se le daba especialmente bien tratar con hombres de cierta edad. Parecía estar disfrutando.

Frunció el ceño. Por otro lado, no estaba tan seguro de que estuviera disfrutando de su compañía. Le había parecido ver de vez en cuando algo de incertidumbre en su expresión. Un indicio de que ella no estaba pasándoselo tan bien como les hacía ver.

Pero otra parte de él creía que era tan superficial y seductora como parecía.

No dejaba de tocar a los participantes.

Cara jugaba con ellos. Algunos lo sabían y, aun así, se dejaban hacer, quizás con la esperanza de poder tener algo más con ella esa noche. Pero otros, los más incautos, pensaban que tenía verdadero interés por ellos y se les hacía la boca agua. Se preguntó si Cara estaría esperando el momento oportuno para decidir quién era el afortunado al que le iba a prestar toda su atención. A lo mejor pensaba esperar al final de la partida e irse con el ganador. Tenía mucha experiencia con mujeres de ese tipo.

Por eso no entendía por qué la encontraba tan atractiva.

Uno de los participantes, un millonario jeque de un país rico en petróleo, interrumpió sus reflexiones para sugerirles que hicieran un descanso mientras iba al baño. El crupier les dio quince minutos y todos los hombres se levantaron para estirar un poco las piernas.

Aidan no lo hizo. Estaba dispuesto a quedarse sentado sin moverse toda la noche si era necesario para destruir a Martin Ellery. Ya estaba a medio camino de conseguirlo.

Sabía que su destreza había conseguido sorprender a Ellery. Después de todo, Aidan nunca había sido un jugador, solía ser bastante conservador en los negocios y en su vida, igual que su padre. Pero sabía que el póquer era la debilidad de Ellery y había dedicado mucho tiempo a aprender todo lo que pudiera sobre ese juego, hasta convertirse en un buen jugador. Le venía bien la tendencia que tenía de manera natural a ocultar sus emociones. Ese era también otro rasgo que había compartido con su padre.

Pero su progenitor ya había muerto, después de catorce años sufriendo por culpa de las maquinaciones de ese hombre, Martin Ellery. Sus acciones habían provocado que su padre se hundiera y Aidan pensaba hacerle lo mismo a él. Quería destruir su orgullo, su reputación y su seguridad. En resumen, quería que Ellery perdiera las ganas de vivir. Creía que ningún hombre se lo merecía más.

Y Ellery sabía que estaba contra las cuerdas. Su menguante montón de fichas indicaba que sus pocas jugadas buenas estaban llegando a su fin. Un hombre inteligente se habría levantado y abandonado la partida, pero sabía que el ego de Ellery lo mantendría en la mesa hasta el final. Aidan contaba con ello.

Estiró las piernas delante de él y pidió otro té helado. No le gustaba demasiado, pero sabía que los otros jugadores pensaban que estaba bebiendo whisky y ese hecho hacía que se relajaran un poco más.

Vio que Ellery se había levantado de la mesa y estaba con Cara de nuevo, sosteniendo su brazo. No pudo evitar que se le hiciera un nudo en el estómago.

Ese hombre había estado tocándola toda la noche y, a juzgar por la seductora risa de Cara, a ella no le importaba en absoluto que lo

hiciera.

No entendía por qué se sorprendía.

Esa mujer no era una ingenua, sabía que estaba acostumbrada a esos ambientes. Se dio cuenta de que se había equivocado al creer ver algo de vulnerabilidad en ella. Pensó que quizás hubiera visto en ella lo que quería ver, no lo que había en realidad.

Y no comprendía por qué querría que esa mujer fuera distinta. No era su tipo, nunca podría serlo.

Se fijó en su largo y esbelto cuello, en sus gruesos labios y unos ojos rasgados de color verde esmeralda que debían de ser tan falsos como su pelo. Aunque tenía que reconocer que empezaba a gustarle ese color rosa y el corte de chico. Hacían que pareciera una especie de duende, un duende muy erótico.

Justo en ese momento, Cara se acercó más a Ellery para oír lo que tenía que decirle. Después, le dedicó una deslumbrante sonrisa y salió del salón con él. Era esa clase de sonrisa tan abierta y atractiva la que conseguía que una mujer se transformara en alguien simplemente bello al tipo de mujer que volvía locos a los hombres.

No pudo evitar preguntarse a dónde habrían ido. Quizás a la suite de Ellery, aunque el descanso era de solo quince minutos. Si tenía la oportunidad de estar con ella, no creía que Ellery se conformara con ese tiempo, querría disfrutar más de su compañía.

Molesto con la dirección que estaban tomando sus pensamientos, sacudió la cabeza y se acomodó un poco más en su silla mientras estudiaba a la gente que llenaba el salón. Creía que solo había dos maneras de conseguir entrar allí. O con dinero o con promesas. Los hombres contaban con el dinero y las mujeres, con promesas. Así eran normalmente las cosas, aunque él no solía moverse en esos ambientes.

Se limitaba a trabajar, hacer deporte y dormir. Y en ese orden.

De vez en cuando, salía con alguien y era más raro aún que se animara a ir con los miembros de su equipo ejecutivo a tomar una copa. Pero desde la muerte de su padre el año anterior, había estado dominado por una intensa sensación de desasosiego e inquietud. Algo con lo que esperaba terminar esa misma noche, después de aplastar a Martin Ellery. Quería arrebatarle lo que más quería, su empresa y su autoestima.

Pero le estaba costando concentrarse para lograr su propósito. Miró con el ceño fruncido la puerta por la que habían salido Ellery y Cara. Trató de recordar que no era asunto suyo lo que estuviera haciendo la heredera Chatsfield y que no era su cometido protegerla si la joven no era lo suficientemente lista como para ver qué tipo de hombre era Ellery.

Llevaba años siendo fiel a su intención de no involucrarse emocionalmente en nada y, además, Cara Chatsfield no le parecía el

tipo de mujer que necesitara la protección de nadie. En todo caso, creía que era de ella misma de quien debía protegerse.

Decidió que no le importaba en absoluto que el viejo Ellery tuviera en esos momentos las manos bajo su vestido o la estuviera besando. No le importaba…

Pero no logró convencerse.

–¿A dónde va esa puerta? –le preguntó irritado a la camarera.

La joven lo miró sorprendida

–Por ahí se sube al bar de la azotea. Tiene una terraza con vistas a la avenida principal. Pero esta noche están cerrados, señor.

Aidan maldijo entre dientes y se levantó de la silla. Si alguien iba a tocar ese cuello y besar esos labios sería él. No iba a dejar que ese cretino se le adelantara.

Cara esquivó una vez más las largas manos de Martin Ellery y suspiró. Le había creído cuando le dijo que quería ver la espectacular vista desde el muy exclusivo, pero privado, bar de la azotea. No había tardado en darse cuenta de lo que de verdad quería.

El bar estaba cerrado esa noche y estaban solos en medio de la oscuridad de esa terraza.

Había sentido lástima por Ellery cuando le contó que su primera esposa había perdido a su bebé cuando ya estaba muy avanzado el embarazo y que esa niña habría sido entonces más o menos de su edad.

No sabía si era verdad o no, pero no tardó en darse cuenta de que no había nada paternal en la manera en la que le tocaba el brazo y trataba de ir más allá. Pensó que, si no hubiera estado tan preocupada toda la noche por culpa de Aidan Kelly, no se le habrían pasado por alto las verdaderas intenciones de Ellery y no se encontraría con él a solas como lo estaba en esos momentos.

En ese momento estalló el volcán del casino Mirage y pudo escuchar desde allí las exclamaciones y aplausos de los turistas que se habían reunido alrededor del falso volcán para ver el espectáculo. Pensó que ella también iba a entrar en erupción si no terminaba pronto esa larga noche.

–Espero que le guste la vista y vuelva a subir otro día para disfrutar del bar –le dijo ella mientras ponía distancia entre los dos–. Ahora, si me disculpa, tengo que volver al Salón Caoba.

Ellery agarró su brazo antes de que pudiera alejarse de él.

–Sabes muy bien que no he subido hasta aquí para ver las vistas, Cara –contestó Ellery mientras daba un paso hacia ella–. Ven después a mi suite. Sé que quieres hacerlo.

Se quedó boquiabierta. Le parecía increíble que se atreviera a

decirle que sabía lo que ella quería. Esperaba que su indignación y su asco no fueran demasiado obvios mientras se quedaba mirándolo en silencio.

Suponía que algunas mujeres aún lo considerarían atractivo a pesar de su edad, pero no lo era para ella. No entendía cómo ese hombre podía pensar lo contrario.

Pero lo que más le preocupaba era escapar de esa situación sin ofenderlo. Quería evitar por todos los medios que Ellery montara una escena de la que acabaría enterándose Christos.

Estaba pensando en la mejor manera de rechazar su proposición cuando sintió que le clavaba los dedos en las caderas, atrapándola con su cuerpo entre la barandilla y él.

–¡Señor Ellery! –exclamó Cara poniendo las manos entre los dos–. Estoy con otra persona.

Fue lo primero que se le ocurrió decir y el hombre la miró con los ojos entrecerrados.

–¿Con quién?

Se quedó sin aliento. No podía creer que quisiera saber con quién estaba. Ese hombre no parecía querer aceptar sin más que no quisiera tener nada con él.

Miró desesperadamente la puerta de la terraza por la que tenían que volver a entrar al casino, esperaba que alguien apareciera de repente para rescatarla de ese hombre.

Ellery maldijo entre dientes y ella se quedó sin aliento.

–No me digas que es Kelly.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que no se refería a otra mujer, sino a Aidan Kelly. Se quedó callada un segundo para tratar de decidir qué hacer.

Le había quedado muy claro desde el principio que los dos hombres se despreciaban. Aún recordaba la cara de odio de Martin Ellery después de que Aidan ganara otra ronda.

Se preguntó si le convendría hacerle creer que estaba saliendo en secreto con Aidan Kelly. Creía que quizás así podría conseguir que la dejara tranquila durante el resto de la noche.

–Una dama no habla de esas cosas –murmuró ella a sabiendas de que Ellery lo entendería como una confirmación.

–Kelly odia a las mujeres. Recuerda bien mis palabras. Te va a romper el corazón, cariño, y lo enterrará junto con los de todas las demás mujeres con las que ha estado en Australia.

Teniendo en cuenta que no tenía intención de volver a ver a Aidan Kelly después de esa noche, no le preocupó en absoluto lo que Ellery acababa de decirle.

Pero le bastó con pensar en él para que se le viniera a la mente su hermoso rostro. Cuando sus ojos se encontraron por primera vez con

los de él en el aeropuerto, se había sentido como si su corazón hubiera dejado de latir durante unos segundos, como si la tierra se hubiera movido bajo sus pies. La culpa de eso lo tenía en parte que se le hubiera roto el tacón del zapato, pero tenía que reconocer que la había impactado mucho con su presencia, tanto como si se hubiera dado de bruces con su príncipe azul.

Pero no había tardado en darse cuenta de que no era un príncipe azul, sino un hombre engreído y grosero. Aun así, no le habría importado salir con él e incluso ir mucho más allá. Le costaba admitirlo, pero era la verdad.

Ella lo había mirado con arrobo, pero él había pensado lo peor de ella y la había ignorado desde entonces.

Bueno, tampoco la había ignorado por completo. Lo había sorprendido mirándola de vez en cuando durante las partidas. Unas miradas que habían hecho que se derritiera por dentro y que sintiera una oleada de calor recorriendo su cuerpo.

Pero esa situación no le había incomodado tanto como tener los dedos de Martin Ellery rodeando su cintura como si se creyera con derecho a tenerlos allí.

–Mire, señor Ellery… –comenzó ella forzando una sonrisa.

–Espero no estar interrumpiendo nada.

Al oír la voz de Aidan Kelly, Martin Ellery la soltó y se echó a un lado.

Cara suspiró con alivio.

–Bueno, bueno… Mira quién ha venido –comentó Ellery en tono burlón–. Nada menos que tu amante.

Cara esperaba que Aidan Kelly no lo hubiera oído, lo último que necesitaba era que averiguara lo que acababa de hacerle creer a Martin Ellery.

No entendía qué le pasaba con ese hombre, pero parecía tener una habilidad especial para sacar siempre lo peor de ella.

–Tú eres al que se le dan bien estas cosas –repuso Kelly–. A pesar de tu avanzada edad.

Cara se estremeció. El frío que había sentido frente a la puerta del aeropuerto no se podía comparar con la gélida indiferencia que emanaba de Aidan Kelly.

–¿Qué quieres? –le preguntó Ellery.

–Venía a que me diera un poco el aire –repuso Aidan yendo hacia ellos–. Pero parece que he terminado en el lugar equivocado.

–Eso es porque el bar está cerrado –le dijo el otro hombre.

–Viendo lo concurrida que está la terraza, cualquiera lo diría –respondió Kelly.

–Tengo que reconocer que ha sido una sorpresa verte aquí esta noche.

Aidan se apoyó contra la barandilla de la terraza y contempló las vistas.

–¿Sí? –repuso.

Cara se dio cuenta de que la tensión que había entre los dos era más intensa de lo que había pensado, pero a Aidan Kelly se le daba mejor ocultarlo que a su oponente.

–Creo que estás mordiendo más de lo que puedes tragar, hijo –le dijo Ellery a Kelly.

Aidan lo fulminó con la mirada.

–No vuelvas a llamarme «hijo» –le advirtió en voz baja.

–¡Vamos! Deja ya las tácticas de intimidación, no te van a servir de nada –respondió Ellery subiendo el tono–. Hombres mucho más duros que tú lo han intentado y me temo que todos fracasaron.

Aidan sonrió.

–Creo que estás un poco paranoico. He venido aquí para jugar al póquer, como tú.

–Bueno, pues espero que hayas disfrutado de tu racha de victorias porque no va a durar –respondió Ellery.

–Nunca duran –le dijo Aidan como si de verdad lo creyera.

Cara tragó saliva. Empezaba a darse cuenta de que Kelly era un adversario de altura y supo que no le convenía enfrentarse a él. De todos modos, no era algo que se le pasara por la cabeza, odiaba todo tipo de conflictos, siempre trataba de evitar esas situaciones. Prefería esconderse y esperar a que pasara la tormenta.

Sabía que era una cobarde. Pero, si le daban la posibilidad de elegir entre dejarse llevar por el deseo y comprobar cómo era sentir la boca de ese hombre sobre la suya o salir corriendo, siempre elegiría la huida. No podía evitarlo.

Además, sospechaba que, si alguna vez llegaba a besar a Aidan Kelly, la experiencia la cambiaría para siempre.

Sacudió la cabeza para tratar de centrarse, no podía dejar que su mente vagara de esa manera. Se preguntó qué haría Kelly si ella le pidiera que se quedara quieto un momento mientras ella lo besaba. Después, le sugeriría que olvidara lo que acababa de pasar.

No entendía qué le ocurría ni dónde había metido esa noche su cerebro, pero no estaba pensando con claridad y necesitaba usar su sentido común.

Como si le hubiera leído sus pensamientos, Aidan la miró a los ojos y luego bajó la vista hasta su boca. No pudo evitar estremecerse y sintió un impulso irrefrenable de separar sus labios.

La situación era surrealista. Se encontraba de pie entre esos dos hombres y se sintió como un pedazo de carne.

–Bueno, creo que deberíamos volver al salón –les dijo ella.

Después de todo, era la anfitriona y tenía que tratar de disipar la

repentina hostilidad que parecía haber surgido entre los dos.

Por desgracia, no le prestaron atención.

–Estás fuera de lugar, muchacho. Igual que lo estuvo tu padre –le dijo Ellery a Kelly.

Cara contuvo el aliento al notar que la tensión iba en aumento. No tenía idea de qué habría pasado para que se odiaran tanto, pero Martin Ellery había hecho que la situación fuera más violenta con su comentario.

Cara se giró hacia Aidan casi temiendo que hubiera sacado un cuchillo, pero miraba al otro hombre con una plácida sonrisa, a pesar de que había tratado de insultarlo. Pensó que quizás se hubiera imaginado la tensión que le parecía haber visto unos segundos antes entre los dos.

–Señores…

–Será mejor que tengas cuidado, Kelly –le dijo Ellery mientras volvía a ponerle la mano en la cintura–. No sea que termines perdiendo más de lo que esperas.

Cara se quedó inmóvil al darse cuenta de lo que Ellery estaba insinuando.

–Y tú deja de preocuparte tanto, Martin –respondió Aidan de manera amigable–. Empiezas a hablar como si estuvieras un poco paranoico.

Notó que Ellery apretaba su cintura con más fuerza y dio un paso a un lado para apartarse de él. Si esos dos hombres querían pelearse, no pensaba quedarse allí.

Pero, antes de que pudiera irse, Ellery le cerró el paso.

–Nos vemos en la mesa, Kelly.

–Eso espero –respondió Aidan arrastrando las palabras.

Ellery lo miró con desdén mientras pasaba a su lado e ignoró por completo a Cara. La dejó allí, de pie en la terraza con un hombre que tenía suficiente testosterona para dar y tomar.

–Bueno, ha sido… Interesante –murmuró ella para llenar el incómodo silencio.

–Solo si le gustan los viejos verdes.

Se quedó perpleja.

–No sé qué problemas tienen, pero creo que debería darle una tregua al señor Ellery –le dijo en voz baja–. Me ha dado la impresión de que le tiene miedo de verdad.

Aidan Kelly no movió ni un músculo.

–Debería tenerlo.

Se quedaron de nuevo en silencio.

–Entonces, ¿le gustan los viejos verdes, señorita Chatsfield? –le preguntó en un tono burlón.

Por mucho que quisiera evitarlo, no podía dejar de mirarlo. Con sus

mangas enrolladas hasta los codos y sus formidables hombros, creía que era el hombre más viril que había visto nunca.

–Bueno, eso depende de lo que usted considere viejo –repuso ella sonriendo para tratar de aligerar la tensión–. Pero, como regla general, supongo que no.

–Entonces, manténgase alejada de Ellery. Ese hombre es puro veneno.

Se hizo otro silencio. La brisa nocturna agitó su pelo y podía oír desde allí el ruido de la montaña rusa del casino Nueva York-Nueva York y los gritos de los turistas. A pesar de que era una noche fresca, seguía sintiéndose acalorada y le sudaban las palmas de las manos.

–Gracias por la advertencia –le dijo ella tan alegremente como pudo–. Ahora, si me disculpa, será mejor que vuelva al salón.

Pero, por alguna razón, no se movió.

–¿Qué quería Ellery? –le preguntó Aidan de repente.

–Nada.

–¿Nada? –repitió mirándola fijamente con sus ojos azules–. ¿Están juntos?

–¿Cómo que…? –comenzó frunciendo el ceño–. ¿Qué quiere decir? ¿Me está preguntando si salgo con él?

Aidan no contestó, se limitó a esperar su respuesta. Supo que lo había entendido bien.

–No.

–¿Y quiere estar con él?

–¡Por supuesto que no!

Le revolvía el estómago la mera idea de salir con un hombre como Ellery.

Kelly siguió mirándola con intensidad. Su presencia lo dominaba todo.

–Entonces, no debería sonreírle como ha estado haciendo durante toda la noche.

Cara frunció el ceño.

–Me he limitado a hacer mi trabajo.

–Ha hecho bastante más. Le ha estado seduciendo con esa sonrisa suya que promete un placer sin igual.

Se quedó boquiabierta. Le sorprendieron sus palabras. Nunca se habría imaginado que alguien pudiera definir su sonrisa de esa manera y lo último que habría supuesto era que pudiera tener también un efecto sobre ese hombre. Pero viendo cómo la miraba en esos momentos y cómo entrecerraba los ojos, sintió una sacudida de inesperado deseo en lo más profundo de su ser.

No podía dejar de comerse con los ojos su tentadora boca ni su fuerte cuello. Le resultaba imposible no tratar de imaginarse cómo sería sentir esos labios contra los de ella. Llevaba pensando en ello

toda la noche. Creía que tendría un sabor celestial, tan delicioso como su masculino aroma.

Aidan dio un paso más hacia ella, y sin pensar en lo que hacía, Cara retrocedió hasta tener la espalda contra la pared.

Se dio cuenta en ese momento de que ese hombre no tenía siquiera que sonreír para prometer una noche de placer sin igual, solo tenía que mirar a una mujer como lo estaba haciendo en ese momento. La seguridad y el poder que emanaban de él eran el más potente afrodisíaco, lo que necesitaba para pedirle en silencio que la tomara en sus brazos y la besara. Sentía un anhelo profundo y un deseo en su pelvis que nunca había experimentado hasta ese instante.

–Mi sonrisa no…

Se detuvo cuando se dio cuenta de que los ojos de Aidan estaban fijos en su boca y se quedaban allí. Sintió una oleada de calor y deseo recorriendo cada centímetro de su cuerpo.

–Sí, tienes esa sonrisa –le dijo Aidan con voz ronca–. Y con ella puedes conseguir lo que quieras de un pobre chófer, pero un hombre como Ellery lo tomará como una invitación a algo más. Lo quieras tú o no.

En cuanto oyó que le hablaba de un chófer, se quedó sin aliento.

–Lo sabes, ¿verdad? –susurró mortificada.

Aidan estaba tan cerca de ella que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarla a los ojos.

–Lo que sé es que llevas toda la noche volviéndome loco –respondió Aidan–. Dígame, señorita Chatsfield. ¿Es cierta esa reputación suya de gatita salvaje o suele decepcionar en cuanto se deshace del glamour que suele acompañarla?

Se estremeció una vez más, pero esa vez lo hizo por culpa de unas palabras en las que había más verdad de la que habría querido admitir. Sabía que, si le preguntaban a su padre, él lo tendría muy claro. Cara Chatsfield siempre decepcionaba.

Antes de que pudiera pensar en la manera de responder, Aidan dio paso más hacia ella. Estaba tan cerca que podía sentir su calor y ver el débil rastro de una incipiente barba en su fuerte mandíbula. El aire se hizo cada vez más irrespirable. No dejaba de mirarla, era como si ya la estuviera tocando.

No podía moverse.

Aidan bajó la cabeza y sintió que cada célula de su cuerpo estaba en alerta máxima mientras esperaba que la besara, mientras esperaba que su boca tocara la de ella. Era al mismo tiempo la peor y la mejor sensación del mundo. No podía aguantar más, sentía que estaba haciendo equilibrios en la cuerda floja y tenía un nudo en el estómago. Pero algo le decía que la espera iba a valer la pena, que él iba…

Rozó entonces levemente su boca. Fue apenas una caricia, un contacto fugaz y suave.

Por un segundo, se miraron fijamente con sus labios a un par de centímetros de distancia. Sus alientos se mezclaban.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, Aidan envolvió una mano alrededor de su cintura y agarró con la otra su pelo mientras atrapaba su boca con habilidad y hambre.

Se sintió mareada, como si el suelo estuviera temblando. Tuvo que cerrar los ojos y agarrarse a él para no perder el equilibrio. Sintió la lengua de Aidan sobre sus labios cerrados y no tuvo que pensar en nada, se limitó a abrirse a él.

Él dejó escapar una especie de gutural gruñido que hizo que se estremeciera. Después, la atrajo más cerca, presionando los pechos contra su firme torso. Era increíble sentir cómo se moldeaban sus cuerpos. No se le pasó por alto su excitación ni lo bien dotado que estaba, no pudo reprimir un gemido mientras Aidan seguía besándola apasionadamente.

Sus labios eran cálidos y firmes. Y lo que estaba haciéndole con la lengua… Era increíble. Tenía tantas sensaciones acumulándose en su interior, estaba consiguiendo que se derritiera entre sus brazos.

Le devolvió el beso con la misma intensidad, dejando que sus lenguas y sus labios hablaran. Llevó las manos hasta sus anchos hombros y las subió después por su cuello, hasta enredar los dedos en su espesa mata de pelo. En ese momento, podría haber estado en cualquier lugar del mundo. Podría haber estado en París, en Roma o en Marte. Sabía que, de un modo u otro, no habría sido consciente de nada más, solo de sus besos.

Por desgracia, oyeron de repente una fuerte explosión que los sobresaltó y devolvió a la realidad. Había sido de nuevo el volcán del otro casino.

Se separaron casi de inmediato y le costó trabajo recuperar el aliento. Se llevó la mano al pecho, un gesto bastante parecido al que había hecho la azafata esa tarde.

Miró a Aidan sin poder esconder lo aturdida que estaba.

Él seguía mirándola con intensidad y su respiración era tan desigual como la de ella.

–Nos vemos esta noche. Después de la partida –le dijo él.

No era una petición ni una sugerencia, Aidan se lo había dicho como si fuera una orden. Su voz reflejaba la necesidad que sentía.

No pudo apartar los ojos. Había tanto deseo en su mirada que sentía que se le iba a salir el corazón del pecho. Lo único que quería hacer era volver a sus brazos y calmar el profundo anhelo que sentía en lo más profundo de su ser. Nunca había tenido una reacción tan visceral, nunca había sentido tanto deseo…

Aún podía sentir la presión de sus besos en los labios. Y, aunque su mente le decía que no era buena idea, que debía mostrar cautela, que solo iba a conseguir que le hiciera daño, solo había una respuesta posible.

Respiró hondo y asintió.

–Sí.

Capítulo 4

Aidan no podía terminar de creerse que de verdad le hubiera pedido a Cara Chatsfield que se reuniera con él después de la partida de póquer de esa noche. Pero no había lugar a dudas, aún podía sentir sus labios contra los de él y la sangre le hervía en las venas.

Tenía que olvidarse de ese beso y tratar de concentrarse en el verdadero motivo por el que estaba allí.

Besarla había sido algo espontáneo, se había dejado llevar por el momento, algo que no hacía nunca. Todo en su vida estaba completamente planificado, hasta el último minuto. Su ama de llaves solía burlarse a menudo de él, pero sabía que en realidad le gustaba lo ordenada que era su vida.

–Como un reloj –le decía siempre.

Así le gustaba vivir, con la fiabilidad que le daba llevar una vida bien organizada. Le gustaba saber que no iba a encontrarse ninguna sorpresa desagradable a la vuelta de la esquina. Nada que lo sacara de su camino. Pero no sabía por qué estaba pensando en esas cosas en ese momento, cuando debía estar más concentrado que nunca.

Tenía muy claro que sentía cierta atracción por Cara Chatsfield. De eso no había duda. Lo que no entendía era cómo estaba reaccionando. No era la primera vez que se encontraba con una atractiva mujer y nunca había dejado que su libido lo controlara como le había pasado con ella esa noche.

No podía ignorar su aroma ni dejar de mirar ese pequeño lunar marrón que tenía al lado de la oreja derecha. Eran muchos los atractivos. Pero trató de recordar que, por muy bella que fuera físicamente, nunca iba a poder estar interesado en alguien tan poco fiable. Ni siquiera para una relación pasajera.

Cara Chatsfield era demasiado joven y demasiado superficial para su gusto. Aun así, por muchos defectos de personalidad que le encontrara y por muy mala que fuera su reputación, sabía que no iba a ser capaz de echarse atrás y que se reuniría con ella después de la partida de póquer. No iba a poder resistir la tentación de tenerla en su cama. Por alguna razón, esa mujer había conseguido hechizarlo. No podía pensar en otra manera mejor de describir lo que sentía por Cara.

Por mucho que le frustrara la situación, no podía dejar de mirarla. Como le estaba pasando en ese preciso momento. La observó mientras hablaba con uno de los camareros al otro lado del salón. Apenas se

había acercado a la mesa principal después de lo que había pasado en la terraza.

Aún no terminaba de creerse la manera en la que se había dejado llevar por sus impulsos. Había subido para tratar de fastidiar un poco a Ellery y había terminado atrapando a Cara entre él y la pared para besarla apasionadamente. Esa mujer estaba consiguiendo que perdiera la cabeza. No del todo, pero casi.

Recordó la forma en la que Ellery había estado sujetándola cuando llegó a la terraza. Le había parecido ver un breve gesto de alivio en el rostro de Cara. Le había asegurado que no eran amantes y que no estaba interesada en Ellery, pero entonces no entendía por qué no le había abofeteado para pararle. Tampoco comprendía por qué él estaba pensando en esos momentos en ello en vez de concentrarse en la partida. Después de todo, no era asunto suyo. No era su guardián ni su amante. No necesitaba saber nada más de ella, quería limitarse a disfrutar de la promesa de esas femeninas curvas. Solo se trataba de placer, nada más.

Pensó en llamar a recepción para que les sirvieran una cena para dos de vuelta en su suite. Podrían tomar después una copa juntos y dejar que las cosas siguieran su curso. Y, si podía usar como indicación el beso que habían compartido, sabía que iba a disfrutar mucho también en la cama. Al día siguiente, haría de nuevo las maletas y se despediría de Cara Chatsfield para irse a Fiyi, donde iba a tener lugar una conferencia organizada por su empresa.

Notó que empezaba a dolerle el cuello y algo crujió cuando movió los hombros para tratar de relajar la presión que sentía en esa zona. El camarero con el que estaba hablando Cara en esos momentos parecía de la misma edad que ella. Supuso que habrían incluso visto los mismos programas infantiles.

Sacudió con desesperación la cabeza. No entendía qué le pasaba. No conseguía concentrarse y tenía que hacerlo. Después de todo, su principal objetivo para esa noche era ganar una partida de póquer.

Miró entonces a Ellery, había formado una pequeña torre con las pocas fichas que le quedaban y estaba enderezándolas en ese momento. Esa era la razón por la que estaba allí. Por ese hombre, no podía olvidarlo. Llevaba mucho tiempo esperando la oportunidad de arruinarlo. Su conciencia no estaba del todo a gusto con esa idea, pero pensaba ignorarla por completo.

Le había hecho una promesa a su padre en el lecho de muerte. Le dijo que destruiría a Ellery y él era un hombre de palabra que siempre mantenía sus promesas. El hecho de que su padre no se lo hubiera pedido no era para él más que una demostración de hasta qué punto la traición de Ellery había logrado dañar a su padre. De no haber sido así, creía que habría sido su propio padre el que habría tratado de

vengarse. Pero, en vez de hacerlo, había terminado por rendirse.

Se pasó una mano por el pelo, estaba sudando.

Le llegó entonces el sonido de una risa de mujer flotando en el salón. Era la sexy risa de Cara. Hizo un puño con la mano que había usado para sujetar su cuello. Recordaba a la perfección lo sedosa que era su piel y lo bien que se habían amoldado sus cuerpos. Y su sabor… No podía olvidar sus deliciosos labios.

–¿Señor Kelly? –le dijo el crupier mientras lo miraba con algo de impaciencia–. Es su turno. Realice su apuesta.

Se concentró entonces completamente en el juego. Respiró profundamente y se olvidó de Cara Chatsfield y del resto del mundo. Tenía buenas cartas. Cartas ganadoras. Y, si su intención no le fallaba, creía que Ellery no las tenía.

Aparte de Ellery y él, solo quedaba en la mesa el dueño de la mayor empresa de muebles coreanos, pero ya había renunciado a apostar en esa ronda. Después de cinco horas de juego, Aidan decidió que era hora de entrar a matar. Sobre todo porque empezaba a sentirse cansado y con sueño. Decidió que era mejor reservar la energía que le quedara para actividades más placenteras que esa.

–Lo apuesto todo –repuso con decisión mientras empujaba su montón de fichas hasta el centro de la mesa.

No se le pasaron por alto las exclamaciones de sorpresa de toda la gente que había empezado a reunirse alrededor de su mesa.

Martin Ellery lo miró con los ojos muy abiertos. Suponía que era una reacción bastante normal después de haber sido lo bastante estúpido como para usar su empresa a modo de garantía para comprar más fichas. A pesar de esas fichas extra, no había hecho más que seguir perdiendo.

Ese hombre estaba al borde del precipicio, a punto de arruinarse, y él era el que lo había llevado a esa situación. No se había sentido mejor en toda su vida.

Por fin, después de años observando cómo su padre se iba desvaneciendo delante de sus ojos, iba a disfrutar viendo cómo se retorcía ese malnacido.

Ellery apretó de manera casi imperceptible su boca. Un gesto que se le habría pasado por alto a cualquiera, pero Aidan sabía que era señal de que estaba asustado o enfadado. Recordó entonces las palabras de Cara, le había pedido que no fuera demasiado cruel con Ellery, pero no quería que esa sugerencia le influyera. Esa mujer no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo en esa mesa. Nada.

Pasaron los minutos mientras Ellery decidía cuál iba a ser su próximo movimiento. Cada vez había más gente observándolos y todo el mundo parecía fascinado con lo que estaba pasando.

–Vamos, Ellery –le espetó Aidan–. Juega o retírate.

El hombre se quedó mirándolo a los ojos. Después, empujó el resto de sus fichas hacia el centro de la mesa.

–Acepto la apuesta.

Aidan se echó a reír y miró con desdén las pocas fichas de acababa de aportar el hombre.

–Vas a necesitar más que eso para seguir jugando.

–¡Bastardo! –lo insultó Ellery.

–Puedes llamarme como que quieras, pero tuve un padre –respondió con suma frialdad–. Ya has apostado tu empresa, todo el ganado de tu familia y el jet privado. ¿Qué más puedes ofrecer para igualar mi apuesta?

Alguien soltó un improperio al oír sus palabras, pero no le importaba. Tenía toda su atención en el animal herido que estaba a punto de aniquilar.

Pudo ver cómo Ellery tragaba saliva. Parecía ser consciente por fin de cuáles habían sido las intenciones de Aidan desde el principio. Ya podía sentir una increíble sensación de victoria corriendo por sus venas con la fuerza de un torrente. Eso era lo que había estado esperando durante tanto tiempo. Tenía a Martin Ellery contra las cuerdas y no pudo reprimir una sonrisa. Se acercaba el momento de la verdad.

–Vamos, Ellery –le dijo él–. ¿Qué más tienes?

El hombre miró entonces hacia la barra y vio un gesto de petulancia en su rostro.

–Tengo algo, Kelly. Algo que sé que quieres.

Vio entonces a quién estaba observando. Cara Chatsfield los contemplaba desde la distancia y tenía el labio inferior atrapado entre sus dientes.

–La tengo a ella –le dijo el hombre.

Frunció el ceño.

–¿De qué estás hablando?

–Te ofrezco una noche con Cara Chatsfield. Eso es lo que voy a usar para igualar tu apuesta.

Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que una noche con Cara Chatsfield no iba a ser suficiente. Lo segundo que pensó no fue tan agradable.

Rememoró entonces todos los acontecimientos de esa noche y fue repasándolos uno a uno. Esa joven se había chocado con él en el aeropuerto, le había robado la limusina y le había pedido que no fuera demasiado cruel con Ellery. Y ese beso… Se preguntó si lo habría hecho para tratar de distraerlo y que no pudiera concentrarse en la partida.

Miró hacia la barra y vio que Cara seguía observándolos desde allí. Tenía los ojos muy abiertos y, aunque estaba lejos, le dio la impresión

de que respiraba con dificultad, como si ya estuviera pensando en lo que iban a hacer cuando salieran de allí. Tenía que reconocer que la joven se merecía un premio, era muy buena actriz.

Tenía un nudo en el estómago, no podía creer que hubiera sido tan tonto como para caer en sus redes. Pero había recuperado el sentido común y estaba convencido de que ese beso había tenido la intención de distraerlo.

Estaba furioso.

La ira se apoderó de él. Había estado a punto de dejar que jugaran con él.

–Nos vemos esta noche. Después de la partida –le había dicho él.

Y ella había accedido a pasar la noche con él. Le había hecho creer que lo estaba deseando. Habían intentado tomarle el pelo y, por desgracia, les había salido bien, pero ya no estaba dispuesto a que siguieran riéndose de él.

Tuvo que controlarse para tratar de fingir tranquilidad y no transmitir su enfado. Si no se había dado cuenta antes del engaño había sido porque, cada vez que la miraba, pensaba en lo que pensaba hacer con ella y en nada más.

Pero las cosas habían cambiado y no iba a volver a acercarse a esa mujer.

–¿Lo dices en serio? –le preguntó a Ellery con media sonrisa–. Vas a tener que probar con otra cosa. No puedes igualar mi apuesta con una mujer.

–Las normas de la casa dicen que debes aceptar cualquier apuesta que te proponga, muchacho –repuso Ellery con aplomo y arrogancia.

–Siempre que se trate de una apuesta razonable y la tuya es absurda –le dijo con más dureza–. Ofréceme otra cosa o retírate. Y reza para que encuentres un amigo que te deje un sofá para dormir esta noche.

Llevaba mucho tiempo esperando la oportunidad de despojar a ese hombre de todo lo que tenía y mejor aún si podía hacerlo delante de otras personas. No quería pasar la oportunidad de humillarlo en público, quería hacerle sufrir por todo lo que su padre había pasado. Tenía que vengar el dolor de su progenitor al verse traicionado por el que había sido su gran amigo.

El salón estaba en silencio. Tanto que se oía solo la respiración de la gente, el tintineo de los hielos en las copas y poco más.

Ellery se retorció en su silla, vio que le sudaba la frente.

–Estás acabado, Ellery –le dijo Aidan en voz baja–. Admítelo.

El momento de la victoria estaba tan cerca que podía saborearlo. Por eso no entendía por qué se sentía tan tenso. Había esperado que ese momento de triunfo le aliviara de la insoportable carga que había estado llevando sobre sus hombros. Había creído que se sentiría feliz, aliviado, más ligero.

Por desgracia, Cara Chatsfield eligió ese momento para acercarse lentamente a la mesa. Vio que había preocupación en su hermoso rostro. Se preguntó si sabría que su amante acababa de ofrecerla como parte de la apuesta. Pero quizás ya hubieran acordado también esa parte del plan cuando los sorprendió juntos en la terraza del hotel.

Pensó entonces que se había equivocado por completo. No había sido alivio lo que había visto en el rostro de Cara cuando se había acercado a Ellery y a ella en el balcón, sino miedo. Miedo al ver que había estado a punto de pillarlos in fraganti.

El sentido común le decía que no era posible, le parecía un plan demasiado complicado y maquiavélico, pero, en ese momento, no podía fiarse de su sentido común.

Solo confiaba en su instinto. Y su instinto le estaba diciendo que algo no encajaba, que estaba olvidando una parte importante del puzle, aunque no supiera aún cuál era. Se había sentido así desde que se chocara con ella en el aeropuerto esa tarde.

–Pensándolo mejor –le dijo a Ellery de pronto–. Acepto tu apuesta.

Iba a ganar la partida y a hacerla suya. Y pensaba hacerlo con tanta pasión e ímpetu que esa pobre joven iba a lamentar el día que decidió jugar con él.

Cara se dio cuenta de que pasaba algo extraño en cuanto llegó a la mesa principal.

No había querido estar cerca de Aidan Kelly desde que regresaran al salón después del beso que habían compartido en la terraza. Y, desde entonces, no podía pensar en otra cosa.

En cuanto sintió que sus labios se rozaban, había estado demasiado hipnotizada para alejarse de él. Había sido incapaz de moverse después de sentir su calor, la pura masculinidad de su cuerpo esbelto y musculoso tan cerca del de ella, su intensa mirada, como si deseara devorarla… Se había sentido tan cautivada que ni siquiera había tratado de apartarse de él y evitar que la besara, como habría hecho con cualquier otro hombre al que apenas conociera.

Había hecho todo lo contrario. Se había dejado llevar. Aun recordaba sus propios gemidos y la fuerza de su excitación. Se había sentido casi mareada, como si estuviera a punto de perder el equilibrio. Aunque una voz en su interior le había dicho que no era buena idea y le había mostrado señales de peligro, las había ignorado por completo. Solo había podido pensar en él y disfrutar de lo que le estaba haciéndole sentir entre sus brazos.

No podía creerse que hubiera accedido a reunirse con él después del póquer. No sabía si iba a ser capaz de hacerlo, se había comprometido a tener relaciones sexuales con un hombre que era poco más que un

desconocido, alguien a quien le había robado la limusina…

Pensó que tal vez formara todo parte de una jugada del destino.

Era la única manera que encontraba de explicar lo bien que se había sentido entre sus brazos, de entender el deseo que había visto en el rostro de Aidan y que sin duda debía de haber sido un reflejo de su propio gesto.

Por eso no entendía por qué parecía estar evitando mirarla. No pudo evitar estremecerse. Tenía un mal presentimiento.

Era algo que ya había sentido desde el otro lado del salón. La manera en la que se había hecho el silencio. Eso había sido lo que había hecho que se acercara de nuevo a la mesa.

Se quedó sin aliento al ver lo pálido que estaba Martin Ellery y la expresión feroz con la que lo miraba Aidan Kelly.

Vio que la mujer que tenía a su lado la miraba de reojo. Le pareció que la observaba con preocupación.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó ella en voz baja–. ¿Qué es lo que se han apostado?

La mujer levantó ambas cejas y dejó escapar una risa nerviosa.

–A ti.

–¿A mí? –preguntó con un hilo de voz Cara mientras miraba a Aidan.

Vio que la miraba con el ceño fruncido, como si esa situación fuera culpa suya.

–¿En serio? –insistió Cara.

–Me temo que sí. Fue el hombre mayor quien lo sugirió.

No podía creer lo que le estaba contando. Se le hizo un nudo en el estómago.

–Y… ¿Y el otro aceptó?

–Acaba de hacerlo.

No entendía nada, no sabía por qué Aidan habría accedido ni qué se le podía estar pasando a Ellery por la cabeza para sugerir algo así. Trató de pensar en cómo salir de esa situación. Se le vino a la mente una imagen de su padre sacudiendo la cabeza con decepción.

No sabía qué hacer. Si montaba una escena, podía echar a perder todos sus esfuerzos de esa noche. No quería que llegara a oídos de Christos lo que se estaban jugando esos dos hombres a las cartas. Temía que el director general de la empresa familiar pudiera llegar a pensar que había sido ella la que había provocado deliberadamente esa situación o, peor aún, que había sido idea suya.

Como no sabía qué hacer para salir de esa situación tan peligrosa, no dijo nada.

Y se quedó sin aliento cuando oyó las palabras de Martin Ellery.

–¡Estará encantada de hacerlo!

Todos los ojos se volvieron hacia ella. Se quedó helada, no sabía

cómo responder. Le parecía un comentario tan descarado que pensó que debía de haberlo entendido mal, que debía de estar refiriéndose a una cita o una cena con ella, nada más.

Supuso que se trataba de algo parecido a lo que ya había hecho con anterioridad, cuando había participado en subastas con fines benéficos en las que los invitados pujaban para competir por el derecho a cenar con uno de las personas que se ofrecían en la subasta. Lo había hecho alguna vez para recaudar fondos que se dedicaban a personas sin hogar.

–Bueno, si se refiere a mi compañía para… –comenzó ella con voz temblorosa y poca seguridad.

–Hecho –la interrumpió Martin Ellery dando un fuerte golpe sobre la mesa–. Enseña tus cartas, Kelly.

El gutural gruñido que soltó Aidan Kelly mientras dejaba sus cartas en la mesa hizo que se estremeciera. Estaba haciendo todo lo posible por no mirarla y sintió que se le secaba la boca. No parecía el mismo hombre que la había besado apasionadamente, el hombre que la había mirado en la terraza como si fuera la única mujer en el mundo.

No sabía qué iba a hacer si Aidan ganaba… Pero se le pasó entonces por la cabeza un pensamiento aún más terrorífico.

«¿Y si gana Martin Ellery?, se dijo angustiada.

–El señor Kelly tiene una escalera de color –anunció el crupier–. Señor Ellery, sus cartas, por favor.

Vio la pálida cara de Ellery y se dio cuenta de que había perdido. Parecía tan aturdido que fue el propio crupier el que tuvo que poner sus cartas sobre la mesa y ordenarlas.

Sintió un zumbido en los oídos mientras esperaba. Podía sentir los ojos de la gente. Todos parecían mirarla con curiosidad y no pudo evitar sonrojarse.

Cuando el crupier terminó de ordenarlas, oyó susurros entre la gente. Intentó descifrar su mano. Tenía cuatro reinas… No sabía si eso significaba que Ellery había ganado o perdido.

–El señor Ellery tiene póquer –dijo entonces el crupier–. Gana el señor Kelly.

«¿Gana el señor Kelly?», se repitió ella para tratar de dar sentido a las palabras.

Levantó entonces la vista hacia Aidan y sus ojos se encontraron con los del hombre con el que unas horas antes se había besado en el terraza y con el que había accedido a reencontrarse más tarde. La miraba con dureza y el ceño fruncido. Su expresión estaba consiguiendo que se sintiera aún más confundida.

Le daba la impresión de que la miraba con desprecio, como si tuviera muy mal concepto de ella. Recordó entonces las palabras que le había dicho en la terraza.

–Dígame, señorita Chatsfield. ¿Es cierta esa reputación suya de gatita salvaje o suele decepcionar en cuanto se deshace del glamour que suele acompañarla?

Aidan se puso de pie con orgullo. Entrecerró los ojos y miró a su contrincante con desprecio.

–Puedes quedarte con tu querida empresa, Ellery. Y también con tu sucio dinero. No quiero nada de eso.

Ellery se quedó mirando a Aidan como un hombre destrozado que sentía que aún estaba frente a la soga de su verdugo.

–¿Có… cómo? ¿Vas a dejar que me quede con todo? –le preguntó con voz temblorosa.

Aidan hizo una mueca con la boca.

–Casi –repuso Aidan mirándola con sus penetrantes y fríos ojos azules–. Con todo menos con ella.

Capítulo 5

Aidan estaba furioso. Sentía una profunda amargura que parecía ir extendiéndose por su cuerpo. Y no solo era esa amargura la que lo dominaba, sino también la incertidumbre de no saber por qué había actuado como lo había hecho. No entendía por qué había permitido que Ellery se quedara con todo, por qué se alejaba de allí sin llevar a cabo su venganza.

No tenía las respuestas, solo sabía que todo lo que había pasado esa noche había conseguido remover algo en su interior. Lo había hecho sobre todo la mujer que tenía a su lado. Su beso, su expresión inocente y sus mentiras le habían afectado más de lo que quería admitir.

Pero había llegado el momento de que Cara Chatsfield pagara. Y no se refería a su cuerpo, ya no le interesaba. Lo que quería era enseñarle una lección por haberse atrevido a jugar con él.

Cara tropezó mientras iban hacia la puerta del salón. La gente los observaba y él apretó con más fuerza su codo.

–Sonríe, preciosa –le susurró él–. O la gente va a pensar que no estás deseando pasar la noche conmigo.

–Señor Kelly…

Se detuvo y le dedicó una sombría sonrisa.

–No me llames así. Creo que ya debemos dejar atrás las formalidades, ¿no te parece? De hecho, estoy pensando que a lo mejor deberíamos mostrarles a todos de lo que eres capaz y que vean ahora mismo una escena similar a la que representaste antes en la terraza. Por lo que vi en ese videoclip en el que participaste, eres bastante exhibicionista.

–No, yo no…

Tiró de ella para aplastarla contra su cuerpo y Cara colocó sus pequeñas y frías manos sobre su torso.

–Entonces, sigue andando –le susurró para que solo ella pudiera oírle–. Si no lo haces, me olvidaré de que debo comportarme como una persona civilizada. Soy capaz de levantarte la falda del vestido aquí mismo y aplastarte contra la pared más cercana.

Vio que Cara palidecía, pero trató de convencerse de que no le importaba, que esa mujer no se merecía su dulzura ni su consideración. No podía olvidar que había accedido a ponerse a sí misma como señuelo y, por desgracia para ella, la jugada le había salido mal.

Sin decir ni una palabra, tiró de ella hasta llegar al ascensor y pasó su llave digital por el lector para subir directamente a la suite presidencial. Trató de ignorar la manera en la que Cara tenía las manos juntas y apretadas como si estuviera muy nerviosa. La llevó a la habitación y no se detuvo hasta cerrar la puerta de una patada tras ellos.

–Señor Kelly, por favor…

–Llámame Aidan, preciosa.

Cara lo miraba con el ceño fruncido.

–Si me dejas hablar…

–No quiero que hables –gruñó–. Quiero que te desnudes y que lo hagas lentamente –agregó sonriendo–. Quiero disfrutar de cada minuto.

Se sentó en el gran sofá y estiró los brazos sobre el respaldo mientras la observaba.

–Déjate puestos las medias y los zapatos –le ordenó.

Cara parecía a punto de perder el equilibrio.

–No puedes estar hablando en serio…

–Claro que sí. Llevo toda la noche imaginándote desnuda sobre la mesa del comedor con esos tacones y estoy deseando verlo.

El silencio que siguió a su escandalosa declaración estaba cargado de tensión. Esperó a ver qué hacía Cara, estaba deseando saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

Cara no podía creerse que hubiera sido tan osada como para acceder a reunirse esa noche con un hombre que era poco más que un desconocido y que la miraba con tanta frialdad y desprecio. Se sentía aturdida. El ardiente y salvaje beso que habían compartido en la terraza del hotel no le parecía más que un recuerdo muy lejano.

Con la boca seca, lo miró fijamente. Tenía la mente en blanco y trató de concentrarse, pero no podía calmar los latidos de su corazón. No podía creer que Aidan le estuviera hablando en serio, no podía ser. Pero lo miraba y no veía ni una pizca de piedad en su duro rostro.

No sabía cómo aplacarlo y negó con la cabeza.

–No… No puedo –le dijo ella tragando saliva.

–¿Acaso necesitas tomarte antes una copa? –le preguntó Aidan como si no la creyera–. Tengo que reconocer que me sorprende. Después de todo, sabías muy bien lo que te esperaba aquí.

–No sé qué idea te has hecho, pero yo no he acordado tener nada contigo –comenzó ella–. En ningún momento accedí a acostarme con nadie.

–Bueno, has dejado que apostemos por ti. ¿Qué pensabas? ¿Que nos estábamos jugando el derecho a cenar contigo? –le dijo Aidan con

dureza–. ¿Pensabas que íbamos a sentarnos a tomar el té y hablar de las últimas películas que hemos visto en el cine?

–Veo que estás enfadado, pero…

–No, no estoy enfadado. Estoy excitado. Es la primera vez que gano una mujer en una partida de póquer.

–Pero eso no era real…

Se dio cuenta enseguida de que era lo peor que le podía haber dicho. De forma instintiva, dio un vacilante paso hacia atrás al ver que él se echaba hacia delante, con los codos sobre sus rodillas.

–¿Tengo que recordarte todo lo que me jugaba en esa apuesta? ¡Tenía a Martin Ellery en la palma de mi mano! –le dijo fuera de sí–. ¡En la palma de mi mano! Había conseguido destrozarlo. Pero, una vez más, allí estabas tú para interferir e intentar que ganara él. Si lo hubiera hecho, si hubiera ganado él…

Durante un breve instante, le dio la impresión de que algo había cambiado. Ya no la miraba de manera amenazante. Le pareció ver dolor en su mirada.

Sabía que debería estar más asustada. En parte lo estaba, pero también entendía que lo que estaba pasando entre ellos tenía mucho que ver con el hombre al que Aidan había dejado derrotado y hundido en el Salón Caoba.

–¿Por qué estás tan enfadado con el señor Ellery? –le preguntó en voz baja–. ¿Qué es lo que te hizo?

–Como si no lo supieras…

–No lo sé –le dijo ella negando con la cabeza.

Aidan se levantó lentamente del sofá y se le acercó.

–Tengo que reconocer que se te da muy bien. Me creí todo lo que me dijiste en la terraza.

–¿Por qué no ibas a hacerlo? No te mentí –repuso ella con nerviosismo.

Siguió yendo hacia ella como si no la hubiera oído.

–Te creí cuando dijiste que no habías tratado de alentar a Ellery, que era él el que se estaba pasando de la raya contigo. Pero lo de la limusina, el beso, la apuesta… –le dijo Aidan riendo con amargura–. Te confieso que conseguiste engañarme, pero no del todo.

–¡Sabías lo del coche! –exclamó angustiada–. Estaba casi segura de que lo sabías…

–Pero no ibas a decirme nada, ¿verdad? No ibas a pedirme disculpas por haberme robado la limusina.

–No la robé –balbuceó ella–. La tomé prestada.

Aidan se apoyó en el borde de la mesa y se cruzó de brazos. Por su postura, podía parecer que estaba relajado, pero se dio cuenta de que estaba en la cuerda floja, que tenía que ser cuidadosa con sus palabras. Cada vez le costaba más controlar los latidos de su corazón y

su respiración.

–Lo que hice estuvo mal, lo admito. Pero estaba lloviendo tanto y vi que no iba a poder llegar al hotel a tiempo… Lo siento mucho. Nunca había hecho algo así, pero estaba tan cansada y estresada… –le dijo tratando de encontrar las palabras adecuadas–. Fui…

–¿Egoísta? –la interrumpió él.

–Sí, es verdad. Lo cierto es que estaba enfadada contigo.

–Ahora empieza a salir la verdad…

Cara respiró hondo. Empezaba a darse cuenta de que no iba a conseguir convencerlo, que era un duro contrincante. Martin Ellery lo sabía mejor que nadie.

–Has estado jugando conmigo y mirándome toda la noche.

–¡No he estado mirándote! –protestó ella.

–No solo me mirabas con deseo, sino que también he visto cómo separabas tus dulces labios para invitarme a besarte de nuevo –le dijo Aidan con un tono burlón.

–¡No es verdad! Yo no…

Aidan se apartó de la mesa y caminó lentamente hacia ella.

–Sí, lo deseabas. Que te besara y que te hiciera muchas más cosas. Y volverás a hacerlo –susurró mientras se le acercaba–. Vas a darme todo lo que le habrías dado a tu amante y mucho más.

Notó que le temblaba el labio inferior, le pasaba cuando estaba muy dolida y se lo mordió con fuerza.

–Él no es…No es mi amante.

–Tengo que reconocer que se te da bien jugar, preciosa. Creo que a Ellery le habría ido mejor si te hubieras sentado tú a la mesa esta noche en vez de él. Pero ya ha terminado todo. Así que deja de mentirme.

Cara se dejó caer en el sofá. No sabía qué hacer ni qué decirle.

–No estoy mintiendo. No sé de lo que me estás hablando, de verdad. Ya te dije que no estaba con él.

–Me encanta cómo me miras con esos ojos tan inocentes, un buen detalle para ser más creíble –le dijo Aidan–. Igual que lo de frotarte las manos con nerviosismo.

Siguió observándola y, a pesar de lo incómoda que era la situación, no pudo evitar que su cuerpo reaccionara estremeciéndose.

–Reconozco que hoy he cometido un par de errores –le dijo ella–. No debería haber hecho escala en Los Ángeles, ahora lo tengo claro. Pero quería ver a mi agente. Ya me parecía a mí que las cosas me estaban yendo demasiado bien… Debía haber previsto que algo iba a suceder. Siempre me pasa algo. Pero, ¿cómo iba a saber que se iba a retrasar el vuelo?

–¿De qué demonios estás hablando?

–De mí –repuso con un hilo de voz y sin poder hacer nada ya para

controlar sus lágrimas–. Soy un desastre…

Enterró el rostro entre sus manos y comenzó a sollozar.

–Siem… siempre me pasan estas cosas, todo me su… sucede a mí –le dijo tartamudeando–. Lo sé, lo sé… Es culpa mía. Yo…

Aidan se quedó horrorizado al ver a esa mujer tan joven y bella llorando a lágrima viva en el sofá de su suite. Intentó entender lo que le acababa de decir, pero no pudo.

Aun así, le hizo reflexionar. Lo que le había dicho sobre Los Ángeles, que todo le salía mal, que temía llegar tarde al hotel… Estaba empezando a pensar que tal vez se hubiera equivocado con ella. Se le pasó por la cabeza que también Cara pudiera haber sido tan víctima de las maquinaciones de Ellery esa noche, como lo había sido su familia hacía catorce años.

Se preguntó si de verdad sería posible.

Al ver las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y cómo Cara trataba de controlarlas, comenzó a desmoronarse el muro que había rodeado su corazón en cuanto Ellery se la ofreció como parte de la apuesta.

No había sido su intención hacerla llorar. La verdad era que había creído que iba a ofrecerse a él y tratar de seducirlo. Había decidido que iba a dejar que empezara a quitarse la ropa delante de él y que, luego, cuando estuviera ya medio desnuda, iba a mirarla con el desprecio que se merecía y a echarla de allí.

Tenía que reconocer que también era su intención asustarla un poco para que la próxima vez se lo pensara mejor antes de hacer algo parecido, para que tuviera más cuidado y no volviera a ponerse en una situación tan vulnerable.

«Pues misión cumplida, muchacho».

Pudo oír la voz de Martin Ellery diciéndole esas palabras como si lo tuviera al lado.

Sacudió con desesperación la cabeza. Él no era como ese hombre y nunca lo sería.

Cara se levantó y fue hacia ella, pero vio que se estremecía cuando la agarró por los hombros y trató de apartarse. Hizo entonces algo sin pensar en lo que hacía. Se sentó en el sofá y tiró de ella para que se acomodara en su regazo, como si fuera una niña pequeña.

–Ya, ya, Cara… –le susurró para que se calmara–. No pasa nada, no me tengas miedo –agregó pasándole la mano por la espalda–. No voy a hacerte daño, relájate.

Poco a poco, sintió que su cuerpo iba perdiendo rigidez, sus sollozos se calmaron y se acurrucó entre sus brazos.

Un par de minutos después, Cara se echó hacia atrás y lo miró a los

ojos.

–Tenías razón –le dijo ella mientras se secaba los ojos con las manos.

Tomó la caja de pañuelos de papel que había en la mesa de centro y le ofreció uno. Cara lo aceptó sin decir nada y se limpió la cara. Tenía los ojos rojos e hinchados. No era una de esas personas que seguía siendo atractiva cuando lloraba. Y, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, ese hecho consiguió despertarle aún más ternura hacia ella.

–¿Tenía razón? Vaya… La verdad es que preferiría que no fuera así. No sé si quiero saber en qué he acertado –repuso él.

–Te… tenías razón cuando dijiste que te he estado mirando toda la noche. Es verdad –susurró Cara–. Y también era verdad que quería… Que quería besarte.

Se quedó sin aliento al oírlo. No era precisamente lo que había querido oír cuando la tenía entre sus brazos, con sus suaves curvas contra su cuerpo.

No pudo evitar que su cuerpo despertara casi de inmediato y Cara debió de sentir cómo se endurecía porque se quedó inmóvil y vio cómo sus ojos verdes miraban de repente su boca.

Maldijo entre dientes y trató de calmarse, pero la sangre corría ardiente por sus venas.

No la había llevado a su suite para acostarse con ella, no había sido su intención…

–Cara, no puedes… No puedes…

Fue él entonces el que no pudo evitar tartamudear.

–¿Qué? –repuso Cara.

No podía soportarlo más. Todo le estaba saliendo al revés esa noche y no quería dar más vueltas a las cosas, quería dejarse llevar. La deseaba y no entendía por qué seguía negándolo. Sobre todo cuando lo miraba como lo estaba haciendo en ese instante, como si ella también lo deseara…

Atrapó su nuca con la mano mientras se inclinaba para besarla. Sintió un intenso anhelo y una urgencia casi desesperada en cuanto sus labios se encontraron.

Era el primero en sorprenderse al ver la necesidad con la que deseaba tenerla y tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no dejarse llevar y arrasar su boca con la intensidad que le pedía su cuerpo. De alguna manera, consiguió esperar y besarla despacio y suavemente, hasta que logró que Cara comenzara a relajarse y a devolverle los besos. Entonces, no pudo esperar más.

–Abre la boca, Cara –le susurró–. Déjame entrar.

Ella gimió mientras le obedecía y, cuando sus lenguas se unieron, se sintió como si aquel fuera su primer beso. Fue una sensación increíble.

Él tampoco pudo evitar gemir de placer y usó la mano que tenía libre para agarrar su cintura y tirar de ella hasta tener su torso contra el de él. Cara sabía a café y a chocolate negro. Llevó sus delicadas manos a los hombros y se aferró a él, arqueando su cuerpo hacia el suyo de una forma deliciosa.

Pero necesitaba más, tenía que acariciarla. Deslizó una mano entre los dos para tocar uno de sus pechos. Cara susurró su nombre entre gemidos mientras se agarraba con más fuerza a sus hombros, arqueando su cuerpo aún más hacia él, que había comenzado a recorrer con besos su cuello.

Cara se retorció entre sus brazos y agarró su cabeza mientras él seguía besándola. Deslizó una mano hasta su hombro y le bajó con ella la parte de arriba del vestido.

Llevaba un sujetador de encaje de color melocotón y no se le pasó por alto lo tensos que estaban sus pezones, como si ya estuvieran anticipando lo que iba a pasar.

Agarró sus pechos con las dos manos y arrastró sus pulgares por los pezones. Cara abrió la boca sin poder controlar después un gemido de placer cuando él reemplazó los pulgares con la boca, lamiéndolos y apretándolos entre sus dientes a través del encaje de su sostén. Siguió haciéndolo hasta lograr que Cara se retorciera desesperada entre sus brazos.

Era increíble saborearla de esa manera, sentía que había perdido completamente la cabeza. Apartó a un lado su sujetador y tomó profundamente en su boca uno de sus deliciosos pezones, recorriendo con los dientes y la lengua esa parte de su anatomía. Cara se retorcía contra su cuerpo y él la guio hasta tenerla casi a horcajadas sobre su regazo.

Estaba a punto de subirle la falda del vestido para que pudiera colocar las piernas a ambos lados de sus muslos, cuando oyó otra vez la voz de Ellery dentro de su cabeza.

«Así se hace, muchacho. Has llegado más lejos que yo».

Aidan cerró brevemente los ojos y dejó caer la cabeza en el respaldo del sofá. Sujetó entonces su cintura entre las manos para detenerla.

–No sigas, Cara –susurró él sacudiendo la cabeza–. Para.

–¿Qué?

Cara lo miró con los labios hinchados y un gesto de confusión en los ojos.

Maldijo entre dientes mientras la apartaba de él y se levantaba. La dejó sentada en el borde del sofá y fue hacia el pequeño bar del salón.

Había un decantador de cristal y seis vasos sobre una bandeja de plata. Le daba igual lo que fuera, necesitaba beber algo para tratar de calmarse y recobrar un poco la compostura. Abrió la botella y se sirvió un trago.

–¿Aidan?

Por fin conseguía que lo llamara por su nombre de pila, cuando menos lo necesitaba.

Levantó el vaso y se terminó la copa de un trago. Esperó unos segundos a que el alcohol le quemara la garganta y se sirvió otra.

Levantó la vista y vio que, aunque estaba de espaldas a ella, podía ver su reflejo en el espejo que había detrás de la barra. Cara se había puesto de pie y se había vuelto a poner la parte superior de su vestido. Estaba aún sonrojada por el deseo y tenía revuelto su corto cabello. En esos momentos, y muy a su pesar, le pareció la mujer más bella que había visto en su vida.

No pudo evitar sentirse culpable. No había sido su intención dejar que las cosas fueran tan lejos.

En realidad, sí lo había querido, pero antes de que Ellery la incluyera en la apuesta.

Le bastaba con pensar en ese hombre para que se le revolvieran las entrañas. Necesitaba olvidar cuanto antes todo lo que había pasado esa noche.

–Tienes que irte.

No se había dado la vuelta para mirarla mientras se lo decía y vio en el espejo que se había sonrojado aún más. Observó cómo Cara lo miraba desde donde estaba y su labio inferior empezó a temblar cuando vio que él la estaba mirando a través del espejo.

–Pero pensé que…

Dejó de golpe el vaso sobre la barra de madera y Cara no terminó la frase. Estaba haciendo un esfuerzo inmenso para controlarse y necesitaba que se fuera.

–No sé qué pensaste, preciosa, pero tienes que reflexionar un poco más antes de actuar. No puedes ir por la vida quitándole a la gente sus limusinas ni permitiendo que unos hombres se jueguen al póquer la posibilidad de pasar la noche contigo. Tampoco deberías dejar que un desconocido te lleve a su habitación ni… –le dijo él deteniéndose al ver su cara–. No llores –agregó enfadado al ver las lágrimas que caían por su rostro.

No podía evitarlo, esas lágrimas lo estaban destrozando por dentro.

Sin pensar en lo que hacía, fue hacia ella, pero Cara levantó las manos para detenerlo. Tenía un aspecto tan vulnerable con los pies separados y una expresión feroz en su cara, que consiguió conmoverlo. Era como si se creyera capaz de detenerlo si él trataba de acercarse más.

–No te acerques.

–No tenía intención de hacerlo –le dijo en voz baja él–. Tienes la puerta detrás de ti. Te sugiero que la utilices.

–Con mucho gusto.

El silencio que se hizo en la habitación después de que Cara saliera y cerrara la puerta de un portazo fue casi opresivo. Se acercó a los grandes ventanales y se quedó mirando las vistas.

Miles de luces de colores adornaban la gran avenida de Las Vegas. Era como un brillante juguete que ocultaba un interior podrido. Se fijó en los destellos rojos, verdes, azules y dorados. También había luces rosas, como su pelo. Todas diseñadas para conducir a un hombre a la perdición.

Capítulo 6

Cara siempre había odiado levantarse temprano. Sobre todo si tenía que hacerlo después de dormir solo dos horas y si se había pasado llorando casi todo ese tiempo.

Había sentido tanta lástima de sí misma que no había sido capaz de controlar sus lágrimas durante toda la noche.

Seguía sin entender cómo podía haber tenido algunos de los mejores momentos de su vida durante una de las peores noches que recordaba. Tampoco sabía por qué ese hombre, que había dejado muy claro cuánto la odiaba, le había hecho sentir tanto deseo y tanto placer.

También había conseguido que ella se sintiera deseada. Una prueba más de hasta qué punto estaba desesperada y en absoluta desconexión con la realidad. No entendía cómo podía pensar que Aidan Kelly la había deseado con tanta urgencia como ella a él.

La forma en la que él la había abrazado cuando se echó a llorar había hecho que bajara sus defensas hacia ese hombre. Había sido tan frío y grosero con ella cuando la llevó hasta su habitación, que esa amabilidad la pilló por sorpresa y no pudo evitar bajar la guardia. Había sido justo el tipo de reacción que tantas veces había esperado de su padre durante los pocos momentos de su infancia que había pasado con él. Se había pasado esos años rezando para que su padre le dedicara algo de afecto que la ayudara a superar su soledad.

Cerró los ojos y gimió al recordar las manos y la boca de Aidan Kelly en su cuerpo. Nunca la habían besado como lo había hecho él. Se había sentido como si él hubiera estado dominado por completo por el deseo y la necesidad de poseerla en todos los sentidos.

Y también ella se había sentido distinta, como si no tuviera control sobre su propio cuerpo ni sobre su mente.

Toda la noche había sido como la ruidosa montaña rusa que había en un casino cercano. Había tenido que hacer frente a todo tipo de emociones.

El beso había sido inolvidable, pero seguía sin saber a ciencia cierta si Aidan la habría creído al final o si seguía pensando que era la amante de Martin Ellery. Aunque no sabía por qué, no creía que fueran a volver a verse las caras, le importaba mucho que la creyera.

Se sentía fatal esa mañana. Le avergonzaba la manera en la que había reaccionado su cuerpo y también que Aidan la hubiera rechazado después como lo hizo. Le parecía increíble que él hubiera

sido capaz de apartarla de su lado e ir a servirse una copa como si nada hubiera sucedido. Y la forma en la que la había mirado con sus fríos ojos en el reflejo del espejo… Le había dolido que ni siquiera se hubiera molestado en darse la vuelta para mirarla a la cara mientras hablaba con ella.

Recordó entonces que había apagado el teléfono antes de meterse en la cama. Se acercó a la mesita y lo encendió. Sonó en seguida el pitido que anunciaba la llegada de mensajes. Tenía nueve en su bandeja de entrada. Había tres de Christos, otros tres de su hermana Lucilla, uno de su amiga Lucy y dos de su agente.

Sintió una horrible premonición mientras tocaba la pantalla para abrir el primero de Christos.

De: Christos.Giatrakos@TheChatsfield.com
Para: Cara.Chatsfield@TheChatsfield.com
Asunto: ¡URGENTE!
Llámame.

Ese correo electrónico no le aclaraba nada y abrió el siguiente.

De: Christos.Giatrakos@TheChatsfield.com
Para: Cara.Chatsfield@TheChatsfield.com
Asunto: ¡URGENTE!
Inmediatamente.

Empezaba a darse cuenta de que era un hombre de pocas palabras.

Miró entonces uno de los mensajes de su hermana Cilla: *Espero que estés bien después de lo de anoche. Llámame. Besos.*, le decía.

Sabía que su hermana no podía referirse a los besos de Aidan Kelly y cada vez estaba más preocupada. Temía que esos crípticos mensajes se refirieran al torneo de póquer, aunque no entendía a qué se referían. Abrió la aplicación para ver Internet y buscó su propio nombre.

Lo que vio hizo que le entraran ganas de enterrar la cabeza en la almohada y no volver a salir de la habitación. Los titulares eran escandalosos:

Cara Chatsfield entra en el juego en todos los sentidos.
Cara Chatsfield hace un trío.
Cara Chatsfield, ¡a tres bandas!

No podía creerlo. Estaba a punto de tirar su teléfono a la cama cuando vio el nombre de su agente en la pantalla.

No contestó, sabía que estaría molesta con ella. Desde que salió en

el inapropiado videoclip, le había estado recordando que tenía que limpiar su imagen si quería que le ofrecieran buenos trabajos. Pero no podía olvidar que era la misma persona que la había aceptado como cliente después de que Cara despidiera a su agente anterior. Le había dicho entonces que creía en ella y que iba a trabajar muy duro para conseguir que su carrera siguiera por el buen camino y fuera siempre a más. Sabía que Harriet estaba jugándose su propia reputación como profesional y le dolía que tuviera que volver a enfrentarse a un escándalo como ese.

Miró el mensaje que le había mandado su agente y se le hizo un nudo en el estómago cuando lo leyó.

De: Harriet.Harland@TheHarlandAgency.com

Para: Cara.Chatsfield@TheChatsfield.com

Asunto: ¿Qué has hecho?

La gente de cosméticos Demarche está furiosa. Han anulado el contrato. Son muy malas noticias.

Llámame.

Por un momento, su mente se quedó completamente en blanco.

Tiró el teléfono a la cama como si le quemara en la mano. Se sentía entumecida. El contrato con Demarche había sido un gran triunfo que se había esfumado de repente. Le había hecho mucha ilusión lograrlo. Había empezado consiguiendo algunos trabajos como modelo por su rostro y por su nombre. Había sido divertido tener a toda esa gente a su alrededor, preparándola para las fotos y diciéndole que era guapa, fantástica, perfecta.

Le había gustado especialmente porque era muy distinto a todo lo que había vivido durante su infancia. Había crecido entre una casa de campo y un internado de niñas.

Pero, poco a poco, había llegado a apreciar ese trabajo y había ido aprendiendo la mejor manera de mostrar la ropa que llevaba puesta. La moda se había convertido en su pasión y le gustaba poder opinar sobre lo que tenía que ponerse para cada sesión de fotos.

Y Demarche le había ofrecido algo más. No solo iba a ser su imagen como modelo, sino también la portavoz de la empresa. La idea era que representara a la marca.

Pero había perdido ese contrato y todo era culpa suya.

Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y trató de controlarlas. No era el momento de dejarse llevar por sus emociones. Tenía que calmarse y…

No sabía qué hacer. No quería tener que volver a casa corriendo como si tuviera que esconderse. Sabía que allí la recibirían sus amigos con los brazos abiertos y le dirían todo lo que quería oír.

Pero no quería tener que contarles lo que había pasado la noche anterior. Creía que sus amigos no lo entenderían.

A lo mejor Lucilla sí lo comprendería. Pero Cilla, como la llamaban sus más allegados, tenía sus propios problemas en ese momento. Y no quería contárselo al resto de sus hermanos. No quería tener que oír a Antonio, el mayor, diciéndole otra vez que debía asumir la responsabilidad de sus acciones. Ya sabía que tenía que hacerlo.

Después de lo que había leído en los titulares, sabía que la prensa volvería a acampar frente a su casa y a acosarla sin piedad. Era algo que se les daba muy bien a los paparazis del Reino Unido. De momento, los estadounidenses le habían parecido más respetuosos.

Decidió que era mejor que no regresara a casa aún, pero tampoco podía seguir alojándose allí.

Odiaba Las Vegas.

Se levantó y fue a darse una ducha mientras se preguntaba qué pensaría Aidan Kelly de todo lo que habían publicado en Internet sobre la noche anterior. Había visto una foto que mostraba claramente cómo la sacaba casi a la fuerza del Salón Caoba. Era una maldición para ella que todo el mundo tuviera cámaras de calidad en sus teléfonos móviles.

Supuso que Aidan estaría furioso y que ya habría hecho alguna declaración para dejarle muy claro a la prensa que no quería tener nada que ver con ella. Era lo que su padre solía hacer.

Una vez más, le entraron ganas de llorar y se mordió su tembloroso labio inferior. Se dio cuenta de que, la noche anterior, cuando volvió a la habitación, debería haberse terminado el champán que había visto en el frigorífico. De haberlo hecho, en lugar de atiborrarse a chocolate, habría podido dormir mejor y no lo recordaría tan bien todo.

Se le pasó por la cabeza esconderse en alguna de esas comunas hippies de artistas que había en Nuevo México. Allí podría aprender a hacer joyas de estilo azteca, una de sus pasiones.

Pero sabía que así solo conseguiría que las revistas dieran por supuesto que estaba en una clínica de desintoxicación o algo peor.

No entendía por qué le importaba tanto lo que dijeran de ella. Pero siempre le había dolido que dieran por supuesto que, gracias a su apellido, tenía una vida muy fácil. Y también estaba cansada de que la etiquetaran como la rebelde de la familia. También sus hermanos Orsino y Lucca, los gemelos, tenían fama de chicos malos, pero, en su caso, era casi un elogio. Le parecía muy injusto el doble rasero que usaba la prensa con ellos.

La acusaban de llevar una vida escandalosa, casi promiscua, cuando era todo lo contrario. Aunque nadie la creería, solo había tenido dos amantes en su vida. Le dolía que fueran tan injustos con ella, le dolía

mucho.

Cilla siempre le decía que no podía seguir siendo tan sensible, pero no podía evitarlo. Era su manera de ser.

Se sentía atrapada. Decidió ir al aeropuerto, mirar el panel de salidas y escoger el lugar más alejado que pudiera encontrar. Sabía que no era un gran plan, además odiaba estar sola. Prefería tener compañía y estar entretenida para no pasarse horas reviviendo la noche anterior una y otra vez, hasta perder por completo la cabeza.

Le mandó un mensaje a Harriet, su agente, para pedirle que la dejara pasar un par de días con ella. Le pareció el lugar más seguro para esconderse, aunque sabía que iba a tener que explicarle todo lo que había pasado.

Harriet le contestó de inmediato para decirle que sí, que podía ir, pero no consiguió sentir alivio.

Sabía que iba a estar decepcionada con ella. No quería ni pensar en ese primer encuentro, cuando viera la cara de Harriet. Trató de pensar en qué le iba a contar de la noche anterior.

Mientras hacía las maletas, decidió que no podía decirle cómo Aidan Kelly la había besado y tocado la noche anterior ni que, a pesar de todo, aún lo deseaba. Sabía que era patético.

Aunque creía que su padre la veía como alguien sin oficio ni beneficio, sabía que en realidad sí tenía potencial y mucho que ofrecer, pero a veces se sentía tan perdida…

No quería seguir pensando en cosas tan negativas. Se puso unos amplios pantalones de lino y una blusa. Iba a necesitar sus grandes gafas de sol para ocultar sus ojos, enrojecidos por las lágrimas y la falta de sueño. Se puso también una gorra para cubrir el pelo y que nadie la reconociera. Cerró después las maletas y llamó a recepción.

Si no hubiera estado tan cansada y preocupada, habría previsto que iba a tener que encontrarse con decenas de paparazis en cuanto salió del hotel. Pero su presencia la sorprendió por completo y, antes de que tuviera tiempo de parpadear, se encontró atrapada entre ellos y la pared de cristal del hotel. La gorra y las gafas acabaron en el suelo y tuvo que agacharse rápidamente para recuperarlas mientras se protegía los ojos de las indiscretas cámaras.

Volvió a ponerse las gafas y trató de esconder su miedo, pero la tenían completamente atrapada y no pudo hacer otra cosa que quedarse inmóvil mientras la bombardeaban con preguntas y le hacían fotos.

Aidan era bastante madrugador, lo había sido desde que asumiera el control de la empresa de su padre. Solía comenzar el día en su gimnasio o corriendo por los jardines botánicos de Sídney, cerca de su

casa. Después, se tomaba el café que le preparaba su ama de llaves y dejaba que su chófer lo llevara al trabajo.

Al principio, cuando empezó en la empresa familiar, iba a la oficina conduciendo su viejo coche. Entonces, soñaba con poder algún día comprarse un llamativo Ferrari rojo. Pero nunca había llegado a tenerlo. No le había parecido lógico comprarse un coche así cuando no iba a tener tiempo para conducirlo y disfrutarlo. Su Mercedes había sido una adquisición más lógica. Mientras su chófer lo llevaba de un sitio a otro, podía hacer llamadas, trabajar desde su portátil o tener reuniones. Había llegado incluso a utilizar ese asiento una noche para tener relaciones sexuales cuando el tiempo no le había permitido otra opción. Pero no había sido una experiencia demasiado placentera, no como la de la noche anterior.

No entendía por qué no podía quitarse a Cara Chatsfield de la cabeza. Era como una herida dolorosa que no terminaba de cicatrizar. Lamentaba haberla tocado. Se había pasado toda la noche arrepintiéndose y tratando de convencerse de que no quería volver a verla.

Había estado tan obsesionado por su sed de venganza que no había sido capaz de ver lo que era real y lo que no. Y seguía sin estar seguro. Creía que le debía una disculpa, pero no le parecía buena idea tratar de verla de nuevo para decírselo.

Había sido lo bastante estúpido la noche anterior como para dejar que ella le distrajera y había terminado por permitir que Ellery no recibiera ningún castigo. Miró el despertador, eran las siete de la mañana, pero estaba destrozado. Apenas había dormido.

Aun así, se levantó y su teléfono móvil sonó justo en ese momento. Era la editora de su periódico más importante. Casi nunca lo llamaba, así que contestó algo preocupado.

–Dana, ¿qué pasa?

–Buenos días, jefe. Pareces cansado, como si hubieras tenido una noche dura. No me sorprende.

Tuvo un mal presentimiento.

–¿De qué estás hablando?

–De tu gran noche con la chica más rebelde de Inglaterra. La gente está bastante molesta. No se creen que hayas permitido que la competencia se haga con la exclusiva.

–No he tenido una gran noche con nadie –repuso de mal humor.

Dana le leyó algunos titulares y se sintió estúpido al no haber anticipado que iba a suceder algo así. Supuso que todo el mundo había oído cómo Ellery y él se apostaban a la joven. Que no hubiera sido consciente de lo que iba a pasar era una buena indicación de hasta qué punto había dejado que le afectara todo lo que había ocurrido la noche anterior.

Aunque sabía que no era su problema, no pudo evitar preguntarse cómo estaría Cara. Algo le decía que estaría encantada, que ese tipo de mujer vivía por y para ese tipo de atención.

–¿Quieres que escriba un comunicado en tu nombre? –le preguntó Dana.

Odiaba lo que estaban diciendo de él, pero sabía que lo mejor que podía hacer era no decir nada.

–No, vamos a ignorarlo.

Que era, después de todo, lo que él mismo había decidido hacer.

Capítulo 7

Aidan llamó a recepción para que un coche lo recogiera frente a la salida trasera del hotel. Entró en el ascensor y dio la espalda a una joven pareja que estaba besándose apasionadamente en la esquina. La chica sujetaba unas flores de color rosa. Le recordó al pelo de Cara Chatsfield.

No entendía por qué, pero no parecía capaz de olvidarla. A diferencia del chico del ascensor, él no tenía nada de romántico.

Las puertas del ascensor se abrieron poco después y salió rápidamente. Ya había pagado la cuenta, así que solo le quedaba salir de allí y olvidar la noche anterior.

Y lo habría hecho si no hubiera visto en ese momento a la mujer que con tanto empeño estaba tratando de olvidar. Estaba aplastada contra la pared de cristal del hotel. Tenía una mano en la cara y la otra frente a ella para tratar de abrirse camino entre una furiosa horda de paparazis. Pero no lo estaba logrando.

Maldijo entre dientes y fue hacia ella dando grandes zancadas. Se abrió paso a través de los reporteros hasta llegar a ella y la tomó en sus brazos.

Como se estaba cubriendo la cara con la mano, no supo que se trataba de él y se resistió, tratando de apartarse. Pensó entonces con tristeza que quizás habría intentado apartarse con más fuerza de saber que era él quien la sujetaba.

–Cariño, soy yo –le dijo en voz alta para que lo oyeran los periodistas–. Siento haberte hecho esperar. Si hubiera sabido que te iban a atacar así, no te habría dejado bajar sola.

Cara se calmó y levantó el rostro hacia él. Vio que le temblaban los labios. No podía soportar la idea de verla llorar de nuevo e hizo lo primero que se le ocurrió. Agachó la cabeza y la besó. Fue muy breve, solo quería tranquilizarla y que viera que estaba de su parte. Nada más. Esperaba que Cara lo viera así. Aunque su cuerpo deseaba seguir besándola e ir mucho más allá.

–Rodea mi cuello con los brazos –le susurró él al oído.

Cara lo hizo, se aferró a él. Aidan la tomó en sus brazos y la llevó de vuelta al hotel, fulminando a su paso con su mirada a todos los paparazis que se encontraba. No se detuvo hasta estar de vuelta en su habitación. Después, la dejó en el sofá.

Cara lo miró, le caían las lágrimas por las mejillas.

–Toma –le dijo él dándole un pañuelo de papel–. Esto empieza a ser un hábito. Suénate la nariz.

Ella lo hizo y se limpió la cara.

–¿Estás bien? –le preguntó después.

–No… La verdad es que no.

–¿Qué estaba pasando ahí abajo? Pensé que estarías acostumbrada a ese tipo de situaciones.

–Me equivoqué al pensar que la prensa americana era menos agresiva que la inglesa. Además, reconozco que no estaba pensando con demasiada claridad cuando salí de mi habitación –le confesó Cara–. Debes de pensar que soy patética.

Frunció el ceño, pero no le respondió. Parecía una gatita asustada.

–Es horrible –murmuró ella–. Supongo que ya sabrás lo que dice la prensa de lo de anoche.

–Mi editora me llamó esta mañana con la maravillosa noticia. Quería saber por qué dejé que otros medios lograran la exclusiva.

Cara le ofreció una sonrisa algo llorosa.

–¿Qué le dijiste?

–Nada. No tengo por costumbre alimentar ese tipo de tonterías.

–Tienes suerte. Yo no quiero ni pensar en lo que van a escribir después de que me rescataras como lo has hecho. Van a decir que estamos juntos –le advirtió Cara–. Por cierto, ¿por qué lo hiciste?

Era una buena pregunta que prefería no responder. No había pensado en cómo se iban a percibir sus acciones, solo se había concentrado en sacarla de esa situación.

–Estabas atrapada y nadie te estaba ayudando. Lo habría hecho por cualquiera –le dijo–. ¿Por qué te importa tanto lo que diga la prensa?

–No es eso… –repuso Cara mientras seguía limpiándose las mejillas.

–Entonces, ¿por qué lloras?

–No… No estoy llorando.

–Sí, lo estás –le dijo pacientemente–. Y está claro que te importa y preocupa lo que digan.

–Bueno, también te pasaría a ti si acabaras de tocar fondo.

Le pareció que estaba exagerando, pero trató de ser paciente.

–¿Por qué dices eso?

–Se suponía que anoche debía portarme mejor que nunca, le mandé un mensaje a Christos esta mañana diciéndole que iba a permanecer escondida unos días, hasta que la prensa se olvidara de todo. Va a estar muy enfadado conmigo. Y cuando vea las fotos de hace un rato…

–Respira, Cara. ¿Y quién es Christos? ¿Un amante?

–¡No! –replicó con fuerza mientras miraba durante un segundo su boca–. Christos Giatrakos es el director general de la empresa. Supongo que es mi jefe o algo así.

–¿Tu jefe?
–Fue quien me encargó que ejerciera anoche como anfitriona, con la idea de colaborar de alguna manera con la empresa familiar. Se supone que tenía que comportarme y evitar por todos los medios causar un escándalo –comenzó angustiada.
Le contó que además había perdido un lucrativo contrato con el gigante francés de los cosméticos.
–Creo que podría ser el peor escándalo que me han atribuido. He dejado que dos hombres me utilizaran como parte de una apuesta… –susurró cubriéndose la cara–. No volveré a trabajar…
–Sobre todo si sigues llorando –gruñó él.
No sabía qué le pasaba con Cara. Cuando veía a una mujer llorando, le daba la impresión de que trataba de manipularlo emocionalmente, pero con ella… No podía verla así.
De alguna manera, sabía que las lágrimas de Cara eran genuinas y sintió lástima por ella.
–No puedo evitarlo –le espetó ella–. Y no entiendo por qué no estás enfadado.
–Este tipo de historias y rumores son tan comunes…
–Puede ser, pero de ti no dicen que eres promiscuo. La reputación del hombre nunca sufre en este tipo de situaciones. De hecho, es todo lo contrario –le dijo Cara mientras luchaba para controlar sus lágrimas.
–¿Has comido? –le preguntó de repente.
–¿Qué? ¿Qué tiene eso que ver con nada?
Sin molestarse en contestar, fue hasta el teléfono.
–Café, algo de bollería, beicon, huevos, tostadas y pastillas para el dolor de cabeza –encargó a la recepcionista.
–¿Por qué has pedido todo eso? –le preguntó Cara cuando terminó de hablar por teléfono.
–Es más difícil llorar con el estómago lleno.
–¿De verdad? –repuso ella–. ¿Y cómo sabías que me duele la cabeza?
–Bueno, las pastillas eran para mí –le dijo él sonriendo–. Pero me he imaginado que tú estabas igual, no has dejado de frotarte la nuca. Relájate, Cara. Todo pasará antes de que te des cuenta.
–Puede que para ti, pero para mí… Lo de anoche es un escándalo más que viene a demostrar lo salvaje y rebelde que soy. No sé qué voy a decirle a Christos. Ya me dejó un par de mensajes desagradables esta mañana. ¡Y eso fue antes de este último desastre!
Su intención había sido ayudarla cuando la vio entre los paparazis, no empeorar su situación. Una vez más, se sintió muy culpable por lo de la noche anterior. Podría haber rechazado la escandalosa apuesta de Ellery, pero no lo había hecho. Por primera vez en su vida, había

ignorado la lógica y estaba furioso. Además, cuando había pensado que Ellery estaba con ella, solo había tenido un objetivo en mente, arrebatársela. Había querido alejarla de él, encerrarla en una habitación y preguntarle cómo podía haber sido tan estúpida.

Pero tal vez ella no había sido la que había hecho una estupidez.

–Lo que acaba de pasar frente al hotel juega a tu favor –le dijo entonces él–. Si no lo ves ahora mismo, es porque no estás pensando con lógica. Si Christos Giatrakos se cree que estamos juntos, se sentirá aliviado. Puedes decirle que fue un malentendido y que somos pareja.

Cara se mordió el labio inferior y Aidan tuvo que hacer un gran esfuerzo para no quedarse mirando su boca. Pero seguía con las gafas puestas y no podía centrarse en sus ojos.

–Quítatelas.

Vio que Cara tragaba saliva.

–¿Qué? ¿Qué quieres que me quite?

«La ropa. Quiero verte de nuevo, tocarte, saborearte…», pensó él sin poder evitar que su mente se llenara de las imágenes más eróticas.

–Las gafas –contestó con la voz entrecortada–. Me cuesta hablarte cuando sigues con las gafas puestas.

Cara sintió que se estremecía al notar algo distinto en su voz y se preguntó si Aidan le habría leído el pensamiento. Al mirarlo, mientras él daba vueltas por la habitación, solo podía pensar en lo atractivo que era. Alto, masculino, seguro de sí mismo y tan poderoso… Había sido increíble que la tomara en sus brazos para rescatarla de la prensa. Se había sentido como la princesa de un cuento de hadas. Pero sabía que solo eran cuentos, que no había nada real en esas historias.

–Pero las necesito, tengo los ojos irritados.

Antes de que pudiera detenerlo, Aidan se acercó y se las quitó. Agachó rápidamente la cabeza, pero él agarró su barbilla. Se estremeció y cerró los ojos, tratando de apartarse sin éxito.

Aidan maldijo entre dientes y la soltó.

–Veo que has sufrido de verdad por todo esto –le dijo.

Le había dolido el escándalo, pero lo peor había sido sentirse rechazada y humillada por él.

–Sí.

–Espera –susurró Aidan agarrándole la barbilla de nuevo–. Tus ojos son azules hoy, no verdes.

–Me he puesto lentillas de color para tratar de animarme. Se supone que debían parecer violetas, como los ojos de Elizabeth Taylor.

–¿Las necesitas?

–No, pero me gusta usarlas para cambiar un poco.

–¿De qué color son tus ojos?

–De un color aburrido.

Antes de que Aidan pudiera decirle nada más, alguien llamó a la puerta. Mientras él se acercaba a abrir, ella se puso en pie y corrió a la habitación más cercana.

Se dio cuenta entonces de que estaba en el dormitorio. Todavía olía a él.

Se miró en el espejo y vio que sus ojos estaban menos hinchados, pero seguían enrojecidos.

–¿Cara? ¿Dónde estás? –la llamó Aidan.

–Aquí –repuso ella abriendo la puerta y tratando de parecer más tranquila y segura.

Aidan estaba al lado de un carro lleno de comida y se dio cuenta entonces de que tenía hambre.

–No quería que me viera nadie aquí.

–Creo que es un poco tarde para eso, ¿no? –repuso él sonriendo–. ¿Cómo tomas el café?

–Con arsénico.

Aidan sonrió aún más y aceptó la taza de café que le ofrecía con una mano temblorosa.

–No será para tanto –le dijo él.

–Para ti no –le recordó ella–. Yo aún tengo que decidir qué le voy a contar a Christos.

–No le digas nada –respondió Aidan–. O dile que estamos juntos y lo de anoche fue solo una especie de juego sexual.

–Desafortunadamente, se creería lo segundo y no lo primero.

–¿Por qué no?

–¿Tienes que preguntarlo? ¿Quién se va a creer que el respetable Aidan Kelly pueda estar con la oveja negra de los Chatsfield?

Aidan le dio a elegir un paquete de aspirinas y otro de paracetamol.

–No, gracias. Soy una fanática de la salud. Prefiero curarme de manera natural.

–Muy admirable, pero tómate algo.

Puso los ojos en blanco al oírlo, pero hizo lo que le pedía.

–¿Siempre eres así de mandón?

Aidan dudó un momento. Luego, se encogió de hombros.

–Eso parece –repuso él ofreciéndole un cruasán.

–No como nada con mantequilla.

–¡Eso es ridículo! No me extraña que llores tanto.

No pudo evitar sonreír y miró los bollos. Hacía años que no se tomaba un cruasán. Aidan vio cómo lo miraba y le acercó el plato.

–Escucha, Cara –le dijo–. No puedo evitar sentirme responsable por el aprieto en el que te encuentras y creo que deberías decirle a Christos que somos pareja.

–¿No te importa lo qué van a decir de ti?

–Puedo defenderme solo, Cara.

No sabía por qué, pero le encantaba cómo decía su nombre.

–No se lo creería –le dijo–. Pero gracias.

–Entonces, ¿qué vas a hacer?

–Se me pasó por la cabeza irme a algún sitio, perderme durante algún tiempo.

–¿Tú sola?

–Sí, esa es la parte que menos me atrae… Voy a esconderme unos días en la casa que mi agente tiene en Los Ángeles.

–¡Ya sé! –replicó él dejando su taza de café en la mesa–. Te vienes conmigo.

–¿A dónde? –repuso ella frunciendo el ceño.

–Tengo una conferencia durante los dos próximos días en Fiyi. Puedes venir, relajarte en la playa o ir al spa del hotel. Tómate esos días para reflexionar y pensar en tu próximo plan.

–Pero, ¿qué iba a arreglar eso? Además, tú me odias.

–No te odio –respondió Aidan mientras iba a las ventanas y se quedaba mirando las vistas–. Además, ese viaje hará que nuestra relación parezca lo suficientemente real como para que Christos te crea.

Le dolía que sintiera lástima por ella, pero tenía que admitir que la idea de perderse en una isla tropical la atraía mucho.

–¿Habrá algún paparazi allí?

–Nos alojaríamos en un complejo exclusivo que valora mucho la intimidad de sus huéspedes. No voy a aceptar un no por respuesta, Cara.

Lo miró a los ojos. Le estaba lanzando un salvavidas. Sabía que debía estar contenta, pero le preocupaba pasar los próximos días en compañía de un hombre que la atraía más de lo que la había atraído cualquier otro hombre.

–Nunca lo haces, ¿verdad? –le preguntó ella.

–No –repuso Aidan con una sonrisa que la dejó sin aliento.

Capítulo 8

Nada más aterrizar en Fiyi, lo primero que le llamó la atención a Cara fue lo diferente que era a Las Vegas. La ciudad había estado llena de luces y rodeada de un desierto. En Fiyi, había pocas edificaciones, pero era exuberante. No había otra palabra para describir el verde intenso de su vegetación tropical, el aire húmedo que los recibió y las profundas aguas azules del Pacífico.

Llegaron al atardecer. Nada más aterrizar, los llevaron a la lancha en la que los iban a trasladar a la pequeña isla donde estaba el complejo hotelero. Para entonces, ya se había ocultado el sol y comenzaban a salir las estrellas. Había tantas y parecían estar tan cerca que casi podía tocarlas. Fue increíble sentir el azote del viento en el pelo y las gotitas de agua en su cara. Pasaron cerca de otras islas de playas blancas y bellas palmeras.

Una vez más, se preguntó si habría hecho bien aceptando su invitación. Le había atraído la oportunidad de esconderse de sus problemas, pero no podía evitar pensar que debería haber ido a Los Ángeles o a Londres para poder refugiarse en sus amigos.

Empezaba a darse cuenta de que, durante estos días, iba a tener que pasar mucho tiempo a solas o con un hombre que la había dejado sin aliento cuando la había besado. Un hombre al que seguía deseando.

La lancha aminoró la velocidad al llegar a una de las islas. Había antorchas clavadas en la arena de la playa donde se bajaron. Marcaban un camino que se perdía poco más allá entre la maleza tropical. Solo se oía el motor de la lancha y el susurro del agua.

Sintió de repente la angustia de verse atrapada en esa isla sin nadie con quien hablar.

Un hombre levantó la mano para saludarlos desde la playa y se metió en el agua. Poco después, llegó a la lancha para sujetarla.

–¿Siempre es tan tranquila la isla? –le preguntó Cara a Aidan.

–A estas horas de la noche, sí. Será mejor que te quites los zapatos y te subas los pantalones. Tenemos que caminar por el agua.

–No hay peces peligrosos en Fiyi, ¿verdad? –contestó ella mirando el agua oscura.

–Solo pirañas, pero ahora están durmiendo.

Levantó la vista y vio que estaba sonriendo.

–Muy gracioso –protestó.

Le entregó su bolso y las sandalias al barquero y se metió en el

agua. Mientras tanto, Aidan se arremangó los pantalones y saltó con agilidad. Le parecía imposible que se pasara todo el día sentado en su despacho dirigiendo una empresa de miles de millones de dólares. Supuso que también buscaba tiempo para hacer deporte.

–¿Estás seguro de que la conferencia es aquí? –le preguntó ella.

–Sí, ¿por qué?

–Es que no oigo nada, solo el sonido de las ramas moviéndose y el de las olas rompiendo en la playa. Y está tan oscuro… Es muy misterioso.

–No me digas que tienes miedo a la oscuridad.

No le gustó su tono. Apartó la mirada y se concentró en andar con cuidado hasta la playa. No pudo evitar sobresaltarse cuando sintió la mano de Aidan en su codo. Había una química entre ellos que no podía seguir ignorando.

–Es verdad, tienes miedo a la oscuridad.

–No es a la oscuridad en sí. Pero sí tengo una fobia… Odio estar sola. Necesito tener siempre gente alrededor. Cuando era pequeña, solía meterme siempre en la cama de mi hermana.

–¿No en la de tus padres?

–No, casi nunca estaban en casa.

Notó que Aidan la miraba con curiosidad. No solía hablar con nadie de sus padres. Y, menos aún, de lo duro que había sido crecer sin su presencia.

–*Bula*, bienvenidos al Coco Beach Front Resort –les dijo un hombre.

–Gracias –respondió ella con una sonrisa.

–¡Dinesh! –lo saludó Aidan con afecto como si fuera un viejo amigo.

–Me alegra verlo de nuevo, jefe. Ha pasado demasiado tiempo.

Se preguntó si lo llamaba así de manera amistosa o si Aidan de verdad era su jefe.

–Dinesh, te presento a Cara Chatsfield. Será mi invitada mientras estemos aquí.

–Un placer conocerla, señorita Chatsfield. Espero que disfruten de su estancia –le dijo el hombre antes de señalar un punto más allá de la playa–. Vengan por aquí, les mostraré su bungaló.

Los llevó a un pequeño coche y, pocos minutos después, estaban frente a una pintoresca cabaña de playa. Era de madera y tenía techo de paja. Le encantó.

Una mujer vestida con un pareo tradicional y una blusa blanca les entregó un vaso de zumo. Se sintió mucho mejor en cuanto tomó un sorbo de la dulce bebida.

El interior era más lujoso de lo que había esperado. Había cómodos sofás, suelos de madera oscura con bellas alfombras de cáñamo. Le llamaron la atención las flores exóticas que llenaban los jarrones de la gran sala de estar. Al lado de la puerta, había un pequeño baño de

pies para que pudieran quitarse la arena de la playa antes de entrar.
–¡Es preciosa!
Dio un paso atrás para que pudiera pasar Dinesh con su equipaje e inesperadamente sintió unas grandes manos en su cintura. Se dio cuenta de que había estado a punto de chocarse con Aidan. Por un instante, sintió que su trasero rozaba los duros muslos de ese hombre y se quedó sin aliento.
Rápidamente, dio un paso hacia delante para apartarse de él.
–Lo siento –le susurró.
–Ha sido culpa mía –repuso Aidan mientras entraba en la cabaña sin mirarla.
Ninguno de los dos había hablado de lo que había pasado la noche anterior, pero sabía que los dos recordaban perfectamente lo que había ocurrido.
Echó un vistazo a la cabaña mientras Aidan hablaba con Dinesh. Vio un baño de oro y mármol que parecía una casa de baños turca, dos habitaciones individuales y una habitación más grande con una enorme cama con dosel.
Parecía tan cómoda… Oyó a Dinesh detrás de ella con el equipaje y se dio la vuelta para decirle que esa no era su habitación.
Se quedó con la boca abierta al ver que era Aidan y que la miraba con el ceño fruncido.
–Tus maletas.
–¡Ah! Gracias –repuso ella–. Pero quédate en esta habitación. No iba a…
–No pasa nada –la cortó Aidan–. Además, yo apenas duermo.
Tenía tal necesidad de alejarse de la gran cama y de él, que cometió el error de moverse justo en el instante en que lo hacía él y acabó chocándose con Aidan.
–Perdón, lo siento –susurró aturdida.
Sintió una fuerte oleada de calor por todo su cuerpo y se quedó sin aliento. Aidan la miraba con intensidad y no pudo evitar que se le acelerara el pulso mientras esperaba que la besara.
Pero no lo hizo. Vio que apretaba los labios algo contrariado.
–Duerme un poco –le sugirió Aidan.
Se fue antes de que pudiera abrir la boca y, sintiéndose de nuevo rechazada, fue al cuarto de baño. Le entraron ganas de meterse en la gran bañera, pero terminó dándose una rápida ducha antes de meterse en la cama.
Una hora más tarde, aunque estaba agotada, se dio cuenta de que no iba a poder dormirse. No podía dejar de pensar en la cantidad de gente a la que había decepcionado la noche anterior.
Se puso boca arriba y se quedó mirando las cortinas del dosel. Se preguntó si Aidan estaría dormido. Estaba segura de que lo estaría.

Había dormido tan poco como ella la noche anterior y estaría exhausto. Le parecía un hombre tan práctico y poderoso que quizás pudiera incluso ordenarse a sí mismo cuándo quería quedarse dormido y durante cuántas horas. No había muchos hombres que tuvieran esa aura de poder que había visto en él, ni siquiera su padre.

Recordó entonces los crueles comentarios de otras niñas durante sus años en el internado. Había tenido que oír muchos rumores sobre por qué los había abandonado su madre y sobre las muchas amantes de su padre. Había creído entonces que tenía que competir con esas mujeres por el afecto de su progenitor, pero al final había llegado a darse cuenta de que nunca iba a tener su cariño.

No le gustaba pensar en esas cosas. Apartó la sábana y se levantó. Siempre buscaba la manera de estar ocupada con otras cosas para no tener que pensar en el pasado. Esa silenciosa y remota isla estaba haciendo que se sintiera aún más sola. Y no ayudaba estar en esa cama tan grande.

Se dio cuenta de que no iba a poder dormirse y decidió que un vaso de leche tibia podría ayudarla. Abrió despacio la puerta de la habitación y fue de puntillas hacia el salón.

Se había imaginado que Aidan estaría profundamente dormido, pero no era así.

Estaba en el sofá, con una vieja camiseta y unos pantalones de chándal grises. Estaba algo despeinado y tenía el portátil encendido en su regazo. Se quedó sin aliento al verlo.

–Lo siento –le dijo ella–. Creí que estarías acostado.

Aidan sintió que se tensaba su cuerpo cuando vio a Cara en el umbral. La sala estaba en penumbra y apenas podía distinguir sus facciones. Pero, muy a su pesar, sí podía ver que solo llevaba un breve camisón de tirantes de color claro. Con el pelo corto y rosa, volvió a parecerle un duendecillo. Un sexy duendecillo.

–¿Qué quieres? –le preguntó él.

Vio que Cara retrocedía un poco ante la dureza de su tono. Por desgracia, había aparecido justo cuando él estaba reflexionando sobre por qué no la había besado antes en el dormitorio, cuando había sentido la fuerte atracción que había surgido entre ellos.

Algo lo había retenido entonces, algo que había visto en la expresión de Cara. Pero, en ese instante, contemplando su delicioso cuerpo en la penumbra, no recordaba por qué no la había besado.

–Lo siento, no quería molestarte –le dijo Cara.

–No lo has hecho –repuso él con más amabilidad–. ¿Te pasa algo?

–No, pero no consigo dormirme y pensé que me vendría bien un poco de leche caliente.

–De acuerdo –respondió de nuevo con dureza.
–Pero seguro que puedo pasar sin tomarla… Lo siento.
–¿Puedes dejar de decir «lo siento»? –gruñó él.
–Lo siento –replicó ella automáticamente.
Al darse cuenta de lo que acababa de decir, sonrió.
–Vaya… Olvida lo que he dicho –agregó Cara.
No pudo evitar sonreír.
–Prepárate la leche, anda –le dijo él.
–Gracias.
La vio yendo hacia la pequeña cocina que había en un extremo del salón y trató de concentrarse de nuevo en la hoja de cálculo que había estado estudiando.
–Como estuviste trabajando en el avión, no he tenido la oportunidad hasta ahora de darte las gracias por tu ayuda –le dijo ella–. Siento que soy una imposición, la verdad.
–No te preocupes. Además, fui yo el que empeoró aún más la situación.
–Sí, pero solo estabas tratando de ayudarme y te lo agradezco.
–Bien –le dijo cortante.
–Quería…
–¿No estará ya demasiado caliente la leche? –le preguntó con brusquedad.
Se dio la vuelta para comprobar cómo estaba la leche que había puesto en el cazo.
Aidan tuvo que controlarse para no gemir cuando el movimiento hizo que se le levantara un poco más el camisón. Se preguntó qué haría Cara si se le acercara por detrás y deslizara las manos por su pequeña cintura y la apretara contra él.
Ella se dio la vuelta en ese instante y lo miró mientras agitaba una cuchara de madera en su dirección.
–No te entiendo –protestó–. Tan pronto eres amable conmigo como me hablas con desprecio.
–No es culpa tuya…
Cara resopló al oírlo.
–Ahora hablas como si estuvieras rompiendo conmigo.
–Supongo que es una frase que has utilizado a menudo, ¿verdad? –le preguntó él.
–No, la han utilizado más conmigo.
–¡No puede ser! –replicó sorprendido.
–Pues lo es. Mi hermana Lucilla dice que siempre salgo con el tipo de hombre equivocado para poder así reforzar mi visión del mundo.
–¿Y cuál es esa visión?
La miró de arriba abajo. Pensó en todas las razones por las que no debía acostarse con ella y no se le ocurría ninguna. Era joven, frívola e

impulsiva, pero eso no le importaba. Después de todo, no quería casarse con ella. De hecho, no quería casarse con nadie.

–Cilla piensa que me han roto el corazón demasiadas veces y ahora solo elijo hombres que no quieren o no pueden comprometerse.

–Interesante –murmuró él con sinceridad–. ¿Y qué te parece la teoría de tu hermana?

Cara se encogió de hombros, como si el tema no le importara.

–Me parece que tengo una habilidad especial para encontrar a todos los cretinos y perdedores que hay a mi alrededor.

No pudo evitar echarse a reír.

–Ahora entiendo por qué te preocupaba dañar mi reputación. Nunca me habían descrito como lo acabas de hacer.

–Bueno, las relaciones falsas no cuentan.

–¡Por suerte para mí!

Cara se quedó mirándolo.

–¿Y tú? No tienes novia ahora mismo, ¿verdad?

–No te habría traído conmigo si la tuviera. Además, las mujeres no se quedan conmigo el tiempo suficiente como para convertirse en novias.

–¿Por qué no?

Esa vez, fue él quien se encogió de hombros como si no le importara.

–Dicen que trabajo demasiado.

–¿Y es verdad?

Echó un vistazo al ordenador que tenía en su regazo y se echó a reír.

–Posiblemente.

Cara volvió a señalarlo con la cuchara de madera.

–Tengo una teoría sobre eso.

–¿Otra teoría?

No entendía por qué seguía sentado en el sofá con una mujer como aquella en la cocina. Se le pasó por la cabeza deshacerse del portátil y poner a Cara en su regazo.

–Sí. Tengo la teoría de que, cuando uno conoce a su media naranja, no puede estar sin esa persona.

–¿Crees que entonces lo dejamos todo y nos olvidamos del trabajo, de dormir y de comer? ¿Que solo ansiamos pasar la vida en los brazos del otro para siempre jamás? –le dijo él con ironía.

–No, Por supuesto que no. Pero, cuando encuentras a esa persona, la quieres tanto que no puedes soportar estar lejos de ella.

–El amor verdadero –resumió él con un tono burlón.

Recordó entonces la razón por la que no iba hacia ella, el motivo por el que no la había besado antes en su habitación. Cara, aunque no lo reconociera, quería todo lo que él trataba de evitar.

–Te estás burlando de mí –protestó ella con un mohín.

Le sorprendió sentirse algo decepcionado después de ver cómo era Cara en realidad y que sus objetivos en la vida eran completamente distintos a los de él.

–Solo un poco –reconoció él–. ¿De verdad me estás diciendo que solo sales con hombres que crees que pueden llegar a ser tu media naranja?

–Bueno, no salgo con hombres si creo que nunca podrían llegar a ser esa persona.

Algo le decía que tampoco se acostaba con esos hombres. Una vez más, se dio cuenta de que la había juzgado muy mal.

–¿Cómo va la leche? –le preguntó de nuevo.

Estaba deseando que regresara a su habitación.

–¡Vaya! –exclamó girándose y apagando la cocina–. Se me había olvidado. ¿Quieres un vaso?

Aidan negó con la cabeza, había conseguido desconcertarlo con su ofrecimiento.

–No, gracias.

–Te ayudará a dormir.

Creía que nada iba a conseguir que conciliara el sueño después de verla con ese camisón.

–Así que ni crees en el amor verdadero ni has estado enamorado nunca, ¿no? –le dijo ella.

Tuvo que esforzarse para apartar la vista de sus pechos.

–He salido con muchas mujeres en mi vida y te puedo asegurar que me ha alegrado decirles después adiós.

–Eso demuestra que he dado en el clavo con mi teoría.

–No veo cómo, pero, por favor, acláramelo.

–Nunca has estado enamorado y te alegras cuando tus breves relaciones terminan. Si hubieras estado enamorado, no estarías tan contento.

–Tienes razón –repuso fríamente–. Pero, dime una cosa, ¿estabas tú enamorada de ese artista con el que te escapaste a Ibiza en vez de quedarte en casa a estudiar tus exámenes finales?

Se dio cuenta de que la pregunta le había dolido, pero necesitaba recordarse a sí mismo la clase de mujer que era en realidad.

–Sé que la prensa dijo que fui allí con el artista, pero no lo hice. Fui allí por ese artista.

Sacudió la cabeza, no sabía por qué había hecho esa distinción.

–Bueno, espero que valiera la pena.

–Tienes una idea equivocada de lo que ocurrió, solo tienes la versión que salió en la prensa –le dijo Cara–. No lo conocía personalmente. Fui a Ibiza para ver su obra porque era verdaderamente inspiradora y se estaba muriendo. Vi su última

exposición y, en ese momento, me pareció más importante que un examen de Matemáticas.

Le estaba costando controlar su libido y no quería seguir escuchando sus excusas.

–Bueno, ahora supongo que tendrás las cosas más claras.

–Sí. Ahora sé que no importa lo que hagas en la vida, si cometes un error te acechará para siempre y nadie te lo va a perdonar –repuso Cara–. Sé que tú eres perfecto y no cometes errores, pero los demás no tenemos esa suerte, hacemos las cosas mal de vez en cuando. Lo que he aprendido es que, si todos perdonáramos los errores de los demás en vez de tratar de moldearlos en personas que consideramos aceptables, el mundo sería un lugar más feliz. Es la gente que deja que el dolor se convierta en resentimiento e ira la que hace el mayor daño.

Después de terminar su monólogo, vio que parecía algo avergonzada y que le temblaba el labio inferior.

–Vete a la cama, Cara.

Había bastante indignación en sus ojos y pensó que estaba a punto de reprocharle que fuera tan crítico con ella, pero no lo hizo. Se limitó a darle las buenas noches y a volver a su dormitorio.

Suspiró en cuanto se quedó solo. Hacía mucho que su cuerpo no despertaba como lo había hecho. Y Cara no había tenido que hacer nada para seducirlo, él se había limitado a mirarla.

Había llegado a la conclusión de que no solo la había invitado a ir con él para ayudarla, sino con otro objetivo en mente. No podía dejar de pensar en terminar lo que habían empezado la otra noche en el casino. Pero acababa de darse cuenta de que Cara creía en el amor eterno y en los finales felices. Y él no tenía nada que ofrecerle.

Así que iba a tener que seguir atrapado en una isla con ella tratando de controlar las reacciones de su cuerpo y evitando tener nada más con ella.

Iban a ser días muy complicados. Lo único positivo era que, con ella a su lado, ya apenas se acordaba de Martin Ellery.

Capítulo 9

El discurso de apertura ha sido fabuloso –le dijo Ben James a Aidan–. Ha sido buena idea traerlo. No tenía idea de que Smithy pudiera ser tan carismático.

Ben era un viejo amigo y el vicepresidente de la empresa.

–Me alegra que te haya gustado.

Aidan, en cambio, no había oído nada después del chiste con el que había empezado Smithy su discurso. Iban en ese momento a la siguiente sesión y no sabía de qué se trataba.

Normalmente estaba al tanto de todo, pero esa mañana no parecía poder concentrarse.

Las palabras que le había dirigido Cara la noche anterior antes de volver a su dormitorio le habían sorprendido y afectado. Había sabido de inmediato que Cara no había estado hablando solo sobre el tejido social del mundo en el que vivían, sino sobre algo mucho más profundo. Lo había visto en el destello de vulnerabilidad que había en sus ojos cuando creía que la estaba juzgando. Y no había sido ese su objetivo, había sido sincero cuando le había dicho que su reputación de chica mala no le molestaba. Lo que sí le había molestado había sido sentir celos al imaginarla tumbada al sol de Ibiza con ese viejo artista. La imagen había conseguido sacudirlo, pero no tanto como su expresión o el temblor de sus labios. Le dolía ver que le había hecho daño.

Por eso había decidido que le convenía pasar el menor tiempo posible con ella. No solo por las reacciones emocionales y físicas que tenía cuando estaba con Cara, sino también porque ese alegato suyo sobre el perdón había conseguido afectarle más de lo que quería reconocer.

El perdón no había formado parte de su vida. Había llegado a la conclusión de que su padre no había sido un hombre dado al perdón, sino que había albergado en su corazón un odio justificado hacia Martin Ellery hasta el día de su muerte.

Pensó que, además de a Ellery, su padre tampoco había llegado a perdonarse a sí mismo por no haberse dado cuenta de lo que había estado sucediendo delante de sus narices.

Por otro lado, tampoco le dejaba a él en muy buen lugar que hubiera decidido heredar el resentimiento de su padre. No sabía por qué de repente se cuestionaba esas cosas.

Por extraño que le pudiera parecer, llegó a la conclusión de que Cara Chatsfield era la culpable. Hablar con ella estaba resultando tan peligroso como mirarla.

Los recibió el sol en cuanto Ben y él salieron del edificio principal, pero también la arena del camino y los insectos. Era como si la isla se estuviera riendo de ellos al verlos vestidos con trajes oscuros y zapatos de cuero negro. Deberían llevar pantalones cortos y chanclas, como el surfista con el que se cruzaron de camino a la playa.

Las olas que rompían en la playa fueron las culpables de que Aidan fuera por primera vez a esa isla. De eso hacía diez años y solo había encontrado allí entonces un pobre pueblo casi en ruinas. En cuanto vio el potencial, decidió construir un centro turístico que había resultado ser uno de los más rentables del archipiélago.

Echó un vistazo a la playa de donde salían los surfistas y vio un destello de color rosa. Oyó después su risa. Se detuvo y vio a Cara hablando con uno de los surfistas. Llevaba un diminuto biquini dorado y nada más. Tenía las manos en las caderas y no se le pasó por alto cómo el joven la devoraba con los ojos.

Se despidió rápidamente de Ben y fue hacia la playa. No tardó en reconocer al hombre, era un surfista de fama mundial y un gran mujeriego.

Vio que parecía absorto mirando el ombligo de Cara y no tardó en entender por qué. Tenía allí uno de los tatuajes más sexys que había visto nunca, un círculo de diminutos corazones rojos.

Tragó saliva y sintió una oleada de calor por todo el cuerpo. Estaba seguro de que el surfista ya se estaba imaginando trazando ese tatuaje con su lengua. Hizo todo lo posible para contener su enfado, sobre todo cuando se dio cuenta de que Cara lo había visto y lo miraba con recelo.

El surfista asintió con la cabeza cuando ella hizo las presentaciones, pero Aidan no devolvió el gesto. Se limitó a acercarse más a Cara con un movimiento puramente posesivo, dejándole muy claro al otro hombre que ella no estaba disponible.

El joven captó el mensaje y no tardó en irse corriendo con su tabla hacia el agua.

–¿Qué has estado haciendo toda la mañana?

–He estado leyendo y respondiendo correos electrónicos. Por fin he escrito a Christos y también a mi hermana.

–¿Qué les dijiste?

–Nada, decidí seguir tu consejo. Solo que estaba bien y que ya les explicaría todo más adelante.

Se le estaban llenando de arena los zapatos. Los dos bajaron la vista. Se sentía como un idiota allí de pie, completamente vestido al lado de una mujer que solo llevaba un diminuto biquini.

–Preferiría que no coquetearas con otros hombres mientras estés aquí –le dijo él.

–No estaba coqueteando con nadie –se defendió Cara–. Solo estábamos hablando.

–Este es mi complejo hotelero y se supone que estás aquí como mi pareja. Por favor, compórtate como tal.

–No sabía que era tuyo. ¿Por qué no me lo dijiste?

–No me pareció relevante.

–Bueno, el caso es que no estaba coqueteando. Jon-Jon se ha ofrecido a darme lecciones de surf.

–Estas olas son demasiado peligrosas para ti –repuso él de mala gana.

–Pues parece divertido. Deberías probar tú también. Vive peligrosamente, disfruta un poco.

Le hablaba como si no lo viera capaz de hacer algo así y su ego se rebeló. Había vivido peligrosamente antes de tomar las riendas de la empresa. No siempre había sido tan aburrido.

–Hay cosas más importantes en la vida que pasarlo bien –replicó él.

–Eso ya lo sé.

–¿Seguro?

–Claro. De hecho, estaba pensando en ir a buscarte para ver si necesitabas ayuda con algo.

–¿Ayuda? ¿Vestida así? –respondió sin poder dejar de mirar su biquini.

En ese momento, se le ocurrían muchas cosas que podía hacer por él, pero prefería no decírselo.

–Sí –repuso Cara poniendo las manos en jarras y mirándolo con rebeldía–. A lo mejor no te has dado cuenta, pero casi todo el mundo en la isla se viste así. Incluso algunos asistentes a la conferencia llevan pantalones cortos.

–¿Por qué me quieres ayudar?

–No sé… Me gusta mantenerme ocupada. No puedo dejar de pensar en esa horrible apuesta. Además, ayer me rescataste. Y, después de quitarte la limusina en el aeropuerto, me siento como si tuviera que hacer algo para compensarte. Sé que te has quedado sin secretaria y… Bueno, no importa. Ya veo que te parece una idea estúpida.

No recordaba la última vez que una mujer se había ofrecido a ayudarlo.

Una vez más, temió haberla juzgado mal desde el principio.

–¿Qué puedes hacer? –le preguntó.

Su rostro se iluminó de inmediato.

–Podría atender tus llamadas mientras estés en las sesiones de la conferencia.

–Pero nadie tiene mi número personal. Solo me llaman si es algo

urgente y prefiero contestar directamente.

–Bueno, entonces puedo mirar tu correo electrónico y avisarte si hay algo urgente.

–La información contenida en mis correos electrónicos es privada, no puede verla nadie que no trabaje para la empresa.

–Claro, lo entiendo… ¿No tienes que escribir algo?

–¿Sabes escribir a máquina?

–Por supuesto –repuso ella–. Bueno, pero no muy rápido…

–¿Sabes utilizar Excel?

–Pensándolo bien, olvida que me he ofrecido. No puedo hacer nada para ayudarte. Me limitaré a tomar el sol en la playa.

Pero no quería imaginarla tumbada en una playa con ese biquini.

–Bueno, hay una cosa que puedes hacer por mí. Necesito a alguien que eche un vistazo al edificio de la escuela que hay en la isla.

No era cierto. De hecho, ya había organizado la visita de un experto que iba a realizar una evaluación independiente, pero prefería mantenerla lejos de él y de los surfistas de la playa. No podía mirar esas largas piernas sin querer envolverlas alrededor de sus caderas.

–Hubo grandes daños en la escuela el año pasado por culpa de unas inundaciones. Ha sido reconstruida y aún no he tenido tiempo de evaluar el trabajo realizado. Podrías ir, ver cómo ha quedado y darme después tu impresión.

–Me parece una idea genial –le dijo con una gran sonrisa que hizo que se sintiera muy culpable.

–Estupendo. No te llevará más de una hora. Comeremos en la terraza del restaurante principal a la una.

–Allí estaré.

La observó mientras iba hacia el bungaló. Después, regresó a la sala de conferencias. No acababa de creerse que fuera de verdad tan auténtica como parecía. Su experiencia le había enseñado que las mujeres solían anteponer sus propias necesidades a las de los demás.

Dos horas más tarde, se dio cuenta de que tenía razón.

–¿Estás seguro de que va a venir a comer, Aidan? La verdad es que tengo muchas ganas de conocerla. Es tan guapa…

Miró a Kate, la encantadora esposa de Ben, tratando de contener su enfado.

–Me dijo iba a venir, pero ha debido de perder la noción del tiempo.

Se levantó y se dirigió hacia donde estaba Dinesh.

–Hola, ¿has visto a mi invitada?

–¿A la señorita Chatsfield? Sí, jefe. Le enseñé dónde está la escuela.

–No nos sirvas aún el almuerzo, ¿de acuerdo? Se supone que ya debería estar aquí.

Podía prescindir de su presencia y comer sin ella. Después de todo, no necesitaba que estuviera en la mesa, pero había accedido a comer

con él y esperaba que los demás mantuvieran su palabra, igual que hacía él siempre.

Cara estaba en el cielo. Era día de mercado en la aldea y todos los lugareños tenían sus productos expuestos en pequeños puestos. Después de examinar la escuela y anotar sus observaciones, no pudo resistirse a echar un vistazo a los puestos. Algunos niños se acercaron a hablar con ella, los más pequeños le daban la mano.

Estaba deseando mostrarle sus notas a Aidan para que viera que era algo más que una cara bonita. Le habían ofendido sus comentarios de esa mañana. No quería que la viera como a una inútil.

Pero entendía que debía mantener un perfil bajo en la isla. Los lugareños no tenían ni idea de quién era o no les importaba. Los huéspedes del hotel estaban demasiado ocupados relajándose en la playa o asistiendo a la conferencia. Sus problemas no habían desaparecido por arte de magia al llegar a la isla, pero no quería pensar en ellos.

–¿Le gustaría comprar uno? –le dijo una mujer mayor al ver que se paraba a mirar unos pareos.

–Pues sí –repuso ella sacando dinero de su bolsito de cuero–. Me encantan la tela y los colores.

–Los hace mi hija Jenny –contestó la mujer con orgullo.

Cara le devolvió la sonrisa. Le estaba sorprendiendo lo amables que eran todos y cuánto les gustaba hablar. Ya se había dado cuenta de que Aidan era su tema favorito. Hablaban de él como si fuera el rey de la isla, el hombre perfecto.

Tenía que admitir que le había impresionado saber que Aidan invertía en el pueblo el ochenta por ciento de los beneficios obtenidos por el complejo hotelero. Le había sorprendido que fuera tan solidario y ético, sobre todo después de ver que no había mostrado ningún remordimiento al tratar de arruinar a Martin Ellery la otra noche. Al menos hasta el final, cuando dejó que se fuera sin pagar la apuesta.

Recordó entonces el dolor que había visto en sus ojos cuando hablaba de Martin Ellery. Estaba claro que era un tema delicado. Le había preguntado dos veces y él no le había contestado.

Tenía tantos sentimientos encontrados cuando pensaba en ese hombre que prefería no pensar en él y verlo solo como alguien que podría llegar a ser un amigo.

Ese hombre no le convenía y ella se había prometido que no iba a estar nunca con nadie si sabía a ciencia cierta que no era el hombre de su vida.

Además, su vida ya era demasiado complicada como para perder el tiempo imaginando que esa falsa relación pudiera llegar a ser algo

más.

Creía que solo eran dos personas que se habían encontrado por casualidad y que se iban a separar para siempre en cuanto terminara la conferencia. Sabía que debía alegrarse. No quería tener en su vida a otra persona a la que parecía encantarle criticarla.

–Jenny también trabaja con perlas negras de Fiyi. ¿Quieres verlas? –le preguntó la mujer.

–Me encantaría.

La señora sacó una caja de metal y, cuando la abrió, Cara se quedó sin respiración. Dentro había racimos de perlas de todos los tamaños y colores. Había perlas negras, grises y marrones. Casi todas estaban ensartadas en delicadas y finas tiras de cuero.

–¡Dios mío, son increíbles! ¿Puedo tocarlas?

–Por supuesto.

Metió la mano en la caja y sacó una pulsera de perlas ensartadas de tres en tres y separadas por pequeños nudos en el cordón de cuero. Ese tipo de artesanía era elegante y sencilla al mismo tiempo.

Eso era lo que más le gustaba hacer, encontrar piezas extravagantes de ropa y joyería y combinarlas. Soñaba con la idea de llegar a abrir una tienda en la que pudiera vender ropa de alta costura y también piezas vintage. Después de ver esas joyas, se le pasó por la cabeza ofrecer en una misma tienda una amplia gama tanto de ropa como de joyas procedentes de diferentes culturas. Pensó en sus piezas favoritas. Le encantaban los fulares de París, las zapatillas y chales de Nepal, los pendientes aztecas y las botas de vaquero que compraba en Texas.

Una visión comenzó a desarrollarse en su mente.

–¿Vende Jenny estas joyas fuera de la isla?

–No, no. Acaba de terminar sus estudios en Australia gracias al señor Kelly y… ¡Mire! ¡Ahí está! ¡Qué casualidad!

Cara miró por encima del hombro y vio que se les acercaba Aidan Kelly y que parecía enfadado.

–*Bula*, Esther, ¿cómo está?

–Mejor que usted –repuso la señora–. Parece enfadado. Tiene que reducir el ritmo, señor Kelly.

–Eso me dice cada vez que la veo, Esther.

–Y sigue sin hacerme caso. Es la única persona que nunca se adapta al tiempo de Fiyi.

–¿Qué es el tiempo de Fiyi? –preguntó Cara.

–La gente aquí tiene su propio tiempo y su propio ritmo –le dijo Aidan con una breve sonrisa.

–Eso es lo que atrae a la gente. Vienen a relajarse. Hay que disfrutar de la vida –repuso la señora.

Aidan miró a Cara de reojo.

–A algunas personas se les da mejor que a otras. ¿No se te ha

olvidado algo?

–Sea cual sea… ¡Oh, no! Había quedado en comer contigo.

–Sí, hace veinte minutos.

–Lo siento mucho –le dijo antes de devolverle la pulsera a la mujer–. Gracias, Esther. Dígale a su hija que creo que es una gran artista.

Esther se le acercó y tocó cariñosamente su brazo.

–A los hombres no les gusta que nos distraigamos con las compras, pero se le pasará.

Cara no estaba tan segura. Tuvo que andar deprisa para seguirle el ritmo de vuelta al complejo hotelero. Andaba sin mirar el paisaje ni las aguas cristalinas. Lamentaba haberle hecho esperar y supo que, una vez más, había metido la pata.

–Lo siento, no…

Aidan la cortó con una mirada.

–Quedamos en que no ibas a volver a decirme «lo siento».

–Es verdad, pero veo que estás muy molesto –le dijo ella.

–Solo espero que la gente mantenga sus promesas después de hacerlas. Pero veo que los puestos y las compras son más importantes para ti que mantener tu palabra.

Aidan vio que Cara se estremecía como si la hubiera abofeteado y se sintió fatal. Sabía que su reacción había sido exagerada.

Cara no dijo nada más, se había encerrado en sí misma y eso lo enfadó más aún.

Se detuvo y la llevó hasta la sombra de una palmera.

–¡Maldita sea! ¿Por qué dejas que te trate de esa manera?

–Porque quieres pensar lo peor de mí y tienes razón en hacerlo. No puedo excusarme diciendo que he perdido la noción del tiempo.

–Pero esas cosas pasan –la disculpó él sin entender qué le pasaba.

–A ti no –repuso Cara con una sonrisa triste.

Tragó saliva y se quedó mirando absorto su delicado y suave cuello. Llevaba un alegre pareo de colores atado sobre el pecho. Lo escondía todo y nada al mismo tiempo. Solo podía pensar en deshacer ese nudo.

–¿Qué te has hecho en el pelo?

Cara levantó las cejas. Parecía sorprendida por la inesperada pregunta.

–Un par de niñas me hicieron unas trenzas en el pelo mientras escribía mis notas sobre la escuela. Por cierto, aquí están.

Aidan tomó los papeles y los metió en el bolsillo. No sabía cómo podía estar enfadado con ella cuando lo único que había estado haciendo había sido pasar tiempo con la gente de la isla y ser amable con ellos.

Tenía que calmarse. Por alguna razón, Cara le recordaba cómo se

había sentido cuando su madre murió, tan vacío y triste… Emociones que debilitaban y que no quería experimentar de nuevo. Sobre todo después de ver cuánto habían afectado a su padre.

Pero no sabía por qué ella le hacía pensar en todo eso. Había algo en Cara que hacía que deseara acariciar su rostro, ignorar toda lógica, hundirse en su cuerpo acogedor y no pensar en nada más.

–¿Aidan?

La miró al oír que lo llamaba y se fijó en sus ojos… En sus ojos grises.

–Tampoco son grises tus ojos, ¿verdad? ¿A quién tratas de imitar hoy?

–A Aishwarya Rai, una guapísima actriz india que tiene unos ojos increíbles.

–¿Qué hay de malo en ser tú misma, Cara?

–Es mejor así, te lo aseguro. Yo soy muy aburrida.

Le parecía que podía ser tan aburrida como un espectáculo del Cirque du Soleil, pero se dio cuenta de que hablaba en serio. Le entraron ganas de aplastarla entre su cuerpo y el tronco de la palmera para demostrarle lo poco aburrida que era.

Como si Cara le hubiera leído el pensamiento, se apartó de él, pero sus movimientos eran algo torpes y tropezó. La sujetó antes de que se cayera y tocó accidentalmente la curva de sus pechos. Todo su cuerpo se encendió de repente. Era increíble tenerla de nuevo en sus brazos. Era bastante más alto que ella y Cara tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo. El movimiento hacía que su cuello y su escote quedaran más expuestos.

Cara se aferró a sus brazos y se quedó sin aliento. Estaba completamente atrapado en su calor y su aroma. Deseaba tanto besarla que no era consciente de nada más. Pero en ese momento llegaba a la isla el ferry que la visitaba dos veces al día y dejó escapar tres agudas sirenas que consiguieron sobresaltarlo.

El hechizo se rompió. Dio un paso atrás. No podía creer que hubiera estado a punto de besarla.

Estaba pensando demasiado en ella y no le gustaba sentirse así.

–¿Cuánto tiempo vas a tardar en cambiarte para la comida? –le preguntó él.

–¿Aún quieres comer conmigo? –repuso sorprendida.

–¿Acaso ya has comido?

–No, pero…

–Entonces, ¿cuánto tiempo?

Capítulo 10

Por qué rosa? –le preguntó Kate a Cara.

Las dos mujeres se habían puesto a charlar animadamente en cuanto se conocieron.

El restaurante era muy agradable y tenía unas vistas maravillosas al mar.

De camino a allí, había recibido una llamada de su agente que le había hecho reflexionar. Al parecer, Christos no era el único al que le había impresionado saber que estaba saliendo con el prestigioso empresario australiano. La compañía Demarche había vuelto a proponerle el contrato, aunque esa vez iba a tener que competir con otra modelo.

–Las dos tendréis que asistir a la cena de gala del domingo. Tomarán una decisión esa misma noche –le había dicho Harriet.

Iba a tener que pasar por esa última prueba, pero no podía quejarse. En un primer momento, le había ofendido la idea de tener que desfilar por una sala llena de gente mientras los ejecutivos de la empresa la observaban y calificaban, pero recordó entonces que la carrera de modelo era competitiva y que, si quería el contrato, iba a tener que renunciar a su orgullo y hacerlo. Entendía que la empresa no quisiera arriesgarse con ella y quisiera darse unos días más de margen, pero no se le ocurría qué más podría pasarle entre ese día y el domingo. Después de todo, estaba en una apartada isla con un empresario muy respetado.

Afortunadamente, él parecía tener más sentido común que ella. De camino al restaurante, Aidan había bromeado diciéndole que al menos la reputación de uno de ellos estaba beneficiándose de esa falsa relación, pero su comentario le hizo pensar, no quería dañar el prestigio de ese hombre.

Aunque tratara de negarlo, sabía que a Aidan no iba a poder olvidarlo fácilmente y que, si hubieran llegado a hacer el amor la otra noche, habría sido inolvidable.

Sacudió la cabeza y trató de centrarse en la conversación que estaba teniendo con Kate.

–Me encanta cómo te queda –agregó la mujer–. Pero yo no creo que me atreviera a hacerlo.

–Fue algo espontáneo –admitió Cara.

–Esas son a veces las mejores decisiones –repuso Kate–. Hablando de

cosas inesperadas y espontáneas, me muero por saber cómo os conocisteis.

Abrió la boca y volvió a cerrarla mientras pensaba en qué decirle. No había esperado que nadie le hiciera esa pregunta en la isla y la había pillado desprevenida.

–Perdona la pregunta –agregó Kate–. Tengo una niña pequeña, mi vida es muy aburrida.

Había visto el amor con el que Kate y Ben miraban a su hija. No creía que su vida fuera aburrida. Le parecía una vida perfecta, pero a lo mejor se equivocaba.

–¿No te gusta ser madre?

–Por supuesto que sí –repuso Kate algo perpleja–. Me encanta ser madre. Solo sentía cierta curiosidad por saber cómo os conocisteis. Nunca había visto a Aidan así y creo que tú y yo vamos a llegar a ser muy buenas amigas –agregó sonriente–. ¿De verdad lo conociste cuando Aidan apostó por ti durante una partida de póquer? La prensa ha hecho que suene como algo muy sórdido, ¡pero a mí me pareció tan romántico!

Recordó entonces que Aidan le había pedido que se comportara como su pareja durante el tiempo que estuvieran en la isla y se preguntó si querría que fingiera también con Kate.

Le sabía mal tener que mentir. Pero, si le contaba a Kate la verdad, iba a saber que también había sido una farsa lo atento que era con ella. Se había encargado de rellenarle su vaso de agua durante la comida y le había pedido el café tal y como le gustaba mientras ella estaba en el baño.

Miró a Aidan de reojo. Estaba enfrascado en una conversación con un pequeño grupo de hombres que también participaban en la conferencia. No pudo evitar pensar en cómo sería verlo sin ropa y se quedó sin aliento.

Sabía que había estado a punto de besarla en la playa. Se había quedado inmóvil al ver cómo la había mirado. Por un momento, le había parecido que la deseaba tanto como ella a él.

Como si Aidan hubiera podido sentir su mirada, se giró hacia ella. Sintió que se ruborizaba.

–No, en realidad nos conocimos por casualidad en el aeropuerto –le dijo a Kate–. Pero no fue nada emocionante. Estaba andando sin mirar por dónde iba y me di de bruces con él. Después, se me rompió el zapato…

–Y él se detuvo para ayudarte, ¿no?

–Sí, nos pusimos a hablar…

En realidad, Aidan pensó que ella se dedicaba a la prostitución y ella, que era un hombre horrible.

–Luego, me acercó a la ciudad –agregó falseando la verdad–. Y así

empezó todo…

Esperaba que no le pidiera más detalles, no se le daba bien mentir.

Pero Kate no lo hizo, se limitó a acomodarse en la silla y a mirarla.

–Suena muy romántico. Ben y yo también nos conocimos por casualidad. Dio una conferencia en la universidad donde yo estaba estudiando y yo ya había decidido no ir. Pero cambié de opinión en el último minuto. Para nosotros también fue amor a primera vista.

–Bueno. No… Lo nuestro me temo que no es lo mismo. No es amor a primera vista.

–Es obvio que estáis completamente enamorados. No dejáis de miraros –le dijo Kate.

Le avergonzó ver que la había sorprendido mirando a Aidan. Dudaba mucho que él hubiera estado haciendo lo mismo. Fue un alivio que la niña de Kate y Ben se acercara entonces. La pequeña estuvo a punto de poner sus manitas, cubiertas de helado, sobre la falda de su madre.

Antes de que Cara pudiera advertírselo, Kate agarró las manos de la niña y las sostuvo en alto mientras le hacía cosquillas con la otra mano.

–¡Briboncilla! Ve a hacerle eso a papá.

–Papá trabajo –repuso la pequeña.

–Sí, es verdad –repuso Kate–. Ve con el tío Aidan. Él siempre tiene tiempo para las manos pegajosas de su ahijada.

Kate miró a Cara con una traviesa sonrisa mientras observaban cómo la niña se acercaba a Aidan y tiraba de su chaqueta.

Cara estaba hipnotizada, preguntándose cómo iba a reaccionar. Aidan se giró y la tomó en sus brazos, completamente ajeno a las manchas de helado que acababa de dejar en su chaqueta.

Ben tomó una servilleta, le limpió las manos a la niña y los dos hombres se echaron a reír. Le parecía increíble que hubieran reaccionado tan bien.

No pudo evitar imaginar cómo sería tener un hijo con un hombre así, qué sentiría si fueran de verdad pareja. Sabía que era peligroso pensar en esas cosas, pero también creía que el amor aparecía cuando uno menos lo esperaba y seguía pensando que le podía llegar a pasar a ella.

Vio cómo se miraban Kate y Ben y se le hizo un nudo en la garganta. Eso sí era amor verdadero.

Emma se retorció en los brazos de Aidan y, cuando se vio libre, regresó con su madre. Kate la tomó en sus brazos y le dio miles de besos en sus suaves mejillas. Era increíble ver a esa familia.

Su familia solo la componían sus queridos hermanos. Habían sido Lucilla y Antonio, los mayores, los que habían cambiado sus pañales y le habían dado de comer. Había sido Orsino el que le había puesto

tiritas en los codos y en las rodillas cuando trataba de participar en los juegos de los gemelos. Lucca la había ayudado con sus clases de arte y Nicolo le había quitado un cigarrillo de la boca a los catorce años. Después, le había dicho que le daría una azotaina si volvía a verla fumando. Y había sido Franco más adelante quien le enseñó a evitar a la prensa. Pero esa lección no la había aprendido demasiado bien.

Su familia era distinta, pero, cuando soñaba con tener una propia, se imaginaba a un hombre y una mujer que se amaban lo suficiente como para superar los malos tiempos y a unos hijos a los que querían más que a nada en el mundo.

Los guitarristas que entretenían a los comensales en ese restaurante eran excelentes. Aidan se cruzó de brazos mientras observaba a Emma tomando las manos de Cara para que siguiera haciéndola girar en la pista de baile.

–Es muy agradable –le dijo Ben–. Y, no me pegues por decir esto, pero pensé que no iba a serlo.

–¿Por qué iba a pegarte por decir eso?

–Es lo que le haría yo a cualquiera que hiciera un comentario despectivo sobre Kate.

Aidan no quiso responder. Se preguntó qué pensaría Ben si le decía que Cara le había quitado la limusina en el aeropuerto y que después había permitido que dos hombres la utilizaran como parte de una apuesta. Pero se dio cuenta entonces de que ya no le preocupaban esas cosas.

Llevaba todo el día contemplando lo bien que se le daba entablar conversaciones con los isleños. Hasta había dejado que unas niñas le trenzaran el pelo. Eran personas muy amables, pero también bastante tímidos y no solían tocar a los desconocidos. Recordó entonces la mirada que habían compartido después de comer. Ver cómo se sonrojaba le había hecho recordar el momento de pasión que habían compartido la otra noche. Cara había respondido con el mismo deseo que él.

Tampoco había podido olvidar cómo había estado a punto de besarla esa mañana en la playa.

Se pasó una mano por el pelo. Creía que si estaba tan nervioso era sobre todo por la frustración sexual que estaba sintiendo. Y verla bailar en esos momentos no le ayudaba nada. Le dio la espalda y se metió la mano en el bolsillo.

Notó entonces que tenía allí las notas que le había escrito Cara y las sacó. Se sentía algo culpable por haberle encomendado esa misión.

Ben interrumpió sus pensamientos como si hubiera adivinado en qué estaba pensando.

–Kate me dijo que encargaste a Cara que revisara la escuela, pero va a venir un experto la próxima semana. Lo sabes, ¿no?

–Sí, lo sé –respondió Aidan–. Pero quise darle algo que hacer para mantenerla entretenida.

Por desgracia, los guitarristas eligieron ese momento para poner fin a la canción y oyó unos pasos detrás de él. Supo al instante que era ella y que lo había oído.

Se volvió lentamente. Se sintió fatal al ver cómo Cara trataba de ocultar una expresión de dolor.

–Perdonad, tengo que…

Su voz se apagó. Se dio la vuelta y atravesó deprisa la terraza.

Ben lo miró haciendo una mueca.

–Creo que esta noche te va a hacer dormir en el porche, amigo.

Pensó que era el mejor lugar para él, así no iba a tener la tentación de dejarse llevar por el deseo.

Quería ir tras ella, pero su lado más cuerdo le recordó que no era buena idea, que era mejor que pusiera algo de distancia entre ellos. Si iba tras ella, corría el peligro de que Cara lo interpretara mal y pensara que era más importante en su vida de lo que era.

Aun así, el impulso de seguirla era muy fuerte. Estaba librando una dura batalla en su interior. No quería sentirse así, deseaba que volviera a haber orden en su vida. Y no iba a conseguirlo mientras tuviera en la cabeza a esa chica de largas piernas y cabello rosa.

Por mucho que lo intentara, no podía encontrar una razón lógica para explicar la lujuria que lo consumía. Quizás tuviera que ver con la fruta prohibida, con conseguir algo que estaba fuera de su alcance.

Había sido una persona que había conseguido todos los retos que se había propuesto. No había nada como tratar de convencerse de que no debía acostarse con esa mujer para que no pudiera dejar de pensar en ella.

Sonrió entonces y suspiró aliviado. Se sintió más ligero y relajado. Volvía a sentir que era él mismo, de nuevo controlando su propia vida.

Un día más y podría librarse de esa presión. Cara volvería a su mundo y él, al suyo.

Estaba deseando volver a tener una vida llena de equilibrio.

Capítulo 11

Por qué estás haciendo las maletas?

Cara metió el camisón con el resto de la ropa y aguantó las lágrimas de rabia que amenazaban con desbordarse. No había oído a Aidan entrando en el dormitorio y le habría encantado poder ignorarlo por completo. No pensaba volver a llorar delante de él. Estaba harta de llorar por hombres que no tenían una buena opinión de ella.

De todas las veces que había sido rechazada en su vida, le sorprendió darse cuenta de que esa era de alguna manera la que más le dolía. Probablemente porque había estado disfrutando mucho durante la comida y le habían conmovido los amables gestos que Aidan había tenido hacia ella.

Pero se dio cuenta de que solo había estado actuando para sus amigos.

Una vez más, había bajado la guardia. E incluso había llegado a gustarle. O quizás solo le había gustado su cuerpo. Le costaba creer que pudiera llegar a gustarle un hombre que le había ofrecido cincuenta dólares por su zapato en el aeropuerto. El mismo hombre que la había llevado casi a rastras a su habitación del hotel, pero que luego la había abrazado con ternura. Y el que la había besado…

Pero no quería seguir pensando en él.

Una vez más, había conseguido humillarla. Al menos, le alegraba haberse dado cuenta de lo que pensaba de ella antes de que algo más pasara entre ellos. Porque, aunque sabía que habría sido excitante y apasionado, no tenían futuro y no quería que le rompiera el corazón.

Lamentó no haber seguido su plan original. Debería haber ido a casa de su agente en Los Ángeles. Aidan tenía razón, no podía permitir que la gente hiciera lo que quisiera con ella.

Le había dolido mucho oír que solo le había sugerido que fuera a la escuela del pueblo para tenerla entretenida. Aidan la había tratado como Christos y ambos, como su padre.

Aunque su padre había ido más lejos y se había limitado a mandarla a un internado.

Había tenido el apoyo de sus hermanos, pero se llevaban muchos años y ellos habían estado ocupados con sus propias vidas. Cara no había querido molestarlos con sus preocupaciones y sentimientos. Ese debería haber sido el papel de su madre.

Pensó en Kate y en su hija. Se le llenaron de nuevo los ojos de

lágrimas y se preguntó dónde estaría su madre en ese momento, qué estaría haciendo. A lo mejor tenía otra familia, otros hijos a los que había querido más que a ella.

–Te he hecho una pregunta –insistió Aidan.

–Déjame –repuso con frialdad–. Me voy a casa.

–Pero me dijiste que era el peor sitio donde podías estar.

–Ahora me he dado cuenta de que el peor sitio es este.

–Siento haberte hecho daño –le dijo Aidan.

Ella se encogió de hombros.

–Me sorprende que te dieras cuenta.

–Pues lo he hecho.

–Felicidades –repuso ella.

–Cara, me gustaría que te quedaras.

Sorprendida por la sinceridad en su voz, se volvió hacia él. Parecía muy pensativo.

–¿Por qué?

–Te prometí un par de días de descanso y no los has tenido.

–Y tú siempre cumples tus promesas, claro

No era una pregunta, pero Aidan contestó que de todos modos.

–Sí.

–Has hecho que me sienta fatal, peor incluso que Christos. De él al menos me lo esperaba.

–Lo siento.

–Tenemos que utilizar esas dos palabras con demasiada frecuencia entre nosotros.

–Es verdad –murmuró Aidan algo incómodo–. El caso es que no estaba preparado para que me hicieran preguntas sobre ti y no supe reaccionar.

–¡Yo tampoco estaba preparada! ¿Cómo crees que me sentí? –protestó Cara–. Me ha encantado conocer a Kate, hemos hecho buenas migas. ¿Crees que me gustó tener que mentirle?

–¿Por qué lo hiciste?

–Porque me pediste que me comportara como tu pareja y… Nada, no importa.

Se sentía tan tonta.

Aidan se sentía perdido. No había esperado volver al bungaló y ver que hacía las maletas.

–No fue mi intención herirte –le dijo a Cara–. Lo que dije fue muy desconsiderado.

–Pero era la verdad.

–Si quieres la verdad, te sugerí que fueras a la escuela porque no quería que estuvieras todo el día sola en la playa.

Sobre todo después de ver ese sexy tatuaje que debería haber sido solo para sus ojos.

Cara lo miró con sus ojos grises llenos de lágrimas.

–¿Por qué no iba a estar en la playa? Tú mismo me dijiste que no había paparazis y que…

–No es eso –reconoció él–. Te vi con ese biquini y sabía que no iba a poder concentrarme imaginándome a todos los surfistas de la playa tratando de ligar contigo.

–¿Por qué no ibas a poder concentrarte?

Pensó en decirle la verdad, en admitir que había conseguido afectarle tanto que no podía dejar de pensar en ella y que, cuando estaba a su lado, se moría de ganas de tocarla.

Pero prefirió una respuesta más neutra y segura.

–Eres mi invitada y, por lo tanto, mi responsabilidad –le dijo él.

Sus ojos se encontraron brevemente. Después, siguió haciendo el equipaje.

Cada vez estaba más desesperado. No sabía qué decir para convencerla.

–Mira, la verdad es que estos días no soy yo mismo –masculló entre dientes.

–¿Por qué no?

Respiró hondo antes de contestar.

–No quiero entrar en ello, pero…

–¿Se trata de Martin Ellery? Oí a Ben mencionándolo durante la comida y me pareció que desde entonces has estado más pensativo.

Le sorprendió no haber sido capaz de esconder su reacción cuando Ben le dijo que Ellery podía estar tratando de conseguir los derechos de la Liga de Fútbol Australiana, el mayor contrato de televisión que había en su país. Era la joya de la corona de su padre. Lo único que Ellery no le había arrebatado.

–No, Ellery no me importa –le dijo secamente.

Cara lo miró como si no le creyera. Después, cerró la maleta más grande y empezó con otra.

–He leído las notas que tomaste en la escuela –le dijo para probar otra táctica.

–No quiero saber lo que piensas, me da igual.

Con impaciencia, la agarró por los hombros y la hizo girar hacia él.

–Me han gustado mucho tus comentarios.

–No tienes que decir eso, sé que va a inspeccionarla un profesional.

–Si te lo he dicho, es porque lo pienso. No solo te diste cuenta de que el director había escatimado bastante en las habitaciones de la maestra, sino que los niños necesitan más materiales de arte y libros actualizados. El inspector comprobará la solidez estructural del edificio, pero sin tu ayuda no me habría percatado de todas las áreas

en las que el director ha tratado de reducir gastos.
Cara frunció el ceño.
–¿Por qué ha hecho algo así en una escuela? Es perjudicial para los niños.
–Es un hombre ambicioso y ha tratado de reconstruir la escuela con menos dinero del presupuestado para impresionarme.
–Bueno, supongo que eso tiene sentido.
–No en un proyecto comunitario. Pero ha aprendido su lección y no volverá a hacerlo.
–¿Lo has despedido?
–No. Le expliqué que, aunque es bueno que las inversiones sean rentables, no es mi objetivo que la gente sufra para que lo sean.
–Me alegra oírtelo decir.
–No soy un ogro, Cara –se defendió él–. Por favor, quédate.
Cara envolvió los brazos alrededor de su torso como si tuviera frío.
–No lo sé, no creo que sea buena idea –le dijo apartando la vista hacia la ventana–. Pero la verdad es que no sé lo que quiero ahora mismo.
Aidan dio un paso hacia ella.
–Puedes tener lo que quieras en esta vida.
Cara se volvió hacia él con una expresión vulnerable en sus ojos.
–Tal vez sea así en tu mundo, Aidan, pero no en el mío. Casi pierdo un contrato por lo que pasó el otro día. Aún podría perderlo. La gente siempre me juzga y decide que no estoy a la altura de las circunstancias. Y supongo que tienen razón. Ni mi propia madre me soportaba.
Notó dolor en su voz y la miró con el ceño fruncido.
–¿Qué? ¿Te dijo eso?
–No directamente. Se fue de casa cuando yo era un bebé.
Se dio cuenta de que era un tema muy sensible para ella.
–Era una niña muy difícil.
–No digas eso. Ninguna madre abandona a sus bebés porque sean difíciles.
–Yo era horrible –susurró Cara–. Lloraba todo el tiempo, no dormía ni comía bien…
–No te puedes culpar por lo que hizo –le dijo él.
–No. Ahora sé que ella tenía depresión posparto y que mis padres tenían problemas.
Aidan se acercó a ella. Le angustiaba ver cuánto sufría.
–Cara, no se fue por tu culpa.
–Ya te he dicho que lo sé –repuso ella levantando las manos entre ellos–. Quería una vida diferente y yo no habría encajado en ella. No pasa nada.
Pero se dio cuenta de que no creía sus propias palabras. Levantó

suavemente su barbilla para que lo mirara a los ojos.

–No se fue por tu culpa, Cara.

Ella apartó su mano y se alejó de él.

–Eso no puedes saberlo a ciencia cierta. Si hubiera sido mejor, más bonita…

–Si hubieras sido más inteligente, más fuerte… Si el mundo hubiera sido cuadrado… No sigas por ahí, Cara. Tu madre era una mujer adulta con otros seis hijos. Nadie sabe por qué se fue, solo ella.

–Bueno, si no fue culpa mía, ¿por qué tampoco mi padre me soportaba? –le preguntó–. ¿Por qué ni siquiera me miraba? Ahora lo sé. Porque me parezco a ella y él la odiaba por lo que hizo.

Ella sufría tanto que usaba esa frustración y dolor contra sí misma. Pensó que quizás por eso cambiaba a menudo de imagen, para tratar de ocultarse, para proteger a esa niña que había crecido sin padres.

–Yo lo quería –le dijo Cara–. Aún lo quiero.

Fue inmediatamente hacia ella y, sin pensárselo dos veces, la abrazó. Se quedó rígida un instante. Después, enterró el rostro en su cuello.

–Me había prometido que no iba a llorar más –susurró Cara.

–Está bien, cariño. Todo irá bien.

Oyó que sollozaba. Se agachó hacia ella y la besó. Fue la cosa más natural del mundo.

–Todo irá bien.

Fue un beso suave y tierno. Trató de ignorar lo mejor posible la sensación que sentía al abrazarla, cómo se le había encogido el corazón.

Cara sentía tantas emociones creciendo dentro de ella que no podía analizarlas. Era como si estuviera mareada, a punto de perder el equilibrio. Quería apartarse de él, pero no podía.

Sin saberlo, Aidan había encontrado su mayor miedo. El miedo que tenía a que la gente la conociera de verdad, viera lo que había dentro de ella, y decidiera después que no valía la pena quedarse a su lado, que no tenía nada que la hiciera digna de ser querida. Había descubierto que podía contrarrestar ese miedo cambiando cada poco tiempo su aspecto y fingiendo que no le importaba lo que los demás pensaran de ella. Al menos, se había dado cuenta de que eso la ayudaba a lidiar con el rechazo de sus padres.

Aidan seguía abrazándola y besando su cabeza. Estaba haciendo que se sintiera especial, querida. Sintió que se le retorcía el estómago. No podía soportar su contacto, le hacía desear cosas que sabía que no iba a poder tener nunca.

–Aidan –susurró con voz temblorosa mientras colocaba las manos en

su torso–. Para, por favor.

Lentamente, levantó la cabeza y la miró.

Ella se quedó inmóvil, era como si temiera romperse si se movía.

–Sé lo que debo hacer –le dijo Aidan con voz ronca–, y sé lo que quiero hacer. Son dos cosas completamente diferentes.

Su confesión hizo que se le acelerara el pulso casi de inmediato y sintió que se sonrojaba. Se sentía como si sus emociones estuvieran en una especie de montaña rusa. Sabía que no era buena idea, que no podía pero cuando pensaba en la suavidad de su boca, en los firmes músculos de su cuerpo… Instintivamente, sabía que Aidan era el tipo de amante que se preocupaba por su pareja y, por una vez, le encantaría experimentar lo que era estar con un hombre así y saber hasta dónde podía llevarlos esa química que había entre los dos.

Pero no quería sentir tanta atracción porque sabía que ese hombre podía llegar a hacerle mucho daño, más del que había sufrido nunca. Creía que ya había cometido el error de darle más importancia de la que debía tener en su vida y, en ese momento, no tenía suficiente control de sí misma como para evitar que la atracción física que sentía por él le pareciera algo más.

El último hombre con el que había tenido relaciones íntimas le había roto el corazón cuando le dijo que la dejaba porque la encontraba demasiado necesitada, demasiado dependiente. Podía sentir esos mismos sentimientos creciendo de nuevo en su interior, pero con mucha más fuerza. De ese hombre se había creído enamorada. Pero la había dejado y no había vuelto a pensar en él desde entonces. Sospechaba que, si dejaba que las cosas fuera más lejos con Aidan, no iba a poder olvidarlo nunca.

Saber que sería así fue lo que le dio la fuerza necesaria para apartarse de él.

–Lo siento, Aidan, –susurró–. Por favor no…

En cuanto las palabras salieron de su boca, supo que a Aidan no le costaría apenas trabajo convencerla para que cambiara de opinión. Sabía que, si en ese momento se inclinaba y la besaba de nuevo, no haría nada para detenerlo. De hecho, lo abrazaría con más fuerza aún y se olvidaría de las consecuencias, al menos durante unas horas.

Pero él no intentó nada más. Respiró hondo y la soltó antes de darse la vuelta y salir del dormitorio.

Nunca se había sentido peor de lo que se sentía en ese momento.

Capítulo 12

La conferencia había terminado. Lo único que quedaba por hacer era encargarse de que prepararan su jet privado para volver a casa. Pero, por alguna razón, Aidan aún no había dado aviso para que lo hicieran. Y eso que sabía que Ellery tenía previsto reunirse con la junta de la Liga de Fútbol Australiana esa misma semana. Estaba casi seguro de que no iba a conseguir que le ofrecieran a él el contrato, pero, aun así, había enviado a Ben de vuelta a Sídney para que lo mantuviera informado de cómo iba la situación.

Una vez más, lamentó no habérselo arrebatado todo a Ellery cuando tuvo la oportunidad. Aún no terminaba de entender por qué no lo había hecho. La inquietud que lo había acompañado durante los últimos tiempos había regresado con fuerza y se sentía como si estuviera siempre tratando de atravesar un profundo y cenagoso pantano.

De camino al bungaló, se preguntó si Cara estaría aún allí. No la había visto desde que ella lo apartara de su lado la tarde anterior. Por la noche, le había dicho que le dolía la cabeza y no lo había acompañado a la cena que habían celebrado juntos todos los participantes en la reunión. Y, esa mañana, había salido de la cabaña antes de que ella se despertara.

Durante la sesión de clausura y sin motivo aparente, se le había ocurrido la loca idea de pedirle a Cara que se fuera a Sídney con él, pero la cordura había prevalecido y ya se había quitado esa idea de la cabeza. Sin embargo, si volvía a la cabaña y ella todavía estaba allí, pensaba sugerirle que se quedara unos cuantos días más en la isla.

Sabía que no tenía que estar de vuelta en Londres hasta el domingo. Se suponía que debía mantener un perfil bajo y no provocar más escándalos hasta entonces, cuando iba a tener la posibilidad de recuperar un contrato que parecía desear desesperadamente. Y, para no meterse en líos, pensaba que esa isla era el mejor lugar para ella. Esa isla y su compañía.

Vio un velero en la costa y trató de recordar la última vez que había navegado en uno de esos. Había estado en barcos durante los últimos años, pero siempre para hacer negocios o para impresionar a ejecutivos. Ya nunca salía a navegar.

Su vida había cambiado mucho desde que se hiciera cargo de la empresa familiar. Se había convertido en un hombre que siempre

llevaba trajes, incluso en una isla tropical, y que no se permitía el lujo de perder más de diez minutos comiendo si no era un almuerzo de negocios.

No entendía cómo había podido cambiar tanto su vida. Apenas había sido consciente de ese cambio. Creía que le convenía tener la capacidad de centrarse en su trabajo, era lo que había hecho que se convirtiera en un exitoso hombre de negocios, pero no era sano estar obsesionado con algo. Pensó entonces en Martin Ellery y en la sed de venganza que había tenido durante tanto tiempo. Recordó las palabras que Cara le había dicho acerca del perdón.

Llevaba demasiado tiempo obsesionado con ese hombre. Había perseguido a Ellery porque esa obcecación hacía que tuviera un propósito importante en la vida.

Pensó entonces en Cara y en su elegante presencia durante el almuerzo que habían compartido con Ben y Kate. Era una gran anfitriona y le había quedado muy claro que le gustaba la gente. Aceptaba a todas las personas sin importarle cómo fueran. Y lo hacía a pesar de las profundas cicatrices que parecía haberle dejado el abandono de sus padres. Se le encogía el corazón al imaginar a Cara de niña anhelando unas migajas de afecto que su padre le negaba. No podía soportar la idea de que hubiera sufrido tanto, de que aún sufriera…

Había terminado por darse cuenta de que Cara era delicada y sensible, casi demasiado, y que vivía buscando el amor, deseando tener lo que compartían Ben y Kate.

Pero él estaba convencido de que el amor de sus amigos era la excepción, no la regla. Había visto de primera mano lo que le pasaba a un hombre cuando elegía el amor por encima de otras cosas y ese amor fracasaba y terminaba debilitándolo.

Se detuvo al final del camino que llevaba a su bungaló. Cara estaba apoyada en la barandilla del porche mirando hacia el océano. Siguió su mirada y vio que estaba contemplando a un grupo de personas que practicaban el surf sobre las olas.

Hacía un día fantástico para surfear. Las olas eran grandes y perfectas. Se moría por probarlas. Le habría encantado olvidar todas sus preocupaciones y limitarse a vivir un poco.

Miró de nuevo a Cara. Llevaba una camiseta y unos pantalones. Era claramente ropa de viaje.

Oyó a alguien dando un grito de pura alegría en el agua y subió corriendo las escaleras del bungaló sin poder contener sus pies.

Cara le había sugerido el otro día que tenía que relajarse y vivir un poco más. Estaba dispuesto a demostrarle que sabía hacerlo.

Sorprendida por su repentina aparición, Cara se volvió hacia él y juntó nerviosa las manos.

–Ya he hecho las maletas…

–No nos vamos aún.

–¿No?

–No. Se me ha ocurrido que estaría bien aprovechar esas olas antes de irnos.

–¿Cómo? ¿Haces surf? –le preguntó Cara con sorpresa.

–¿Que si hago surf? Solía competir y todo, preciosa.

Solo había participado en competiciones locales, pero decidió no contarle ese detalle.

Una hora más tarde, se sentía más ligero y vivo de lo que se había sentido en mucho tiempo, notaba cómo bombeaba la sangre por sus venas y era una delicia sentir el azote del agua y del viento.

Sabía exactamente dónde estaba Cara en ese momento. De hecho, no había un hombre en la playa que no lo supiera. Con su pelo rosa y ese cuerpo, se las había arreglado para distraer a los demás lo suficiente y Aidan estaba casi solo en el agua. Había logrado montar unas cuantas olas fabulosas. Pero también había perdido el equilibrio cuando se distraía mirándola desde el agua.

Con la adrenalina corriendo por sus venas, fue corriendo hacia ella.

–Me has asustado. Pensé que te ibas a matar sobre esas olas tan altas –le dijo ella.

–Ya te dije que solía competir –repuso él sonriendo.

Cara le devolvió el gesto.

–¿Es divertido?

–¿Por qué no vienes y lo averiguas por ti misma? –le sugirió.

–¿Cómo? ¿En estas aguas? –repuso con los ojos muy abiertos.

–No, aquí las olas son demasiado grandes –le dijo él–. Hay una pequeña cala en el otro lado de la isla que está más protegida. No creo que haya mucha gente allí un día como hoy. ¿Te atreves?

Cara dio un saltó de alegría.

–¿En serio?

Tragando agua salada, Cara gruñó con desesperación cuando se cayó de la tabla de surf por enésima vez. Los poderosos brazos de Aidan la atraparon contra él para impedir que se sumergiera en el agua. Era un hombre tan fuerte… Pero prefería no pensar en eso. Ni tampoco en la excitante sensación de su piel desnuda deslizándose contra la suya.

–Esto es más difícil de lo que parece –se quejó con voz cansada.

Los ojos de Aidan se encontraron con los de ella. Una oleada de deseo la recorrió al instante y sintió el calor directamente entre sus piernas.

–Limítate a tratar de sentir el empuje del océano y a escuchar el

sonido de la ola detrás de ti. No te preocupes por mantenerte en pie. No pienses en ello.

–¡Pero quiero ser capaz de permanecer de pie!

Esa vez, decidió concentrarse y no dejar que el cuerpo de Aidan la distrajera. Pero solo llevaba un bañador bastante ajustado y era difícil no mirarlo. No tenía ni un gramo de grasa en todo su cuerpo y era muy musculoso. Tenía una leve capa de vello en el torso. No podía dejar de admirar sus abdominales ni la fina línea de vello que bajaba desde ellos hasta esconderse bajo la cintura del bañador.

–Muy bien, pero tienes que remar con más fuerza.

Creía que lo que de verdad necesitaba era cerrar los ojos y olvidar que la tarde anterior se había sentido tan deshecha que le había confesado más de la cuenta, le había contado cosas de las que nunca hablaba. Aún se sentía bastante avergonzada.

Después de que Aidan la dejara sola, ella se había encerrado en su habitación para continuar con las maletas. Incluso había llegado a sacar su móvil para pedirle a Dinesh que se encargara de alquilar una lancha que la llevara al continente.

Pero había dado después un largo paseo por la playa que le había servido para reflexionar. Se había dado cuenta de que no podía huir de nuevo de todo sin tener un plan. Porque, en cuanto se fuera de la isla, la prensa daría por terminada su falsa relación con Aidan y ni siquiera habían hablado de cómo iban a escenificar esa ruptura. Aún tenía pendiente una conversación con él antes de volver de nuevo a su vida real.

Estaba tan perdida en sus pensamientos que una ola la sorprendió y se hundió en el agua. Consiguió salir a flote pocos segundos después, justo cuando Aidan llegaba a socorrerla.

–¿Estás bien?

–¡Qué mal sabe el agua salada! –protestó ella.

Aidan se echó a reír.

–Con esa actitud, nunca vas a conseguir convertirte en una buena surfista. ¿Qué tal? ¿Quieres salir ya? ¿Has tenido suficiente?

No quería renunciar sin lograr antes mantenerse en pie al menos una vez. Ese fracaso le parecía un reflejo de su vida, de todas las otras veces que había dejado de defenderse a sí misma cuando la gente la había juzgado injustamente. Pensó que quizás estuviera siendo demasiado melodramática. Apretó con decisión los dientes y agarró la tabla.

–Un intento más.

–¡Con determinación! Así me gusta –le dijo Aidan.

Se subió a la tabla y se tumbó boca abajo, jurándose a sí misma que esa vez sí lo conseguiría.

–Muy bien, prepárate –le gritó Aidan–. Viene una ola, no pienses en

ello, relájate y déjate llevar. ¡Ahí viene! ¡Vamos!

Sintió cómo la empujaba una ola desde atrás. Se lanzó hacia delante y se relajó. Temblando de emoción, se puso de rodillas, se estabilizó y después se puso de pie con cierta dificultad. La tabla hizo que se meciera a un lado y la ola tiraba de ella en la dirección opuesta, pero aguantó, con los brazos extendidos como si estuviera tratando de mantener el equilibrio sobre la cuerda floja. Encontró entonces ese punto perfecto y logró mantenerse en pie, cabalgando la ola hasta que la arrastró a la orilla.

Eufórica, soltó la tabla, que quedó flotando en el agua, y gritó con todas sus fuerzas mientras saltaba con el puño en el aire. Se volvió hacia Aidan y fue corriendo hacia él. Sin pensar en lo que hacía, se echó a sus brazos y estuvo a punto de hacer que perdiera el equilibrio y se sumergieran los dos en el agua.

–¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! –exclamó–. ¿Has visto?

Envolvió los brazos y las piernas alrededor de él. Estaba tan feliz.

–Ahora entiendo por qué todos esos surfistas se pasan las horas muertas sentados en la playa, observando el océano y esperando que lleguen las olas perfectas. Ha sido una sensación tan increíble… La mejor sensación del mundo –le dijo sin pararse a respirar–. Me sentí como si estuviera flotando en el aire –continuó deprisa–. Me sentí como si pudiera hacer cualquier cosa.

Se dio cuenta entonces de que Aidan estaba muy callado. No le había dicho nada. Y se quedó sin aliento cuando fue consciente de lo que había hecho, de cómo estaba agarrando a Aidan. Él sujetaba su trasero con las manos y ella tenía las piernas envueltas alrededor de sus caderas.

Tragó saliva cuando sintió que Aidan… Estaba muy excitado, podía sentirlo contra el vientre. En cuanto entendió lo que pasaba, sintió una oleada de intenso calor por todo el cuerpo, como un fuego líquido que la empapaba por completo, sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

No sabía si soltarlo y apartarse de él o utilizar sus piernas para apretarse aún más contra él.

Pero su cuerpo ya había decidido lo que quería hacer y eligió la segunda opción. Una mirada de dolor cruzó el hermoso rostro de Aidan.

–¡No! ¡Lo siento! No quería hacerte daño.

Aidan le agarró con más fuerza el trasero para mantenerla inmóvil y apretó la mandíbula.

–No me has hecho daño, no es exactamente eso… –masculló–. Por favor, Cara, no te muevas… Deja de apretarme con tus muslos, me estás matando…

Se quedó inmóvil. No podía creerlo. El corazón le latía tan rápidamente que casi podía oírlo. No podía pensar en nada más, solo

en el hombre que la sostenía con tanta fuerza entre sus brazos.

Era muy consciente de que estaban casi desnudos y también de las cálidas aguas que se arremolinaban alrededor de sus caderas. Podía sentir la dura tela de su bañador contra el centro de su ser. Su biquini era tan fino y pequeño que era casi como si no llevara nada.

Sentía que se deshacía y sabía que a Aidan le bastaría con mover sus dedos un poco más arriba para ver lo excitada que estaba. Sabía que no le costaría nada apartar el pequeño pedazo de tela de su biquini y deslizar sus dedos dentro de ella.

No pudo evitarlo, dejó escapar un gemido y su cuerpo ignoró por completo las instrucciones de Aidan. No podía estar quieta y se presionó contra su erecto miembro.

Él maldijo entre dientes antes de atrapar su boca y devorarla con toda la lujuria y el deseo que los dos parecían haber estado reprimiendo durante demasiado tiempo.

Aidan llevó una mano a su pelo y subió la otra a su espalda para apretarla con más fuerza contra él.

Ella se dejó llevar por los ardientes movimientos de su lengua y se aferró a sus hombros. Era increíble sentir los músculos de su espalda.

Aidan gimió sin dejar de besarla y sintió que sus dedos se deslizaban bajo la tela del biquini. Recuperó de golpe su cordura.

–¡Aidan! –exclamó empujando sus hombros cuando vio que no reaccionaba.

Notó que sus dedos habían encontrado su húmedo interior y estuvo a punto de sucumbir al placer y dejarse llevar, pero no podía hacerlo.

–Aidan, no. Para… –jadeó débilmente.

Dejó de acariciarla y estuvo a punto de rogarle entonces que siguiera. Lamentó enseguida haberle pedido que dejara de tocarla, pero sabía que era lo mejor.

Enterró la cara en su cuello, olía tan bien…

Sintió que también Aidan bajaba su cara para besar su pelo y respiraba profundamente.

Intentó soltarlo y plantar por fin los pies en la arena, pero Aidan la sujetó con fuerza.

–No te muevas –murmuró apretando los dientes–. Dame un minuto.

Era muy excitante ver hasta qué punto Aidan había perdido el control. A ella le había pasado lo mismo. No movió ni un músculo. Esperó a que recuperara el aliento.

Un minuto más tarde, sintió que estaba algo más calmado.

–Estamos en la playa… –le susurró ella de manera innecesaria.

Aidan echó atrás la cabeza y la miró.

–Lo sé –repuso mirándola con sus intensos ojos azules–. Creo que deberíamos irnos ya de aquí.

Le pareció que había una invitación implícita en su sugerencia y no

pudo dejar de mirarlo. Sabía que quería llevarla de vuelta al bungaló y hacer el amor con ella. Todo su cuerpo palpitó al pensar en ello y se le secó la boca.

Besar y tocar a Aidan era una de las experiencias más electrizantes que había tenido en su vida. Nadie había logrado que se sintiera tan excitada como lo estaba en esos momentos.

Una voz en su interior le recordó que solo iban a tener ese día, que lo más seguro era que no volvieran a verse en cuanto se fueran de la isla, pero no le importaba. Le dolía saber que iba a ser así, pero también sabía que sentimientos como los que estaba teniendo en esos momentos no aparecían a menudo en la vida de una persona y esa podía ser la única oportunidad que iba a tener de experimentar algo realmente mágico.

Respiró profundamente y se agarró con más fuerza a sus anchos hombros.

–Yo también creo que deberíamos irnos –le dijo mirándolo a los ojos.

Capítulo 13

El paseo de regreso al bungaló se le hizo eterno. Aidan abrió la puerta, la cerró de una patada y le faltó tiempo para apretar a Cara entre la puerta y él.

Enganchó un dedo en uno de los tirantes de su biquini y lo bajó. Hizo después lo mismo con el otro. Los dos pequeños triángulos de tela cayeron y se quedó hipnotizado.

Cara gimió y le echó los brazos al cuello, apretando sus exquisitos pechos contra su torso desnudo. Fue una sensación increíble. Bajo la cabeza hacia ella y la besó.

Su sabor era el néctar más dulce que había probado en su vida. Tomó su cara entre las manos y se alimentó de ella, deslizando la lengua sobre sus labios una y otra vez, probando y saboreando cada sensación. Creía que nunca iba a tener suficiente, no se cansaba de besarla. La atrajo con más fuerza contra su cuerpo, la obligó a ladear la cabeza y profundizó en el beso. Quería explorar cada centímetro de su dulzura hasta que Cara no tuviera secretos para él.

–Aidan… –susurró ella con la voz entrecortada.

Había deseo y casi desesperación en ella. Él se sentía igual.

La miró entonces a los ojos y se quedó quieto.

–Quítate las lentillas –le pidió.

No le importaba a qué actriz famosa estuviera tratando de imitar ese día, quería verla a ella mientras hacían el amor. Podía teñirse el pelo del color que quisiera y vestirse como le diera la gana, pero no iba a ceder con sus ojos. Durante esos momentos tan íntimos que estaban compartiendo, no iba a dejar que se escondiera de él.

Cara se quedó inmóvil y le pareció ver una sombra de incertidumbre en su hermoso rostro.

Le levantó la barbilla con ternura.

–Quiero verte, Cara. Quiero ver cómo se oscurecen tus ojos cuando me deslice dentro de ti por primera vez. Quiero ver cómo brillan cuando te deshagas de placer entre mis brazos.

Cara agachó la cabeza y se quitó primero una lentilla y luego la otra.

Cuando levantó la vista y lo miró a los ojos, sintió que el corazón le daba un salto en el pecho y su mente se quedaba en blanco. Le había pasado lo mismo en el aeropuerto, cuando la había agarrado por los brazos después de que ella se interpusiera en su camino. Entonces,

había pensado que había reaccionado de esa manera porque estaba enfadado. Le había molestado que esa mujer hubiera estado tan distraída con su teléfono como para no mirar por dónde iba.

Pero en ese momento…

Se limitó a quedarse absorto mirando sus ojos. Eran de un color marrón profundo, intenso y brillante, como el color de granos de café recién tostados. Tenía ojos cálidos, sinceros y tremendamente bellos.

Cara apartó la mirada como si estuviera avergonzada y él regresó de repente a ese momento. Estaba a solas con una mujer semidesnuda y la tenía entre sus brazos.

–Por favor, prométeme que no volverás a ponerte lentillas cuando estés conmigo –le pidió él con la voz ronca.

Cara se sonrojó y se humedeció los labios con la lengua. Él reaccionó como lo haría cualquier hombre ante ese gesto, inclinó la cabeza y tomó su boca de nuevo. Sintió que le temblaban los labios, era increíble saborearla de nuevo. No se cansaba. La atrajo contra él y profundizó en el beso aún más. Su boca se llenó con la esencia de esa mujer mientras bajaba las manos por su cuerpo hasta agarrar su cintura. Cara gimió de placer y se fundió contra él.

Recordó entonces que tenía sus pequeños pechos aplastados contra el torso y no pudo resistir la tentación de prestarles algo de atención.

Dejó su boca y fue bajando por el cuello, besando cada centímetro de su piel. Arqueó la espalda de Cara para tener mejor acceso.

La observó mientras pasaba la punta de su lengua lentamente por uno de sus firmes pezones. Vio cómo se oscurecían casi al instante sus ojos castaños.

–Mírame –le ordenó él cuando vio que Cara cerraba los ojos.

Ella lo obedeció y se concentró entonces en lo que estaba haciendo, atrapando uno de sus pechos entre los labios. Cara gimió con fuerza y agarró su pelo.

La empujó contra la puerta y se puso de rodillas frente a ella. Vio entonces su sexy tatuaje y pasó la lengua a su alrededor. Tuvo que agarrar sus caderas para sostenerla en el sitio cuando notó que Cara se resistía. Levantó la vista para encontrarse con su mirada mientras lamía su ombligo.

Era tal la necesidad primaria que tenía de estar dentro de ella que no podía pensar en nada más. Tuvo que parar un segundo para tratar de calmarse. No recordaba haber estado nunca tan excitado como lo estaba en esos momentos. Su cuerpo solo tenía un objetivo, necesitaba estar con ella. Se le pasaba por la cabeza tumbarla allí mismo, en el suelo, y hundirse dentro de su dulce cuerpo sin más preámbulos y sin juegos previos.

Respiró profundamente para tratar de tranquilizarse mientras le bajaba lentamente las braguitas del biquini. Acarició entonces con los

labios sus sedosos rizos y, respirando su dulce y femenino aroma, comenzó a besarla íntimamente.

Cara gimió su nombre y la lujuria se disparó a través de su cuerpo. Nunca había disfrutado tanto jugando y torturando a una mujer. Casi de inmediato, sintió que Cara empezaba a temblar. Cuando notó que se acercaba peligrosamente al clímax, se detuvo. Quería que lo sintiera por primera vez cuando estuviera dentro de ella, unida a él.

Se levantó con algo de dificultad, como si le fallaran las piernas, y la besó de nuevo en la boca. Cara le devolvió el beso con la misma urgencia con la que lo tocaba.

–Aidan, por favor…

–Quítame el bañador –le ordenó él con la voz ronca.

Ella lo hizo con dedos temblorosos y algo torpes. Trató de deshacer el nudo del cordón, pero afortunadamente se dio cuenta poco después de que le bastaba con tirar del velcro.

–Dios mío –susurró Cara mientras le quitaba el bañador y rodeaba su miembro con la mano–. Eres… Es increíble.

Él también comenzó a acariciarla íntimamente con sus manos. Se abrió paso con los dedos y deslizó uno dentro de su suave y cálido interior, entrando y saliendo lentamente y después, cada vez más deprisa, preparándola así para cuando estuviera por fin dentro de ella. Era perfecta y deliciosamente húmeda. Cada vez estaba más excitado.

Gruñendo algo que ni él mismo entendió, agarró sus muslos y la levantó, separándole las piernas al mismo tiempo. Hizo un sonido profundo, casi animal, mientras se colocaba en el lugar adecuado para deslizarse dentro de ella por primera vez.

Se sintió como si alguien lo hubiera arrojado al centro de una gigantesca llama. Su cuerpo ardía y le estaba costando mantener el control de la situación. Estaba sudando y le temblaban las piernas. El mundo, tal y como lo conocía, dejó de existir, solo podía vivir ese momento y pensar en esa mujer.

Cara no pudo ahogar un grito y ese sonido lo devolvió a la realidad. Se mantuvo inmóvil. Esperaba no haberle hecho año, se recordó que tenía que esperar unos segundos, que debía dejar que ella se acostumbrara a la sensación de tenerlo dentro, llenándola por completo. Era tan difícil controlarse, tan maravillosa la sensación… Su cuerpo le rogaba que siguiera moviéndose, que no lo torturara de ese modo. Era casi imposible concentrarse en lo que tenía que hacer para dominar sus propios deseos.

Incapaz de esperar ni un minuto más, comenzó a moverse lentamente y cerró los ojos. Era absolutamente delicioso sentirse dentro de ella, rodeado por su sedosa y cálida carne, estando cada vez más dentro de ella…

Pero recordó de repente que no habían usado nada y maldijo entre

dientes.

Hizo ademán de apartarse de Cara y ella apretó con fuerza sus hombros.

–Por favor, Aidan, no…

–Pre… preservativo –murmuró él sin aliento e incapaz de decir nada más coherente.

Cara lo miró con sorpresa. Ella tampoco había sido consciente.

–¿Estás protegida de alguna otra forma?

Negó con la cabeza y él, de mala gana, se apartó de ella.

La tomó en sus brazos y la llevó así hasta su dormitorio, donde la dejó con cuidado sobre la cama.

Cara no se movió, se quedó mirándolo mientras él se colocaba un preservativo.

Después, le faltó tiempo para unirse a ella en la cama y besarla. No dejó de mirarla a los ojos mientras se deslizaba de nuevo en su interior. Fue increíble poder percibir en su mirada cada matiz de su respuesta. Había en sus ojos sorpresa, asombro y placer.

Y ella respondía con entusiasmo a cada caricia, cada movimiento… Rodeó sus caderas con sus largas piernas y lo sostuvo así más cerca de su dulce cuerpo. Trató de ignorar el hecho de que nunca se había sentido tan bien, de que nunca había deseado tanto a una mujer.

Se movió dentro de ella hasta que se deshizo entre gritos de placer en sus brazos. Solo entonces se permitió el lujo de dejarse llevar por completo.

Ya era de noche cuando se despertaron. Cara se estiró y sintió las ásperas y fuertes piernas de Aidan enredadas con las suyas. Él se había quedado dormido rodeándola con uno de sus brazos y ella, con la cabeza apoyada en su fuerte torso. Se sentía bien, era una sensación deliciosa en todos los sentidos. Demasiado deliciosa.

Se quedó inmóvil, disfrutando de ese momento y dejando que la envolviera el masculino aroma de ese hombre. Quería quedarse a su lado, pero sabía que todo aquello era demasiado perfecto y demasiado bueno para que pudiera durar. No había tenido nada igual en su vida.

Los recuerdos la atraparon en ese instante. Se dio cuenta de que no se había sentido así nunca. Era la primera vez que el deseo la había atrapado de manera tan absoluta, dominándola por completo. Y nunca se había sentido tan deseada. Era maravilloso estar así con él.

Se incorporó con cuidado, tratando de no despertarlo mientras lo hacía. Después, volvió a su propia habitación con piernas temblorosas.

Aunque ya era de noche, no se molestó en encender la luz hasta que llegó al cuarto de baño.

Cuando lo hizo, se miró en el espejo y suspiró. Su pelo era un

desastre y sus ojos eran tan oscuros como los recordaba. Le parecían aburridos, pero había mucha emoción en su mirada. Temía haber cometido un grave error al acostarse con Aidan.

–Estás pensando que ha sido un error, ¿verdad?

Se sobresaltó al oír su voz y se dio la vuelta deprisa. Tomó una toalla para cubrir su desnudez. Sabía que era absurdo, que él ya la había visto así, que había tocado, besado y acariciado cada centímetro de su piel, pero…

Aidan estaba apoyado en la jamba de la puerta y se había vuelto a poner el bañador. Tragó saliva al ver que la prenda no conseguía ocultar una incipiente erección. Ese hombre era tan sexy y masculino que se quedaba sin aliento cada vez que lo miraba.

–¿No lo piensas tú también? –le preguntó ella con la voz algo ronca.

–No te preocupes por lo que pueda estar pensando yo –le dijo Aidan–. ¿Qué te parece a ti?

«Que esto ha sido un error», se dijo ella.

Y que no podía dejar de preguntarse qué pensaría él. Aunque resultara absurdo, le parecía más importante que su propia opinión. Su hermana siempre le decía que era demasiado sensible y sabía que tenía razón.

No entendía por qué no podía ser sincera, por qué le preocupaba confesarle que había sentido demasiado entre sus brazos o que estaba segura de que ningún hombre iba a poder hacer que se sintiera como la había hecho sentirse Aidan. Era algo que le aterrorizaba.

Pero no era tan valiente como para decirle todo eso. Prefería vivir en un mundo de medias verdades que enfrentarse a la realidad y acabar con el corazón roto.

Por desgracia, a ese hombre le gustaba ser directo y tomar el toro por los cuernos.

–Si es importante para ti saber lo que estoy pensando, te diré que lo de esta noche… fue sensacional –dijo él.

Abrió sorprendida la boca.

–Y también creo que esto no tiene por qué ser complicado. Podemos hacer que sea bonito y sencillo –agregó Aidan.

–¿Sencillo?

Sabía que había una advertencia implícita en esas palabras. Una advertencia para ella, para que no involucrara su corazón en esa especie de relación que tenían, solo su cuerpo.

–Sí –repuso él acercándose un poco más con una sonrisa en sus labios–. Sencillo.

Se detuvo a pocos centímetros de ella y le metió el pelo detrás de las orejas, capturando después una de sus diminutas trenzas entre los dedos.

–Somos dos adultos que comparten una química sexual explosiva y

yo, por mi parte, no he terminado aún de explorar todo lo que puede dar de sí esta atracción –le dijo él.

Se inclinó y la besó. Acarició brevemente la comisura de sus labios con la lengua y ella sintió que se deshacía de deseo. Cerró los ojos para saborear las sensaciones que estaba teniendo.

–Y, por otro lado, no estoy listo para volver a Sídney. Todavía no –agregó Aidan algo sorprendido–. Hace mucho tiempo que no me tomo unos días libres y he pensado que estaría bien que nos quedáramos un poco más en Fiyi. ¿Qué te parece?

No sabía qué decir.

–Pero no quiero presionarte –le dijo él.

–Tengo que estar en Londres el domingo para la inauguración de la campaña de Demarche –le recordó ella sin saber qué hacer con su invitación.

Aidan le acarició el cuello y a ella se le aceleró aún más el pulso.

–Entonces, nos iremos el viernes. Así tendrás suficiente tiempo para prepararte, ¿no?

–Sí, pero… ¿Has dicho «nos iremos»?

–Bueno, me dijiste el otro día que no te gusta estar sola. A no ser que ya hayas quedado con otra persona para ir a la fiesta, claro.

–No, claro que no –le dijo ella–. Me encantaría que vinieras conmigo.

–Perfecto. Todo arreglado –respondió Aidan sin dejar de acariciarla–. Ahora solo tenemos una cosa más que resolver.

Ella deslizó sus manos hasta el pelo de Aidan. Le parecía increíble que acabara de ofrecerse a acompañarla a Londres. No podía dejar de sonreír. Tenía algo en la cabeza en lo que no podía dejar de pensar, pero se recordó que él no creía en el amor verdadero.

–¿Sí? ¿De qué se trata?

Aidan deslizó las manos hasta su cintura y le dio la vuelta para dirigirla hacia la ducha.

–A los lugareños no les gusta desperdiciar el poco agua potable de la isla. No te había querido decir nada antes para no condicionarte, pero… –le dijo mientras abría el grifo y le quitaba la toalla–. Pero creo que deberíamos compartir la ducha.

–¿En serio? –repuso ella con cara de sorpresa.

–Sí –contestó Aidan mirándola de arriba abajo–. Desperdiciar el agua es un delito muy grave.

–Bueno, no quiero ofender a nadie… –respondió ella.

–Me alegra oírlo –susurró él sonriendo mientras se metía en la ducha con ella.

Sabía que iba a terminar con el corazón roto, no podía acabar de otra manera, pero tampoco se veía capaz de apartarse de él, de no dejarse tentar…

Se quedó sin aliento cuando vio cómo se quitaba el bañador y tomaba el jabón. Lo frotó entre sus grandes manos hasta que se llenaron de pompas.

–Toma –le dijo ofreciéndole el jabón–. Sujétalo.

Lo hizo y, mientras tanto, Aidan comenzó a enjabonar sus hombros y fue bajando poco a poco, haciendo pequeños círculos sobre su piel. Sintió que sus pezones se endurecían casi al instante. Apretó con tanta fuerza el jabón que tenía en la mano que acabó cayendo al suelo. Gimió de placer y se mordió el labio inferior cuando Aidan empezó a enjabonarla entre los muslos.

Después, tomó el grifo de la ducha y roció con agua su cuerpo dolorido. Se desplomó contra las baldosas mojadas de la pared cuando comenzó a acariciarla con sus dedos. Después, se puso de rodillas frente a ella y continuó con su boca. Era increíble, iba a hacer que perdiera por completo la cabeza. No podía dejar de gemir, el placer era tan intenso… Tuvo que sujetarse al pelo de Aidan para tratar de mantenerse en pie.

Unos minutos después, tiró de él para que se pusiera de pie y rodeó su impresionante erección con dedos jabonosos. Le encantó oír y sentir el placer que le estaba dando con sus manos.

Aidan gruñó una vez más, la levantó sujetándola del trasero y se deslizó dentro de ella.

El placer era tan intenso que no habría podido describirlo. Era un placer básico, casi animal. No pudo evitar arquear la espalda hacia atrás mientras sus cuerpos comenzaban a moverse a la vez.

–Dios mío, Cara –susurró Aidan apoyando una mano detrás de ella sobre las baldosas como si lo necesitara para poder mantenerse en pie–. Eres… Eres increíble.

Ella no podía siquiera pensar, no podía responder, sentía que la cabeza le daba vueltas mientras se dejaba llevar por el clímax más maravilloso que había tenido nunca. Unos segundos después, gritaron casi al unísono.

Capítulo 14

Cara se quedó mirando su reflejo en el espejo del baño y se preguntó si habría hecho lo correcto tiñéndose de nuevo el pelo. En realidad, habían sido las peluqueras del centro de belleza las que lo habían hecho.

Había sido una decisión espontánea, igual que lo había sido la de teñírselo de rosa. Se le había ocurrido cuando Aidan le dijo que le había reservado para ella una tarde completa de mimos y relajación en el spa del hotel.

–Voy a llevarte a un lugar especial esta noche –le había dicho Aidan–. Ponte guapa.

Llevaba todo el día muy nerviosa, pensando en qué habría planeado para rematar lo que habían sido tres días maravillosos. Apenas había sido consciente de cuándo el día se había hecho noche y la noche de nuevo día.

Cuando salía el sol, tomaban un desayuno rápido, generalmente en la cama y daban un paseo por la isla. Habían salido en kayak por la bahía y habían buceado en las aguas poco profundas frente a la playa. Las tardes las habían pasado tumbados en hamacas o en la enorme cama de Aidan. Ya la había amenazado en más de una ocasión con atarla a ella la siguiente vez que hicieran el amor. Sonrió al recordarlo.

Ese día, Aidan había alquilado un yate y lo habían usado para navegar hasta una isla cercana que estaba abandonada. Él había preparado un picnic para comer en la playa, donde habían hecho después el amor.

A media tarde, Aidan había sacado del yate un equipo de buceo de profundidad y había sido increíble sumergirse con él en las claras aguas del océano. Allí abajo había otro mundo, un mundo secreto. Tranquilo y aislado, pero lleno de vida y actividad. Los habían rodeado brillantes peces de todos los colores y habían visto maravillosos corales.

Un pez payaso la sobresaltó e hizo que soltara la parte del tubo que sujetaba con la boca. Casi inmediatamente, se le llenaron de agua las gafas. Pero, antes de que pudiera dejarse llevar por el pánico, sintió los brazos de Aidan a su alrededor. Le había mostrado entonces cómo limpiarse las gafas bajo el agua. Después, se acercó y la besó, llenándole de oxígeno la boca antes de ayudarla a sujetar de nuevo el

tubo.

La tomó de la mano y volvieron nadando lentamente al yate. Allí habían pasado parte de la tarde tomando el sol y merendando chocolate y champán.

Estaba viviendo un sueño, una fantasía. Sabía que no era la vida real, pero era difícil no dejarse arrastrar por el romanticismo de la isla.

Lo único que había estropeado un poco el día había sido cuando la conversación los llevó a hablar de sus familias.

Ella le había contado una de las constantes travesuras de sus hermanos gemelos y le preguntó si tenía hermanos.

–No, soy hijo único –le había dicho Aidan.

–¿Cómo es el sitio donde creciste? –le preguntó ella girándose hacia él para mirarlo.

–No sé, nada especial –repuso Aidan con los ojos cerrados.

Le había dado la impresión de que se cerraba en sí mismo y le preguntó por qué no le gustaba hablar de su infancia.

–No es que no me guste, no me importa hablar de ello.

–Entonces, dime. ¿Creciste en una casa grande? ¿En una pequeña? ¿Fuiste a un colegio privado solo para chicos o uno mixto?

–Nada de colegio privado. Crecí en un barrio modesto. Mi padre comenzó su aventura empresarial creando un periódico gratuito antes de que se hicieran populares. Tuvo suerte.

–Todo un emprendedor –había comentado ella–. De ahí viene tu talento para los negocios, ¿no?

–Algo así. Mi madre fue la que más disfrutó cuando mejoraron las cosas. En cuanto pudo, convenció a mi padre para que nos cambiáramos de barrio.

–Lo dices como si no te hubiera gustado tener que mudarte.

–Es que cambiaron mucho las cosas después de eso. Mi madre se fue.

–Vaya, lo siento. ¿Fue una mala ruptura?

–Gracias, Cara. Pero estoy bien. Era lo suficientemente mayor como para entender la situación.

–¿Sigues en contacto con ella?

–No. Murió en un accidente de coche hace dieciocho meses. Por cierto, ¿sabes qué?

Antes de que pudiera reaccionar, Aidan se dio la vuelta y se colocó sobre ella sin que pudiera hacer nada para apartarse.

–Estas conversaciones tan aburridas siempre consiguen excitarme.

Se había quedado con ganas de hacerle más preguntas, pero empezó a besarle el cuello y se olvidó de todo lo demás.

Después, pensando en esa conversación, había llegado a la conclusión de que Aidan no confiaba en ella tanto como ella en él. Y

le habría gustado que lo hiciera. Había notado amargura en su voz cuando le había hablado de su madre y no había podido evitar pensar que quizás esa mujer fuera en parte la culpable de que su hijo no creyera en las relaciones a largo plazo. Creía que tenía sentido.

Cara se miró de nuevo en el espejo y fue a la sala de estar.

Aidan ya estaba vestido. Se había puesto unos pantalones vaqueros y una camisa blanca. Tenía el pelo ligeramente húmedo y estaba descalzo.

Parecía muy concentrado en el deporte que estaba viendo en la televisión. Se quedó sin aliento al verlo. Era el hombre más atractivo que había conocido en su vida. Creía que nunca podría llegar a acostumbrarse a su devastadora presencia masculina.

Sus penetrantes ojos azules sostuvieron los suyos durante un segundo. Después, la miró de arriba abajo. Estaba muy nerviosa.

–¿Cómo estoy? –le preguntó sin poder aguantarse.

–Impresionante.

–Mi cabello es castaño –le explicó ella–. Este tinte se parece mucho a mi color natural.

–Deja de preocuparte. Estás preciosa, Cara.

–¿No crees que tengo un aspecto demasiado normal y aburrido?

Aidan se echó a reír. Se levantó del sofá y se acercó a ella.

–No, claro que no –le aseguró él–. ¿Eso mancha? –agregó mirando su boca.

–¿Eso? –repuso riendo–. Se llama barra de labios. Y sí, te mancharía.

–Maldita sea, entonces tendré que conformarme con el cuello.

Agarró sus anchos hombros mientras Aidan tiraba de ella para aplastarla contra su cuerpo y empezaba a besarle el cuello y el escote. No pudo evitar gemir, se estaba derritiendo.

–Tampoco pasaría nada si tienes que volver a pintarte los labios, ¿no? –le preguntó Aidan unos minutos después.

–No, no pasaría nada. Pero, ¿no se supone que teníamos que ir a un sitio? –le recordó ella.

–¡Ah! ¡Es verdad! –exclamó de mala gana mientras tomaba su mano–. Ven conmigo.

La llevó a una mesita del salón. Había encima una caja de joyería de terciopelo negro. No pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas. Pero eran lágrimas de felicidad.

–¿Me has comprado algo?

–Es solo un recuerdo –le dijo Aidan con algo de timidez–. Date la vuelta.

Tenía un nudo en la garganta. Se preguntó si sería un recuerdo de su tiempo en la isla o de su tiempo con él.

–Después de lo que pasó el fin de semana pasado, pensé que te

merecías algo bonito.

Se sintió algo desinflada al ver que le hacía un regalo porque, de alguna manera, la compadecía.

Pero ese detalle le iba a servir para recordar que lo que estaban viviendo no era real y que estaba a punto de terminar.

–Son las perlas de Jenny… –susurró ella al ver el collar–. Es precioso. Este no lo vi el otro día –agregó mientras tocaba con delicadeza las brillantes perlas de color gris.

–Es una de sus primeras piezas –repuso Aidan terminando de ponerle el collar y haciendo lo mismo con la pulsera a juego.

–¡Aidan, me encanta! No deberías haberte molestado.

–Esther no iba a dejar que me fuera sin comprarte todo esto –le explicó metiendo la mano en la caja una vez más–. También hay pendientes.

–No sé qué decir –susurró llevándose la mano al pecho.

Estaba muy emocionada y notó que temblaba su labio inferior.

–Si lloras, me lo llevo todo de vuelta al puesto de Esther –le advirtió Aidan.

–Me encanta, gracias –repuso tragándose las lágrimas–. Últimamente, he estado pensando en mi futuro y creo que algún abriré mi propia tienda. ¿Crees que Jenny querría colaborar conmigo?

–Puede ser –contestó Aidan–. Pero ¿qué pasa con tu carrera como modelo?

–Me gusta, pero creo que se me da mejor combinar ropa y complementos que lucirlos.

–Estoy de acuerdo –le dijo muy serio–. La ropa te queda fatal. A partir de ahora, creo que deberías ir desnuda todo el tiempo.

Puso los ojos en blanco al oírlo, pero le arrancó una sonrisa.

–Lo digo en serio, Aidan. Me encanta la idea de vender ropa distinta y complementos y joyas de distintas partes del mundo. Me fascinan esas piezas difíciles de encontrar que a las mujeres nos gusta atesorar y guardar para siempre.

–A ti te gusta porque te encanta acaparar cosas.

–¿Cómo lo sabes?

–¡Viajas con diez maletas!

–Es verdad –reconoció sonriendo–. Siempre he sido así. Nunca quería tirar nada, ni siquiera de pequeña. Recuerdo que un verano, cuando volví a casa, mi niñera había revisado mis cosas y tirado todo lo que pensaba que era basura. Me dolió muchísimo.

Aida le dio un suave beso en la boca.

–Me temo que, si no nos vamos ahora mismo, no vamos a salir. ¿Qué prefieres?

–No lo sé. Depende de lo que hayas organizado para esta noche –repuso ella.

Aidan sacó un papel del bolsillo. Era el programa de un grupo de teatro que estaba de gira por la región.

–¿*Romeo y Julieta*? –preguntó al ver el título de la obra–. ¿En serio? ¿Por qué elegiste esa?

–Viendo cómo te brillan los ojos supongo que he elegido bien y que quieres salir.

Sonrió al ver su expresión, parecía muy afligido.

–Es que me gusta mucho el teatro. Además, solo serán un par de horas…

–Muy bien –repuso Aidan agarrando su mano y yendo hacia la puerta–. Vamos.

–Lo dices como si fueras camino del dentista o algo así –le dijo riendo–. ¿No te gusta Shakespeare?

Aidan la guio hasta el coche que tenía aparcado frente a la entrada del bungaló.

–No es que no me guste, pero recuerda que solo soy un chico de barrio obrero…

Ella no lo veía así. Aidan era sofisticado, encantador y un hombre de honor. Sabía que era el tipo de persona en el que se podía confiar.

–Pero, como ya te he advertido antes, no quiero verte llorar –le recordó mientras ponía el coche en marcha–. Como vea una lágrima en esos ojos, nos vamos corriendo.

Cara alargó la mano y acarició con ternura su brazo.

–Gracias –le dijo suavemente–. Por todo.

–Me prometiste que no ibas a llorar –le recordó Aidan mientras volvían al coche después de la obra.

–Bueno, en realidad no llegué a prometerlo. Y no quería llorar, pero ha sido tan bonito… ¿No te lo ha parecido? –le dijo Cara.

Aidan alargó la mano hacia ella y le limpió una lágrima que rodaba por su mejilla. Le enternecía que tuviera esos detalles.

–Voy a tener que empezar a llevar pañuelos de papel en los bolsillos cuando esté contigo.

–Es que, por muchas veces que haya visto la obra, es tan emocionante –susurró ella–. Me encantaría que Julieta hubiera sido lo bastante fuerte como para enfrentarse a ambas familias y asesinarlos a todos por ser tan estrechos de miras. Si lo hubiera hecho en vez de matarse… Entonces, podría haber vuelto y estarían juntos para siempre.

–¿Para siempre?

Le pareció que había una sombra de algo extraño en sus ojos. Algo muy parecido al miedo.

–Por supuesto. Se amaban de verdad.

–Así que tú crees en esas cosas, ¿no? Seguro que eres de los que aún compra tarjetas de Hallmark para el día de San Valentín –le dijo Aidan bromeando.

–Pues, para que lo sepas, sí uso tarjetas de ese tipo, pero las dibujo yo misma.

Aidan le enderezó el collar de perlas mientras le dedicaba media sonrisa.

–No me imagino a Julieta buscando venganza. Era dulce y generosa.

–Demasiado. No le habría venido nada mal ser más valiente.

–En realidad, eso es lo que debería haber hecho Romeo. Tendría que haberla defendido.

Sonrió con tristeza al oírlo.

–Creo que por eso es una obra de ficción –le dijo ella.

Aidan la tomó en sus brazos sin que tuviera tiempo a protestar y abrió la puerta del bungaló empujándola con el hombro. Ese lugar se había convertido en su segundo hogar, un refugio íntimo donde pasaban juntos los días y las noches.

La desnudó y ella no pudo evitar gemir en cuanto empezó a hacerle el amor. Pero antes de que Aidan pudiera convertirla en una mujer que no podía hacer otra cosa que disfrutar y dejarse hacer, le obligó a tumbarse boca arriba y se sentó a horcajadas sobre él.

Él la miró sin decir nada. Se inclinó hacia adelante y puso las manos sobre su fuerte torso. Lo acarició sin dejar de mirarle a los ojos. Extendió después la mano y trazó con su dedo las cejas y el puente de su recta nariz.

Sintió una oleada de calidez llenando cada rincón de su ser mientras su corazón parecía hincharse dentro de su pecho. Bajó los dedos hasta sus sensuales labios y acarició su mandíbula, algo áspera y muy sexy. Respiró hondo y, sin previo aviso, se dio cuenta en ese instante de que se había enamorado de él.

No pudo evitar estremecerse, era una sensación maravillosa. No había podido controlar esos sentimientos. Se había creído enamorada en otras ocasiones, pero era la primera vez que se sentía así, como si su corazón estuviera a punto de estallar.

No habría podido siquiera imaginarse que fuera posible enamorarse de alguien tan rápidamente.

–Ya sé que los dos nos hemos adaptado estos días al lento ritmo de estas islas –le dijo Aidan entonces mientras agarraba sus caderas–. Pero creo que estás llevando las cosas un poco lejos.

Respiró profundamente para tratar de tranquilizarse. Se preguntó si Aidan también se estaría enamorado de ella. No sabía si sería posible.

Hizo una mueca. No lo creía probable y, por otro lado, ella no era lo suficientemente valiente como para preguntárselo. De hecho, ni siquiera era lo suficientemente valiente como para analizar sus

propios sentimientos en ese momento. Así que no lo hizo. Se limitó a deslizarse por su cuerpo y dejarse llevar por el deseo y la atracción que sentía por él.

Se dijo que ya lo solucionaría al día siguiente, ya se enfrentaría entonces a sus sentimientos.

Por desgracia para Cara, el día siguiente llegó demasiado rápido. La despertó la luz del sol que entraba por la ventana y la voz airada de Aidan hablando con alguien en el salón.

Parpadeó para tratar de adaptarse a la luz y terminar de despertarse. Se cubrió con la camisa que Aidan se había puesto la noche anterior y se dirigió por el pasillo hasta el salón para ver qué pasaba.

Vio que solo llevaba puestos unos pantalones cortos y nada más. Tenía el teléfono en una mano y una taza de café en la otra.

–No va a conseguirlo, me aseguraré de ello –estaba diciendo Aidan en ese momento–. Sí, personalmente. Dile a Sam que prepare el avión. Y organiza una reunión con la junta directiva de la Liga de Fútbol Australiana para primera hora de la mañana.

Cuando colgó, tiró el teléfono a la mesa del comedor y fue entonces cuando se dio cuenta de que ella estaba de pie en la puerta.

Trató de no pensar en lo peor, pero el corazón le latía con fuerza en el pecho.

–¿Problemas?

–Me temo que sí –contestó Aidan tomando un sorbo de café–. Tengo que volver a Australia.

–Sí, ya lo he oído.

Aidan no dijo nada más, se limitó a quedarse mirando por la ventana.

–¿Tiene algún problema la Liga de Fútbol Australiana?

–No, el problema lo tenemos nosotros. KMG-Kelly ha tenido los derechos de retransmisión de los partidos durante los últimos dieciséis años. Es el contrato de televisión más lucrativo del país y ahora Martin Ellery acaba de presentar una contraoferta para arrebatarnos el contrato.

–¿Martin Ellery?

–Sí, pero… No quiero hablar de ello, Cara.

Aidan pasó a su lado y se estremeció al sentir la frialdad que le transmitió. Era como si de repente hubieran regresado a esa noche en el casino y él volviera a ser el hombre que la había arrastrado a su habitación y que con tanto desprecio la había tratado.

Lo siguió de vuelta al dormitorio principal.

–¿Es por esto por lo que lo odias tanto?

Aidan sacó su ropa del armario y la puso en la cama.
–Ya te he dicho que no quiero hablar de ello.
Se quedó en la puerta, sin saber qué hacer. No sabía cómo acercarse a él. Pensó que quizás fuera mejor que no tratara de hacerlo.
–Tengo la inauguración de la campaña de Demarche dentro de dos días –le dijo ella–. Pensé que ibas a venir conmigo.
Aidan la miró, pero le dio la impresión de que en realidad no la veía.
–Ya no puedo ir. Esto es importante.
–¿No puedes delegar tu representación en otra persona? –le preguntó–. ¿No puede Ben ir a la reunión por ti? Me pareció un hombre muy capaz.
–No –susurró él con un tono casi amenazante–. Ben no me puede sustituir. Nadie puede hacerlo. Tengo que ir yo.
–¿Por qué? ¿Por qué siempre tienes que ser tú?
–Porque si no tienes el control de la situación, las cosas pueden salir mal –contestó él con dureza–. Esta semana me he relajado y eso es siempre mala idea.
–¿Es algo que te ocurrió en el pasado?
Sabía que empezaba a perder la paciencia con ella. Su instinto le decía que lo dejara en paz. Pero le parecía algo demasiado importante como para huir sin hacerle esas preguntas.
–Le pasó a mi padre –repuso Aidan–. ¿De verdad quieres saber por qué odio a Ellery? Hace ahora casi un año exacto que mi padre se quitó la vida y todo fue por culpa de Ellery.
–¡No, Aidan! Lo siento mucho…
Él continuó como si no la hubiera oído.
–Nunca recuperó la conciencia después de tomarse una caja de pastillas, aunque los médicos tenían esperanzas. Estuve sentado a su lado durante tres días, viendo cómo moría.
Cara se quedó completamente inmóvil, esperando que continuara. Cuando vio que no lo hacía, se acercó a él.
–Pero… ¿Por qué? ¿Por qué…? –comenzó ella sin saber cómo preguntarle–. ¿Dejó una nota?
–No tenía que hacerlo –repuso Aidan–. Se suicidó porque mi madre no iba a volver.
–Pero tu madre había muerto ya, ¿no? ¿A eso te refieres?
Aidan asintió con la cabeza.
–Aunque ella lo había abandonado hacía tiempo, mi padre había dejado que sus sentimientos por ella dominaran por completo su vida.
–Lo siento. No sé qué decir.
–No hay nada que decir. Hace catorce años, mi madre encontró una oportunidad mejor y la tomó. Mi padre se vino abajo. Luego, se suicidó. Fin de la historia.

Pero algo en la voz de Aidan le decía que ese no era el final de la historia y que aún le estaba ocultando algo más.

–Me dijiste al principio que murió por culpa de Martin Ellery. ¿Tu madre dejó a tu padre por él?

–¡Has ganado un premio! –exclamó con amargura–. Sí, has acertado. Era el socio de mi padre y también fue su amigo. Al menos hasta que comenzó a robarle y estuvo a punto de hundir la empresa de mi padre.

–¡Qué horror, Aidan! –le dijo acercándose y apoyando la cabeza contra su musculosa espalda–. Ahora entiendo por qué no has podido olvidarlo, por qué no puedes dejar que Ellery gane.

–¿Lo entiendes?

–Sí y voy a ir contigo –contestó ella.

Notó cómo se tensaba el cuerpo de Aidan y se volvió para mirarla a los ojos.

–¿Qué?

–Iré contigo. No me gustó nada Martin Ellery y quiero apoyarte.

–Y, ¿qué pasa con la fiesta de Demarche?

–Creo que es más importante estar contigo cuando sé que vas a estar muy afectado emocionalmente por todo lo que ha pasado.

Aidan dio un paso hacia atrás y ella sintió que bajaba de repente la temperatura del salón.

–Esas cosas no van a afectarme, Cara. No dejo que las emociones se mezclen con los negocios.

–Aidan, solo quiero…

–Pensé que tu carrera era importante para ti, que querías quedarte unos días en la isla para poder salvaguardar tu reputación e impresionar a tu padre.

–Bueno, al principio… –comenzó ella.

No podía continuar. Se dio cuenta de que Aidan no quería que fuera con él. Había sido tan tonta como para creer que lo que tenían se había convertido en algo real.

Nunca se había sentido tan rechazada. El hombre que siempre mantenía sus promesas acababa de romper la que le había hecho a ella.

Se dio la vuelta y vio su reflejo en la ventana. Se fijó en su pelo. Marrón, igual que sus ojos. Había pasado los últimos cinco años tiñéndoselo de otros colores. Le parecía que tenía un aspecto aburrido, como la de un ama de casa, una esposa con niños…

Se quedó sin aliento al pensar en ello. Se sentía tan humillada… Aidan no le iba a ofrecer nunca que se convirtiera en su esposa, ni siquiera le ofrecía una relación real. La había invitado a esa isla para hacerle un favor. Y entonces había decidido tomarse algo de tiempo libre y, como Aidan le había pedido que se quedara con él, ella había comenzado a construir castillos en el aire.

No podía creerlo. Había llegado el momento de ser fuerte y empezar a vivir su vida de nuevo. Si no lo hacía, si se iba con él y esperaba a que Aidan decidiera terminar con ella… Se estremeció. Sentía que le dolía el corazón. No podía imaginarse estar sin él.

–Tienes razón –le dijo ella mirándolo de nuevo–. No sé en qué estaba pensando.

–¡Cara, no me mires así! ¿No podemos hablar de esto en otro momento? –le respondió Aidan bastante contrariado.

Sabía que tenía que ser fuerte y fingir que nada le afectaba.

–¿Hablar de qué?

–Mira, ahora mismo necesito tener la cabeza despejada y no puedo pensar en esto…

Seguía hablando de «esto» sin definirlo, sin explicar a qué se refería. Eso fue lo que le dio a Cara la fuerza necesaria para enfrentarse por fin a la realidad.

–Bueno, esto a lo que te refieres –le dijo ella imitando su tono– ha significado mucho para mí. Está claro que mucho más de lo que ha significado para ti.

Aidan maldijo entre dientes, no era la primera vez que lo hacía durante esa conversación.

–Acordamos que íbamos a evitar complicaciones, para que todo fuera sencillo. ¿Lo recuerdas?

–¿Y eso significa que no debería preocuparme por lo que te pasa? –repuso ella con una amarga sonrisa–. Lo siento. Supongo que esa parte del acuerdo no la entendí bien.

–Cara, eres una chica maravillosa. Eres inteligente, divertida, leal y… –le dijo Aidan con el ceño fruncido–. Espero que encuentres a alguien especial. Alguien que te ame. Te lo mereces.

Sintió como si le acabara de dar un puñetazo en el estómago. Estaba dejándole muy claro que él no era ese hombre.

–Estoy de acuerdo –susurró ella tratando de mantener la calma–. Bueno, gracias por rescatarme y por esta maravillosa semana. Voy a… a hacer las maletas.

Fue a su habitación y no supo que él había ido tras ella hasta que sintió sus manos en los hombros.

–Cara, no puedo permitirme complicaciones emocionales ahora mismo, tengo que mantener la mente despejada.

–Lo entiendo, de verdad. Olvidé que me había prometido a mí misma que no tendría nada con un hombre que no cumpliera la norma de mi hermana, pero lo hice. Es culpa mía.

–¿Qué norma? ¡Ah, sí! Esa norma.

Aidan apartó la mirada y los dos supieron que era el final.

–Adiós, Aidan. Buena suerte con Martin Ellery.

Él no la miraba, continuaba con la vista perdida en la ventana. Se

quedaron en silencio. Ella seguía soñando con que se diera la vuelta en ese momento y le dijera que se había dado cuenta de que no podía dejar que se fuera, que la vida no sería igual sin ella, que la quería. Pero no lo hizo.

–Puedes irte en mi avión privado –le dijo él.

Esas palabras fueron la prueba irrefutable de que los cuentos de hadas nunca se hacían realidad.

–No, necesitas volver a Australia cuanto antes, yo tomaré un vuelo comercial –repuso ella.

Se concentró en hacer el equipaje para que no pudiera ver lo destrozada que estaba.

–No tienes que hacer las maletas, puedo encargarme de que las haga alguien por ti –le dijo Aidan con frustración en la voz–. Y, Cara, ¡toma mi avión privado!

Un par de horas más tarde, cuando ella ya estaba en el avión, se miró en la ventana y se quedó absorta mirando su reflejo. Se había despojado por completo ante él, no lo había hecho con nadie. Se había quitado todas sus capas protectoras y, aun así, no la quería. No pudo dejar de llorar durante todo el viaje de vuelta a casa.

Capítulo 15

Aidan no podía creer que Cara lo hubiera desobedecido y se hubiera negado a tomar su jet privado, a pesar de que había insistido mucho en que lo hiciera. Cuando le llamó el piloto para decírselo, había tratado de llamarla, pero no tenía su número de teléfono.

Había estado a punto de echarse a reír. Había compartido con ella momentos más íntimos que con ninguna otra mujer, le había hablado de cosas que no hablaba con nadie, pero ni siquiera tenía su número de teléfono. Le parecía absurdo.

Y lo que era aún más absurdo era que, aunque estaba en medio de acaloradas negociaciones para salvar los derechos de emisión de la Liga de Fútbol Australiana, solo podía pensar en ella.

Se le encogió el estómago, no podía olvidar el dolor en su rostro cuando le dijo que tomara su avión. Sabía que le había prometido que estaría ese domingo en Londres con ella, pero las cosas habían cambiado y no podía hacerlo, tenía que estar allí para evitar que Ellery le ganara esa partida.

Se levantó de repente de la silla y todos se quedaron callados.

–Continuad –les dijo mientras iba a los ventanales.

Desde el edificio de sus oficinas tenía una maravillosa vista del famoso edificio de la Ópera de Sídney, que en esos momentos brillaba con fuerza bajo el sol.

Le había dolido que Cara lo acusara de dejar que sus problemas con Ellery le afectaran emocionalmente. Él no era así.

Pero, por otro lado, no entendía cómo podía seguir negándolo cuando el estómago se le revolvía cada vez que pensaba en ese hombre.

Pensó entonces en ella. Se preguntó si estaría ya en Inglaterra y si estaría dolida por su culpa o preocupada por la fiesta de Demarche del día siguiente.

Había cometido el error de bajar la guardia con Cara, sentía por ella más de lo que quería admitir. Lo supo cuando fue consciente de que lo único que quería era abrazarla hasta que desapareciera el dolor que había visto en sus ojos. Pero las relaciones no eran lo suyo. Después del divorcio de sus padres, había decidido que nunca iba a dejar que las emociones le influyeran a la hora de tomar decisiones. Y esa manera de ver las cosas se había visto aún más respaldada al ver cuánto había sufrido su padre.

Se había dado cuenta de que tenía que cortar los lazos con Cara o iba a acabar como su progenitor. No podía librarse del dolor que sentía en su pecho, pero tampoco podía dejar de pensar en ello.

Recordó entonces las palabras de Cara. Le había dicho que entendía por qué no había sido capaz de superar el odio que sentía por Ellery. Tenía razón, no podía dejarle ganar. Pero, por otro lado, se sentía tan vacío como lo había estado en la mesa del casino, justo antes de perdonarle la vida.

Empezaba a ver que, hiciera lo que le hiciera a Ellery, no podía cambiar el pasado. Nada podía hacerlo. Y vivía tan obsesionado con su odio que se estaba convirtiendo en un hombre tan mezquino como Ellery.

Cara le había hablado una vez del perdón. En cuanto esa palabra se coló en su cabeza, no pudo olvidarla. Fue entonces cuando se dio cuenta de por qué Cara le daba tanto miedo.

Se había enamorado de ella. Y, una vez más, se dio cuenta de que ella tenía razón. Cuando uno amaba de verdad, no podía vivir sin estar con esa persona.

–¿Aidan?

Levantó la vista y vio que Ben lo estaba mirando con el ceño fruncido. No tenía ni idea de lo que estaba pasando en la reunión, había estado completamente absorto en sus pensamientos.

–Señores, si me disculpan un momento, me gustaría hablar con Ben James en privado –les dijo.

Los miembros de la junta se levantaron y salieron de la sala de reuniones.

Ben dejó escapar un silbido en cuanto se quedaron solos.

–Creo que es la primera vez que alguien le ha pedido a la junta de la Liga de Fútbol Australiana que espere en el pasillo como lo acabas de hacer tú. No me parece la mejor manera de convencerles para que rechacen la oferta de Ellery. ¿Qué es lo que te pasa?

–Necesito que sigas tú con la reunión –le dijo a Ben–. Tengo que irme.

–¿Ahora mismo?

Aidan le dedicó una breve sonrisa.

–Ayer cometí un grave error y acabo de darme cuenta de que tengo que arreglarlo de inmediato.

–No sé a qué te refieres. ¿Necesitas mi ayuda?

–No con ese problema –repuso Aidan sonriendo–. Pero sí en este frente. Aquí sí te necesito.

–¿Y si perdemos la oferta? –le preguntó Ben preocupado–. Puedo sustituirte en otros asuntos, pero sé lo importante que es esto para ti. Si la pierdo…

Aidan tomó su chaqueta y se la puso.

–No importa.

Ben lo miró fijamente.

–Amigo, ¿seguro que estás bien?

Aidan sonrió.

–Sí, creo que por fin lo estoy.

–¿Seguro que estás bien? –le preguntó Lucilla a Cara.

Miró a su hermana, que había insistido en acompañarla a la fiesta de Demarche. A pesar de las ojeras, Lucilla estaba espectacular. Sabía que estaría aún mejor con el pelo suelto, pero nunca podía convencerla para que lo hiciera.

No sabía cómo responder a la pregunta. Estaba bien, aunque le dolía el estómago y sabía que era de los nervios. La modelo con la que competía por la campaña era una de las mujeres más bellas que había visto, pero no era eso lo que le preocupaba. De hecho, cada vez le importaba menos perder el contrato. Y eso que estaba allí y no con Aidan, porque se suponía que le importaba su carrera. Pero recordó entonces que si no estaba en Sídney con él era porque Aidan no la quería.

Se le hizo un nudo en la garganta. Se había prometido a sí misma que no iba a pensar en él, al menos durante las siguientes tres horas.

Pero no conseguía quitárselo de la cabeza.

–Nunca he estado mejor –le dijo al final mientras le dedicaba una sonrisa.

–Te veo distinta –comentó Lucilla mirándola casi con recelo.

–Será por el pelo. Vuelvo a llevarlo castaño. Ya sé que es aburrido…

–Eres demasiado guapa para que tengas un aspecto aburrido. No es eso –murmuró su hermana mayor–. Pareces muy preocupada.

Frunció el ceño. En el espejo del cuarto de baño se había visto sofisticada y llena de seguridad, pero al parecer, se había estado engañando a sí misma.

–Es esta horrible competición. Odio tener que pasar por esto y el suspense me está matando.

–Ya me lo imagino –le dijo Lucilla–. Es una lástima que Aidan no pudiera venir esta noche.

–Sí –susurró Cara.

No podía evitar estremecerse cada vez que oía el nombre de Aidan. Aún no le había dicho a su hermana que todo el asunto con Aidan Kelly del que había hablado la prensa era un engaño, pero sabía que ese no era el mejor momento para hacerlo.

Había tenido que usar un montón de colirio y maquillaje para esconder el enrojecimiento y la hinchazón de sus ojos después de las horas que había pasado llorando desde que saliera de la isla. Sentía

que Aidan le había roto el corazón, pero sabía que tenía que seguir adelante con su vida. En cierto modo, le venía bien esa fiesta. Así estaba ocupada con algo. Además, no podía permitirse el lujo de llorar en medio de la presentación de Demarche.

Su reputación dependía en gran parte de cómo fuera esa noche y había llegado a la conclusión de que era ella la que tenía que cuidar de sí misma en lugar de esperar a que alguien lo hiciera.

Creía que había llegado el momento de que Julieta se hiciera fuerte. Aunque hubiera perdido a Romeo, tenía que seguir adelante con su vida.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo porque en esos momentos, entendía cómo debió de sentirse Julieta. Era como si alguien le hubiera atravesado el corazón con un cuchillo.

Respiró hondo para tratar de tranquilizarse y se recordó a sí misma que estaba bien, aunque no estuviera muy convencida de ello.

–Aidan está muy ocupado ahora mismo, pero creo que vendrá dentro de unos días –le dijo a su hermana–. Vete a casa si quieres, Cilla. Pareces cansada.

–¿Y tú? Estarás también agotada después de un viaje tan largo. Y con el desajuste horario…

Cara estaba sufriendo demasiado para que algo como el cambio de hora le afectara.

–No te preocupes por mí, de verdad. Harriet me ha dicho que soy la favorita.

Lucilla vaciló unos segundos.

–No, no sé. Creo que debería quedarme.

–Pero no me vas a servir de nada si acabas desmayándote de puro agotamiento. Vete a casa, de verdad. Ya te mandaré un mensaje cuando termine todo esto y se sepa quién es la nueva imagen de Demarche.

–¿Seguro que no me necesitas? Puedo…

Cara puso la mano en el brazo de su hermana.

–Siempre has estado a mi lado y no sé si te he dicho alguna vez lo mucho que significa para mí, pero estoy bien. De verdad –insistió sonriendo–. Por favor, vete. Estás agotada.

–Es por culpa de Christos. Es el hombre más… –comenzó furiosa–. ¡Ni siquiera sé cómo describirlo!

Hablaba como si estuviera enfadada, pero tenía una curiosa luz en sus ojos.

Lucilla ya le había mencionado en más de una ocasión la tensión que había entre el nuevo director general de los hoteles Chatsfield y ella, pero nunca había visto a su hermana reaccionar de esa manera. Su sexto sentido le decía que podía haber algo más que su hermana no le estaba contando, pero no era el momento de hacerle preguntas

incómodas.

Se limitó a acercarse a ella y darle un beso en la mejilla.

–Ya soy mayor, Lucilla. Deja de preocuparte.

Su hermana suspiró y se despidió de ella.

Se quedó mirándola mientras salía del salón. Después, se distrajo mirando a la gente que llenaba la elegante sala. Odiaba estar rodeada de personas y sentir que estaba sola. Nunca lo había soportado. Pero esa noche era la primera de su nueva vida. Tenía que ser fuerte y no le iba a dar la satisfacción a nadie de salir huyendo de allí. No iba a protagonizar más escándalos.

Esa noche, no solo estaba allí en representación de ella misma, sino para mostrar también las joyas de Jenny. Se había puesto el conjunto de perlas que Aidan le había regalado.

Antes de salir de la isla, había ido a hablar con Jenny y le había dicho que le interesaría mucho comprar sus joyas para venderlas en el resto del mundo.

Jenny se había sentido muy abrumada y Cara le había asegurado que empezarían poco a poco. Que iba a comprarle algunas piezas más para usarlas ella misma y ver qué le parecía a la gente. Después de todos los comentarios y halagos que había recibido esa noche, se dio cuenta de que Jenny iba a tener que montar una fábrica.

–Señorita Chatsfield, está usted radiante esta noche.

Respiró profundamente al ver que era el presidente del grupo Demarche el que la saludaba. Llegaba el momento de poner su mejor sonrisa.

–Gracias, señor Demarche. Espero que esté teniendo una agradable velada.

–Desde luego –contestó el anciano–. Está muy elegante, querida.

Cara se había puesto un traje de noche azul marino. Era la prenda más conservadora que había encontrado en su armario. Las joyas de Jenny eran lo único que animaba un poco su aspecto.

–Muchas gracias. Es un placer estar aquí esta noche. Le agradezco que me haya dado esta oportunidad.

–Reconozco que, después de lo de la semana pasada, no sabía qué iba a pasar con la campaña. Es una joven muy bella, señorita Chatsfield, pero ese escándalo de Las Vegas consiguió conmocionarnos. Igual que lo de su relación con Aidan Kelly. Dígame, querida, ¿va en serio? –le preguntó el hombre–. Pensé que vendría esta noche…

Se preguntó si la ausencia de Aidan condicionaría a la empresa Demarche para elegir a la otra modelo en vez de ella. Pero se dio cuenta entonces de que ni siquiera estaba segura de querer ese contrato.

Los paparazis que la habían recibido a la entrada de la fiesta

también le habían preguntado por Aidan. Entonces, había ignorado lo que le decían fingiendo que no podía oírlos.

Por desgracia, no le iba a quedar más remedio que contestar al señor Demarche.

–Bueno, me temo que Aidan…

Estaba a punto de decirle que no estaba allí porque estaba muy ocupado y que todo iba fenomenal, pero estaba harta de mentiras y de esconderse cuando las cosas le iban mal.

Había cambiado y ya no sentía que necesitara la aprobación de los demás para considerar que tenía éxito en la vida.

–La verdad, señor Demarche –comenzó ella aclarándose la garganta antes de seguir–. La verdad es que he decidido que no quiero ser la imagen de su empresa si no está seguro de que me quiere a mí por quien soy, no por mi apellido, por lo que la gente piense de mí o por la persona con la que pueda estar saliendo.

El anciano frunció el ceño.

–¿Me está diciendo que no quiere seguir compitiendo para conseguir el contrato?

–Eso es –repuso Cara con una sonrisa temblorosa en los labios.

–Pero, ¿qué va a pensar todo el mundo?

–Ni lo sé ni me importa –le dijo levantando la cara–. Voy a abrir una tienda. Es lo que siempre he querido hacer y ya es hora de que viva mi vida a mi manera.

Y si eso significaba que tenía que hacerlo sin Aidan… Se le hizo un nudo en la garganta. No podía pensar en eso, tenía muchas cosas pendientes.

–Pero le agradezco que me tuvieran en cuenta –le dijo amablemente–. En cuanto a Aidan Kelly, me temo que él…

–Llega tarde.

Se quedó sin aliento al oír esa voz. Aidan había aparecido a su lado y la estaba mirando con una sonrisa.

–Lo siento mucho, cariño –le dijo él.

Su corazón latía a mil por hora mientras lo miraba. Llevaba puesto un esmoquin y también…

–¡Te has puesto corbata!

Aidan tiró del cuello de la camisa como si le estuviera estrangulando.

–La ocasión lo requería –respondió–. Bryce, encantado de verte de nuevo.

–Aidan –repuso el otro hombre.

Se quedó sin aliento al sentir que le pasaba el brazo por la cintura.

–Tienes un gusto impecable eligiendo modelos para tu nueva campaña. No podrías haber elegido mejor –le dijo Aidan al hombre y después la miró a ella–. ¿Quieres que te traiga algo de beber, cariño?

No podía creer que estuviera allí para rescatarla como había hecho aquel día frente al hotel de Las Vegas. Pero sabía que solo lo hacía porque sentía lástima por ella.

–Aidan, por favor, ¿puedo hablar contigo un momento? –le pidió.

–Por supuesto –repuso Aidan.

–Bueno, creo que todos la hemos subestimado, querida. Si cambia de opinión, por favor háganoslo saber –le dijo el presidente de Demarche.

–Creo que es lo más bonito que me han dicho nunca. Gracias –contestó ella.

–Buena suerte con todo –agregó el anciano–. Y tú, Aidan, tenemos que quedar y ponernos al día en algún momento.

Aidan asintió mientras tomaba la mano de Cara.

–Por supuesto. Ahora, si me disculpas, Bryce. Me gustaría hablar con Cara en privado.

La llevó hasta una de las puertas del salón. Salieron a un pasillo. Ella se sentía como si estuviera en un sueño. Aidan probó dos puertas, pero estaban cerradas. Tuvo más suerte con la tercera, que daba a una sala vacía.

–¿Qué es lo que acaba de pasar? ¿Por qué te ha dicho eso Bryce Demarche?

Cara lo miró y parpadeó.

–No estoy segura… Creo que acabo de rechazar un trabajo muy lucrativo porque quiero abrir mi propia tienda.

Aidan le dedicó una dulce sonrisa.

–Bien hecho.

Le gustó que la apoyara, pero estaba muy nerviosa y sabía que tenía que ser directa con él.

–Mira, Aidan. Te agradezco que hayas venido, pero no necesito que hagas esto por mí. Estoy bien.

–Entonces, estás mejor que yo.

–¿Qué quieres decir?

–Después de que te fueras, me sentí fatal. Necesitaba que estuvieras conmigo.

–Pero me ofrecí a ir contigo y no quisiste…

–Fue un error que no voy a volver a cometer.

–Aidan, lo que dices no tiene sentido.

Vio que sacudía la cabeza.

–Creo que el Consejo de la Liga de Fútbol Australiana piensa lo mismo que tú.

–¡Dios mío! Se me había olvidado preguntarte. ¿Has podido mantener el contrato?

–No lo sé. He dejado a Ben a cargo de las negociaciones. Por lo que he oído, creo que siguen reunidos, pero hace ya unas horas que no

miro el teléfono para ver si me han llamado.

–¿No has mirado el teléfono? –le preguntó ella sin entender nada–. ¿Por qué sonríes?

–Porque tenías razón, Cara.

Sintió que se le aceleraba aún más el pulso mientras Aidan la miraba con calidez en sus ojos.

–¿En qué?

–En tantas cosas, cariño.

–Aidan, por favor no me llames así. Sé que…

Pero él tomó su cara entre las manos y se quedó sin respiración.

–Tenías razón cuando dijiste que me afectaba demasiado todo lo que había pasado con Ellery.

–Aidan, es perfectamente comprensible que te sientas así después de lo que le hizo a tu familia, pero…

La besó entonces. Cara estaba tan sorprendida que, cuando por fin levantó la cabeza y se apartó de ella, lo único que pudo hacer fue mirarlo con la boca abierta.

–Deja de interrumpirme, mujer.

–De… de acuerdo.

–Y también tenías razón en otra cosa. Cuando uno se enamora de verdad, quiere estar con esa persona todo el tiempo. De hecho, quiere estar con ella el resto de su vida.

Su corazón revoloteó dentro de su pecho como un pájaro que agitaba las alas por primera vez.

–¿Yo te dije eso?

–Sí –le contestó Aidan–. Y espero que sea eso lo que sientas por mí.

–¿Por qué?

–Porque creo que eres maravillosa y te amo. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Tragó saliva, no podía creerlo.

–¿Me… me amas? –repitió sin aliento–. ¿Crees que soy maravillosa?

Aidan sonrió entonces.

–Así es.

Sacudió la cabeza, volvía a sentirse como si estuviera soñando. No sabía si dejarse llevar por la esperanza que empezaba a nacer en su corazón o por sus muchas dudas e incertidumbres. No podía pensar con claridad. Y tampoco ayudaba nada que la estuviera sosteniendo en esos momentos por la cintura. No podía pensar cuando lo tenía tan cerca. Trató de apartarse, pero Aidan no la dejó.

–Lo siento, cariño, pero no voy a dejar que te encierres en ti misma otra vez. Dime qué te pasa.

Cara sintió que se le llenaban de lágrimas los ojos.

–Ahora dices todo eso, pero ¿cómo vas a sentirte cuando actúe sin pensar? ¿Y si vuelvo a robarte la limusina?

–No la robaste, la tomaste prestada –le corrigió él.

–Soy demasiado impulsiva para ti, mi vida no está tan bien planeada como la tuya. Y mi reputación…

–Cara, no me importa nada de eso. Solo importa que, cuando estoy contigo, soy feliz. Cuando veo tu cara, quiero besarte. Cuando oigo tu voz, quiero escucharte. Lo que importa es que sin ti mi vida es gris. Has llenado mi existencia de color y no quiero volver a lo de antes. Te necesito, Cara, y quiero hacerte feliz.

–¿En serio? ¡Aidan! –exclamó abrazándolo por fin–. Casi no puedo creerlo. Te quiero tanto…

–¡Gracias a Dios! –repuso Aidan antes de besarla con todo el amor y la pasión que sentía por ella.

Cuando por fin se separaron, Aidan la miró con ternura a los ojos y le apartó el pelo de la cara.

–Te quiero, Cara. Sé que ayer te hice daño. Lo siento, no fui consciente de lo que sentía por ti hasta que estuve solo.

–No pasa nada, Aidan –le contestó ella dándole un beso en la mejilla–. No voy a volver a irme de tu lado. Sobre todo porque aún me debes mil libras por los zapatos que me rompiste en el aeropuerto.

Aidan echó hacia atrás la cabeza y rio con ganas.

–Vas a tener que casarte conmigo para conseguir que pague esa factura, preciosa.

No podía dejar de sonreír.

–Eran mis zapatos favoritos…

Aidan colocó una mano en su nuca y la besó de nuevo. Sentía que se deshacía entre sus brazos.

–Te quiero tanto, Cara… Siempre te querré.

Le temblaron los labios y una lágrima se deslizó por su mejilla. Aidan gruñó y sacó un pañuelo de papel del bolsillo. Lo aceptó sonriente.

Supo en ese instante que siempre iba a poder contar con el amor de ese hombre.

* * *

Podrás conocer la historia de Nicolo Chatsfield en el cuarto libro de la serie *Los Chatsfield* del próximo mes titulado:

EL SECRETO DEL MILLONARIO

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

